

CRISTIANDAD

AL REINO DE CRISTO
POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA

Año LVII - Núms. 833-834
Noviembre-Diciembre 2000

Edita: Fundación Ramon Orlandis
i Despuig
Director: Josep M. Mundet i Gifre

Redacción y Administración
Duran i Bas, 9, 2º - Tel. 317 47 33
08002 BARCELONA
E-Mail: orlandis@eic.ictnet.es

Imprime: E. Rondas, S.L.
Depósito Legal: B-15860-58

Juan XXIII: el Papa que convocó
el XXI Concilio Ecuménico

F.C.V.

El 75 aniversario de una Encíclica para el
Reino: *Quas primas*

Mater in Coelis Assumpta

Joan Antoni Mateo García

«Como el Sembrador del Evangelio,
conoce todos los caminos del universo
mundo». Hitos de un Pontificado

El Sagrado Corazón de Jesús
en Juan XXIII

La devoción mariana de Juan XXIII

Carlos Mas de Xaxars Gassó

San José, patrono del Concilio Vaticano II
Francisco Canals Vidal

La comunidad internacional en el
pensamiento de Juan XXIII
Juan Casañas Balcells

La alocución «*Gaudet Mater Ecclesia*»
José Mª Petit Sullá

La Inmaculada y el Concilio

La primacía de lo sobrenatural
en el ordenamiento social

La familia

El papel singular de la mujer

La piedad popular en el beato Juan XXIII
Gregorio Peña

La primer encíclica de Juan XXIII:
«*Ad Petri cathedralum*»
Antonio Prevosti Monclús

Juan XXIII, terciario franciscano
fr. V.S.

Carlos V, el emperador cruzado
Gerardo Manresa Presas

Quinto Congreso Internacional sobre
la Sagrada Familia

Pequeñas lecciones de historia.
Pío IX: papa santo y rey justo

Orientaciones bibliográficas

Actualidad religiosa

Actualidad política

Cristiandad hace cincuenta años



BEATO JUAN XXIII

JUAN XXIII: EL PAPA QUE CONVOCÓ EL XXI CONCILIO ECUMÉNICO

La elección de Juan XXIII sorprendió y su figura presentaba un contraste con Pío XII. A un papa romano, aristocrático, cultísimo, de larga trayectoria diplomática, desde nunciaturas a la Secretaría de Estado, sucedía un anciano de setenta y siete años, bergamasco, de honorable familia rural. Al ser elegido llevaba cinco años en el Patriarcado de Venecia, al que accedió al ser nombrado cardenal, en 1953, cuando era nuncio apostólico en París.

Cuando fue nombrado para esta entonces difícil nunciatura, en 1945, tuvo que salvar al Episcopado francés, tras el hundimiento de Alemania y la caída del Régimen de Vichy, del presidente De Gaulle, a quien le parecía excesiva la benevolencia de los obispos con aquel régimen colaboracionista con los enemigos de Francia y exigía «bonapartísticamente» la dimisión de aquel episcopado en bloque. La negociación llevada por el nuevo Nuncio concluyó con algunas renuncias de obispos, mientras se conseguía detener aquella exigencia.

El nuncio Roncalli, al llegar a París, llevaba veinte años en Oriente, en Bulgaria –1925-1935– y en Turquía, como Vicario apostólico en aquella república y delegado para Grecia –1935-1945. Con anterioridad había sido profesor de Patrología en el Lateranense, y había pertenecido a la Congregación de *Propaganda fidei*. Su formación y sus tareas se orientaban hacia el mundo misional y el Oriente cristiano, por el que, como estudió, sentía una especial inclinación, con afecto y devoción hacia los grandes Doctores de la Iglesia griega.

Aquel anciano Pontífice que, sin ser diplomático de formación, había prestado un gran servicio a la Iglesia en París, y que en Venecia se sentía heredero de su predecesor, el Patriarca San Pío X, había llegado al Pontificado como efecto de una transacción –según se dijo– que aconsejó que fuese elegido un Papa de transición, con un pontificado breve y poco decisivo.

Pero, después de la sorpresa de su elección vino la sorpresa del triple anuncio de un Sínodo para Roma, un Concilio Ecuménico para la Iglesia universal y la reforma del Código de Derecho canónico. Todavía podríamos añadir la sorpresa que causaría ahora el estudio del Sínodo romano de Juan XXIII, en el que se recordó el deber de los clérigos de no alterar su modo de vestir tradicional y de la solicitud por la no alteración de la liturgia romana en latín.

Si alguien se siente sorprendido de que en la misma fecha Juan Pablo II haya beatificado a Pío IX y a Juan XXIII, le ayudará a superar esta sorpresa el recordar el deseo, varias veces expresado por quien convocó el Concilio Vaticano II, de que durante éste pudiese ser elevado al honor de los altares el que había convocado el Concilio Vaticano I, Pío IX, a quien Juan XXIII evoca como «ex-

celsa y admirable figura de Pastor», y de quien dice que fue muy amado y odiado como lo fue el propio Cristo. Tal modo de hablar nos muestra, precisamente, la perspectiva sobrenatural en que se movía él mismo y en que nosotros podemos comprender a Juan XXIII y su continuidad y simpatía con Pío IX.

En una audiencia a la Comisión central preparatoria del Concilio de 20 de junio de 1961, decía Juan XXIII:

«No queremos olvidar a los periodistas, que han manifestado siempre tanta corrección, aunque también un poco de impaciencia, un vivo deseo de ser informados sobre los actos referentes al Concilio. También a ellos dirigimos nuestro agradecimiento por su amable atención, al mismo tiempo que les invitamos paternalmente a reflexionar, pues un Concilio Ecuménico no es una academia ni un parlamento, sino un solemne encuentro de toda la sagrada jerarquía, para las cuestiones referentes a la vida de la Iglesia.»

Y en Pentecostés del año anterior, en 5 de junio de 1960, había hablado así:

«Queridos hijos: el espíritu sobrenatural es cosa grave e importante. No es comparable un Concilio Ecuménico a un tratado de política nacional o internacional.»

Contemplando al Papa *Papa*, esto es, en perspectiva sobrenatural, desde Cristo y en la Iglesia de Dios, es como podemos situarnos adecuadamente para nuestra comprensión de estos dos grandes Pontífices, hombres de Iglesia y verdaderos pastores de la Ley de Cristo que Juan Pablo II beatificó el pasado 3 de septiembre.

* * *

Atendamos a algunos párrafos de la primera encíclica de Juan XXII, *Ad Petri cathedram*, de 29 de junio de 1959:

«La Iglesia católica florece con perenne juventud, y es estandarte alzado por las naciones; de ella surgen, como de fuente, la abundante luz y el suave amor que inunda a todos los pueblos.»

«Si seguimos la razón, seguimos a Dios mismo, que es su autor y legislador y guía de nuestra vida (...) a las verdades que superan la capacidad natural de la razón, no podemos en modo alguno llegar sin ayuda de la luz sobrenatural. Por esto el Verbo de Dios, que habita una luz inaccesible, con inmensa caridad y compasión hacia

«Lo que más vale en la vida es Jesucristo bendito, su Santa Iglesia, su Evangelio, la verdad y la bondad»

Palabras de Juan Pablo II en la Misa de beatificación de Juan XXIII, citando su testamento (3 de septiembre de 2000)

«Tú eres bueno y dispuesto al perdón» (Antífona de entrada). Contemplamos hoy en la gloria del Señor a otro Pontífice, Juan XXIII, el Papa que conmovió al mundo por la afabilidad de su trato, que reflejaba la singular bondad de su corazón. Los designios divinos han querido que esta beatificación uniera a dos Papas que vivieron en épocas históricas muy diferentes, pero que están unidos, más allá de las apariencias, por muchas semejanzas en el plano humano y espiritual. Es muy conocida la profunda veneración que el Papa Juan XXIII sentía por Pío IX, cuya beatificación deseaba. Durante un retiro espiritual, en 1959, escribió en su Diario: «Pienso siempre en Pío IX, de santa y gloriosa memoria, e, imitándolo en sus sacrificios, quisiera ser digno de celebrar su canonización» (*Diario del alma*, p. 560).

Ha quedado en el recuerdo de todos la imagen del rostro sonriente del Papa Juan y de sus brazos abiertos para abrazar al mundo entero. ¡Cuántas personas han sido conquistadas por la sencillez de su corazón, unida

a una amplia experiencia de hombres y cosas! Ciertamente la ráfaga de novedad que aportó no se refería a la doctrina, sino más bien al modo de exponerla; era nuevo su modo de hablar y actuar, y era nueva la simpatía con que se acercaba a las personas comunes y a los poderosos de la tierra. Con ese espíritu convocó el concilio ecuménico Vaticano II, con el que inició una nueva página en la historia de la Iglesia: los cristianos se sintieron llamados a anunciar el Evangelio con renovada valentía y con mayor atención a los «signos» de los tiempos. Realmente, el Concilio fue una intuición profética de este anciano Pontífice, que inauguró, entre muchas dificultades, un tiempo de esperanza para los cristianos y para la humanidad.

En los últimos momentos de su existencia terrena, confió a la Iglesia su testamento: «Lo que más vale en la vida es Jesucristo bendito, su Santa Iglesia, su Evangelio, la verdad y la bondad». También nosotros queremos recoger hoy este testamento, a la vez que damos gracias a Dios por habernos dado como Pastor.

el género humano, se hizo carne y habitó entre nosotros para iluminar, viniendo a este mundo, a todo hombre y conducirlos a todos no sólo a la plenitud de la verdad sino también a la virtud y a la felicidad eterna».

«Todos, por tanto, están obligados a abrazar la doctrina del Evangelio. Si se la rechaza, vacilan los mismos fundamentos de la verdad, de la honestidad y de la civilización.»

«La oración de Jesucristo para que todos sean uno (...) engendra en nosotros una esperanza dulcísima, y nos da la seguridad de que finalmente (...) "habrá un solo rebaño y un solo Pastor". Profundamente animados de esta suavísima esperanza, hemos promulgado nuestro propósito de convocar un Concilio Ecuménico (...)»

«Nuestro divino Redentor fundó su Iglesia con el fundamento de una solidísima unidad, y si, por un absurdo, no la hubiera hecho así, habría fundado una cosa caduca y contraria a sí misma; como los diversos sistemas filosóficos que, abandonados al arbitrio y opinión del hombre, en el transcurso de los tiempos nacen, se

transforman y desaparecen uno tras otro. Esto se opone diametralmente al magisterio de Jesucristo, que es camino, verdad y vida».

«(...) esta unidad no debe ser algo vano, incierto y caedizo, sino sólido, estable y seguro, si a las otras comunidades cristianas les falta, a la Iglesia católica no le falta, como fácilmente puede echarlo de ver cualquiera que con diligencia lo examine (...) todos los hijos están llamados a venir a la única casa paterna, que descansa sobre el fundamento de Pedro, y en ella se ha de procurar reunir fraternalmente a todos los pueblos como en el único Reino de Dios: Reino cuyos súbditos, unidos en la tierra en la concordia del espíritu, puedan gozar un día de la eterna bienaventuranza en el Cielo.»

Es importante para encontrar el hilo conductor de su tarea pastoral atender ahora a la alocución de Juan XXIII en la apertura de la primera sesión del Concilio Vaticano II:

«Lo que principalmente atañe al Concilio Ecuménico es esto: que el sagrado depósito de la doctrina cristiana sea custodiado y enseñado en forma cada vez más

eficaz. Tal doctrina comprende al hombre entero, compuesto de alma y cuerpo, al cual, como peregrino que es sobre la tierra, le enseña que debe aspirar hacia el Cielo. Esto demuestra que se debe ordenar nuestra vida mortal de modo que, cumpliendo nuestros deberes de ciudadanos del Cielo y de la Tierra, consigamos el fin establecido por Dios (...) pero a fin de que esta doctrina alcance los múltiples campos de la actividad humana referentes al individuo, a la familia y a la sociedad, es necesario, ante todo, que la Iglesia no se separe del patrimonio sagrado de la verdad recibido de los Padres (...) la Iglesia no se considera inerte ante el progreso admirable de los descubrimientos del ingenio humano, y ha sabido estimarlos debidamente, mas, auxiliando estos desarrollos, no deja de advertir a los hombres que, por encima de las cosas visibles, vuelvan los ojos a Dios y no olviden los hombres a quienes se dijo: "Poblad la Tierra y dominadla" y el gravísimo precepto "adorarás al Señor tu Dios, y a Él sólo servirás", a fin de evitar que la atracción fascinadora de las cosas visibles impida el verdadero progreso».

«La solicitud de la Iglesia en promover y defender la verdad deriva del hecho de que (...) no pueden los hombres, sin ayuda de toda la doctrina revelada, conseguir la completa y firme unidad de ánimo a la que están ligadas la verdadera paz y la salvación eterna. Desgraciadamente, la familia cristiana no ha conseguido plenamente esta visible unidad en la verdad (...) esto es lo que se propone el Concilio Ecuménico Vaticano II que, al esforzarse en agrupar las mejores energías de la Iglesia, trabaja para que todos los hombres acojan con mayor solicitud el anuncio de la Salvación y, al hacer esto, prepara y consolida el camino hacia la unidad del género humano, que es el fundamento necesario para que la ciudad terrena se organice a semejanza de la Ciudad Celeste, en la que, según San Agustín, «reina la verdad, dicta la caridad su ley, y cuyas fronteras son la eternidad.»

Juan XXIII concluía la alocución inaugural invocando la cercanía de la Iglesia celeste a la Iglesia terrena en orden a que ésta pudiese obrar en el mundo aquella unidad por la que la ciudad terrena sea semejante a la celestial:

«Puede decirse que el Cielo y la tierra se unen para celebrar el Concilio; los Santos del Cielo, para proteger vuestros trabajos; los fieles de la tierra, perseverando en la oración al Señor, y vosotros siguiendo las inspiraciones del Espíritu Santo (...).»

«Oh, Dios omnipotente, en Tí ponemos toda nuestra confianza, desconfiando de nuestro esfuerzo. Mira benigno a estos pastores de tu Iglesia. La luz de tu gracia nos ayude a tomar decisiones y a formular leyes, y escucha clemente las oraciones que te elevamos con unanimidad de fe, de palabra y de alma.»

«Oh, María, auxilio de los cristianos, auxilio de los obispos, de cuyo amor hemos tenido recientemente particular prueba en tu templo del Loreto, en el cual quisimos venerar el Misterio de la Encarnación, dispón todas las cosas para un feliz y propicio éxito y, junto con tu esposo San José, con los santos apóstoles Pedro y Pablo, con los santos Juan, el Bautista y el Evangelista, intercede por nosotros ante Dios. A Jesucristo, nuestro adorable Redentor, Rey inmortal de los pueblos y de los siglos, sea el amor, el poder y la gloria por los siglos de los siglos, Amén.»

Una piedad filial hacia María impregna siempre las palabras y los gestos de Juan XXIII. En honor a María peregrinó al santuario de Nuestra Señora de Loreto en 1962, en el que fue el primer viaje de un Papa fuera de Roma, después de los pactos de Letrán de 1929.

Y en Asís aquel mismo año invocaba así a María:

«¡Oh María, Reina de los ángeles!: los espíritus bienaventurados que la bondad misericordiosa del Señor envía para nuestra custodia, para proteger cada uno de nuestros pasos, para proteger a cada hombre en cada página de la historia humana, son tu corona en presencia de la augusta Trinidad. Desde allí nos muestras el camino del Paraíso; enciende el entusiasmo general por la celebración del Concilio Ecuménico, que quiere ser una verdadera fiesta inmensa del Cielo y de la tierra: de los ángeles, de los santos y de los hombres; en tu honor, en honor de tu castísimo esposo San José, de San Francisco y de todos los Santos; para la alabanza y para el triunfo en las almas y en los pueblos del Nombre y del Reino de Jesucristo, Redentor y Maestro del género humano.»

La devoción mariana de Juan XXIII, presente en todos los momentos de su pontificado y, según confidencia propia de su vida, que expresó de forma muy concreta en dos significativos documentos, la Encíclica *Grata recordatio* de 26 de septiembre de 1959 y la Carta Apostólica *Il religioso convegno*, de 29 de septiembre de 1960, evocaba la profunda impresión que le habían producido desde su primera juventud las reiteradas encíclicas del papa León XIII, recomendando el rezo del Santo Rosario de María. En esta Encíclica, Juan XXIII afirma complacido que todos los días de su vida había perseverado en el rezo íntegro del Rosario, es decir, en sus tres partes, de los Misterios gozosos, dolorosos y gloriosos, procurando atender a su contemplación. En el año anterior al de su muerte y al acercarse la primera sesión del Concilio Vaticano II, en una nueva carta apostólica insistía en recomendar el Rosario, pero entonces para exhortar a todos a invocar por él a María implorando su protección para las tareas del Concilio Ecuménico.

El 75 aniversario de una Encíclica para el Reino: *Quas primas*

Celebramos este año jubilar 2000 la conmemoración de la institución por el papa Pío XI, el 11 de diciembre de 1925, mediante la Encíclica *Quas primas*, de la fiesta especial de Jesucristo Rey cerrando el año también jubilar.

Desde su primera encíclica *Ubi Arcano* tomó Pío XI como divisa de su Pontificado la que era síntesis de las de sus inmediatos predecesores Benedicto XV y Pío X: «*Pax Christi in Regno Christi*».

«... Por lo tanto, como advertíamos entonces que era necesario buscar la Paz de Cristo en el Reino de Cristo... habiendo contribuido, pues este Año Santo a ilustrar de varias maneras el Reino de Cristo, Nos parece que haremos cosa muy conforme con nuestro oficio apostólico si, secundando las súplicas de muchísimos cardenales, obispos y fieles hechas a Nos, ya solos ya colectivamente, cerráramos este Año Jubilar introduciendo en la sagrada liturgia una fiesta especial de Jesucristo Rey....»



«La celebración de esta fiesta, que se renovará todos los años, será también advertencia para las Naciones que el deber de venerar públicamente a Cristo y de prestarle obediencia se refiere, no sólo a los particulares, sino también a los gobernantes...»

«... como quiera que reclama su real dignidad que la sociedad entera se conforme con los divinos mandamientos y con los principios cristianos, al establecer leyes, al administrar justicia, en la formación del alma de la juventud, en la sana justicia y en la santidad de las costumbres.»

MATER IN COELIS ASSUMPTA

En el 50 aniversario de la Constitución Apostólica «Munificentissimus Deus»

Dr. Joan Antoni MATEO GARCÍA
 Docente de Mariología en el Instituto
 de Teología Espiritual de Barcelona.
 Miembro de la Sociedad Mariológica Española

El día 1 de noviembre de 1950, el Papa Pío XII definía el dogma de la Asunción de María al cielo. Culminaba así un gran movimiento del Pueblo de Dios para definir esta verdad de fe. Ya en el concilio Vaticano I, 204 Padres sinodales pidieron tal definición, y durante la primera parte del siglo XX, se intensificó el trabajo que conduciría a la *Munificentissimus Deus*.

La universalidad de la fe de la Iglesia en la Asunción de María se manifestó plenamente cuando el Santo Padre hizo la consulta a todos los Obispos en 1946, preguntándoles si consideraban que se podía definir la asunción corporal de María como dogma de fe y si ellos mismos lo deseaban con su clero y su pueblo. De 1181 respuestas, 1159 fueron afirmativas, y de las 22 respuestas negativas, sólo 6 dudaban sobre el carácter revelado de la creencia.

Recordemos las solemnes palabras del documento pontificio:

«...Por eso, la augusta Madre de Dios, misteriosamente unida a Jesucristo desde toda la eternidad «por un solo y mismo decreto» de predestinación, inmaculada en su concepción, virgen integerrima en su divina maternidad, generosamente asociada al Redentor divino, que alcanzó pleno triunfo sobre el pecado y sus consecuencias, consiguió, al fin, como corona suprema de sus privilegios, ser conservada inmune de la corrupción del sepulcro y, del mismo modo que antes su Hijo, vencida la muerte, ser levantada en cuerpo y alma a la suprema gloria del cielo, donde brillaría como Reina a la derecha de su propio Hijo, Rey inmortal de los siglos (Cf, 1 Tim 1,17)...

»Por eso... para gloria de Dios omnipotente que otorgó su particular benevolencia a la Virgen María, para honor de su Hijo, Rey inmortal de los siglos y vencedor del pecado y de la muerte, para aumento de la gloria de la misma augusta Madre, y gozo y regocijo de toda la Iglesia, por la autoridad de nuestro Señor Jesucristo, de los bienaventurados Apóstoles Pedro y Pablo y nuestra, proclamamos, declaramos y definimos ser dogma divinamente revelado: **Que la Inmaculada Madre de Dios, siempre Virgen María, cumplido el curso de su vida terrestre, fue asunta en cuerpo y alma a la gloria celestial.**

»Por eso, si alguno, lo que Dios no permita, se atreviese a negar o voluntariamente poner en duda lo que por

Nos ha sido definido, sepa que se ha apartado totalmente de la fe divina y católica».!¹

La conmemoración del 50 aniversario de la definición nos invita a algunas reflexiones:

El texto de la definición insiste en que el fundamento de la Asunción es la íntima y constante unión de María con Jesucristo. No hay ningún texto explícito de la Sagrada Escritura donde podamos hallar el hecho de la asunción, sin embargo, implícitamente, todo el Evangelio fundamenta tal realidad. De esta manera, el texto de la definición explicita maravillosamente la comprensión católica de la revelación que comprende la Sagrada Escritura y la Tradición con su autorizada interpretación por parte del Magisterio vivo de la Iglesia.²

La Bula destaca igualmente la cooperación activa de María al misterio de la Redención («generosamente asociada al Redentor divino»). Consideramos que, de la misma manera que los sufrimientos de la pasión de Cristo le condujeron a la victoria de la resurrección, la participación especial de la Virgen a la pasión de su Hijo le hizo merecedora de su glorificación.

La definición de la Asunción nos recuerda una verdad elemental: la muerte como consecuencia del pecado. Implícitamente nos dice que María participa de la victoria sobre la muerte de modo análogo a su Hijo («del mismo modo que antes su Hijo»). Esto supone que la Virgen murió y que fue resucitada y preservada de la corrupción del sepulcro. La glorificación de María es también en beneficio de todos los hombres puesto que Ella es colocada en una situación de particular privilegio e intercesión ante Dios («donde brillaría como Reina a la derecha de su propio Hijo...»). De esta manera, la Asunción de la Virgen Santísima, lejos de separar a María de los demás hombres, la sitúa en una nueva y valiosa unión respecto a los mismos por su cualidad de Madre intercesora y mediadora. La Iglesia enseña que con su asunción a los cielos, la

1. Cf. DENZINGER-HUNERMANN 3902-3904.



Lo quart Misteri de Gloria, es la Assumpció de Maria Santissima en Cos, y Anima en lo Cel.

Virgen María no abandonó su misión salvadora, sino que continúa procurándonos con su múltiple intercesión los dones de la salvación eterna... Por eso la Santísima Virgen es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora.³

El dogma de la Asunción apunta muy directamente a la consideración de la Mediación e Intercesión universales de María, verdades que, a mi parecer, serán más plenamente manifestadas por la Iglesia en su momento oportuno.

La definición del dogma elude cualquier representación imaginativa del mismo. La Asunción es una realidad de fe. Semejante a la resurrección del Señor, que es tipo e imagen de nuestra futura glorificación, sólo es accesible en el misterio de la fe. El *Catecismo de la Iglesia Católica* nos recuerda que La Asunción de la Santísima Virgen constituye una participación singular en la Resurrección de su Hijo y una anticipación de la resurrección de los demás cristianos.⁴

Con todo, ha de mantenerse como elemento constitutivo de esta fe la glorificación corporal de María. El cuerpo de la Santísima Virgen fue preservado de la corrupción

2. Es conveniente recordar aquí las expresivas palabras del Concilio Vaticano II en la *Dei Verbum*, 11: «*Munus autem authentice interpretandi Verbum Dei scriptum vel traditum solo vivo Ecclesiae Magisterio concreditum est*».

3. Cf. *LG* 62 y *CEC* 969.

4. Cf. *CEC* 966.

del sepulcro y resucitado. Es decir, si con absoluta certeza encontráramos el lugar donde fue enterrada María, el sepulcro, como el de Jesús, se hallaría vacío. De manera muy oportuna, el dogma de la Asunción es un buen antídoto contra muchas y descabelladas teorías escatológicas contrarias a la fe católica. El realismo de la salvación afecta a todo el hombre, cuerpo y alma. En el momento de la muerte el alma inmortal abandona el cuerpo que, por el poder de Dios, será resucitado a la fin de los tiempos. En María, esta resurrección y glorificación se produjeron anticipadamente por su singular unión con Jesucristo y su participación única en la obra de la Redención.

En una época como la nuestra en que se tributa un culto idolátrico al cuerpo (por falta de perspectiva de transcendencia), los católicos nos podemos jactar de tener la visión más alta y positiva de la corporeidad humana.

La frase definitoria infalible del texto de la Constitución Apostólica afecta también a la Maternidad Divina, a la Inmaculada Concepción y a la Virginidad de María. De hecho, Éfeso ya definió dogmáticamente la Maternidad y Pio IX la Inmaculada. Hoy, desgraciadamente, muchos niegan o ponen en duda la virginidad corporal y perpetua de María. Creo que también a éstos se les puede aplicar perfectamente la conclusión del texto definitorio: «Por eso, si alguno, lo que Dios no permita, se atreviese a negar o voluntariamente poner en duda lo que por Nos ha sido definido, sepa que se ha apartado totalmente de la fe divina y católica».

«Como el Sembrador del Evangelio, conoce todos los caminos del universo mundo»

CRISTIANDAD saludó en su número de noviembre de 1958 la elección de Juan XXIII y publicó esta biografía esquemática firmada por quien fue asiduo e ilustre redactor, Luis Creus Vidal (†). En ella seguía el estilo de las biografías publicadas en 1944 en los números monográficos dedicados a los últimos papas, desde Pío IX hasta Pío XII que, aunque anónimas, eran, con toda probabilidad, del mismo autor. Puesto que la de Juan XXIII sólo alcanzaba hasta su elección, la completamos con los hitos más significativos de su pontificado.

* «Non tornerà piu fra noi!» ¡No le volveremos a ver!

* Cincuenta y cinco años más tarde, se repetía la historia en Venecia. La masa acudía a despedir a su Cardenal-Patriarca, que partía para asistir al Cónclave. Llevado de certero instinto, como cuando el Patriarca José Sarto, el fiel pueblo de las lagunas sentía que iba a perder su Pastor, para ofrendarlo a la Iglesia: «Non tornerà», decía.

* Había nacido el 25 de noviembre de 1881 en la aldea de Sotto il Monte, de Bérgamo. Familia numerosa, de once hermanos, de los que cuatro sobreviven. Familia modesta, pero —osaríamos decir— aldeana hidalga. Sintiendo el llamamiento de Dios, su padre, Juan Bautista Roncalli, consintió el sacrificio del hijo que era su predilecto y la esperanza de la casa, por sus reconocidas dotes.

* El fin de siglo lo ve seminarista en Bérgamo y en el Pontificio Romano.

* Fue ordenado sacerdote en Santa María in Monte Santo de Roma, celebrando su primera Misa sobre la tumba de San Pedro.

* La Providencia le destinaba un gran maestro: hasta 1914 —el año trágico y trascendental— le vemos secretario particular del gran obispo bergamasco Radini-Tedeschi.

* Movilizado durante la primera Gran Guerra —él mismo lo ha comentado humorísticamente— como sargento de Sanidad, ministró luego como abnegado capellán militar. Finida la contienda, destacó como celoso sacerdote en la cura de almas, siendo entre los primeros que supo utilizar el «arma» del deporte para atraerse la juventud.

* De 1921 a 1925 trabaja en la Sagrada Congregación de Propaganda Fidei, y comienza su larga peregrinación por distintos países; es catedrático de Patrología en el Lateranense.

* Y aquí interviene la Providencia, disponiendo que el futuro Sucesor de Pedro conozca bien el mundo. ¡A este fin no le ahorra trabajos. Elevado por Pío XI, que calaba hondo en los que elegía, a la dignidad de arzobispo «*in partibus*», lo designa visitador apostólico en tan ingrato país como Bulgaria, tras su consagración en la Iglesia de San Carlos el Corso.

* En Sofía estuvo muchos años, hasta que en 1935 la Santa Sede lo trasladó a Constantinopla —hoy llamada Istambul— como vicario apostólico para Turquía y Delegado para Grecia.

* Durante veinte años tuvo ocasión de hacer el bien entre lo más desheredado de Europa y del Próximo Oriente, y de conocer las tristezas y las pobrezas del mundo.

* Con esta preparación, le vemos investido de una misión sagrada y diplomática de la más alta categoría, y de signo enteramente contrario a la anterior: la Nunciatura de París, en 1945, La Providencia, repitámoslo, quería que su futuro Vicario lo conociese todo, y que de todo «estuviese ya de vuelta». Allí hubo de sufrir las intemperancias del patriotismo francés, coronación del naturalismo y del liberalismo galos, «herido» al parecer por «no gustarle» las relaciones que la Santa Sede había tenido con el Gobierno de Vichy.

* Todas estas intemperancias y pedanterías hubo de superarlas, llegando, por su bondad y por su celo —que no rehuía, sino que al contrario, llegó a extender sus bondades al propio embajador soviético, según se cuenta— a captarse generales amores y simpatías. El socialista Auriol, como jefe de Estado, fue el encargado de imponerle la bireta de Purpura a tenor de viejos privilegios.

* Y así la Providencia quiso que su futuro Vicario viviese en la vieja ciudad «de los siete pecados capitales», renovados y trasnochados, sin enmienda, tras la catástrofe de 1939-45.

* Luego —anotemos también su intervención en la UNESCO— le deparaba un más apacible redil.

* En 15 de marzo de 1953 en medio de «un plebiscito de amor filial» entraba, destinado por el inmortal Pío XII, en Venecia, como Patriarca.

* Como preparación de su próximo Pontificado, un auténtico cargo de típico Pastor.

* Y así pudo «vivir» un poco, cinco años, una gran archidiócesis de Italia, en una gran ciudad peninsular, resumen de la nueva Europa sin embargo, cada vez más

americanizada, cada vez más «standard»: en donde va desapareciendo el arte. Y donde todo es ya técnica.

* Mas, en medio de un pueblo fiel, visitó celosamente las cien parroquias de su Diócesis, en espera de su espiritual y próximo futura visita a las del Orbe entero.

* Sin perjuicio de su actividad patriarcal, le vemos llenar grandes misiones en nombre de Pío XII. Una de ellas le llevó a conocer España, desde Santiago a Montserrat.

* Otras le llevaron al lejano y acongojado Líbano, que él conocería muy bien, así como a Lourdes, en calidad de Legado Pontificio, de nuevo en Francia.

* Formidable preparación la de este vigoroso anciano, que, como el Sembrador del Evangelio, conoce todos los caminos del universo mundo, y todos sus predios, y que

quizá ha sembrado más en terrenos áridos y pedregosos, o en medio de los caminos (donde las aves del cielo devoran la semilla), que sobre tierra fértil.

* «Curado de sorpresas» como conviene en este momento trágico, el hijo de los labradores de Sotto il Monte sabe de malas cosechas, de sequías y de ingratitudes. Por el momento, conoce bien la tierra, la que da espinas. ¿Reservará el futuro, llevado por la mano de Dios, alguna sorpresa que justifique la divisa de «*Pastor et Nauta*», que aun parece algo misteriosa en el ilustre hijo de la familia Roncalli, apegada, desde hace cinco siglos —como su blason pregonó— al «*agre de la terra*» de la vieja Lombardia?

* Dios lo sabe, mas nosotros sólo sabemos una cosa: que su Providencia resplandecerá. «*Dominus conservet eum!*»

Hitos de su Pontificado

1958

Octubre 28. Es elegido Papa y toma el nombre de Juan XXIII.

1959

Enero 25. Anuncia un Sínodo para la diócesis de Roma y un Concilio para la Iglesia universal.

Mayo 11. Venera en la Plaza de San Pedro los restos de san Pío X y de san Juan Bosco.

Junio 29. Primera Encíclica, *Ad Petri Cathedram*.

Agosto 1. Encíclica *Sacerdotii Nostri primordia*, en el centenario de la muerte del santo Cura de Ars.

Septiembre 26. Encíclica *Grata recordatio*, sobre la devoción al santo rosario.

1960

Junio 30. Carta Apostólica *Inde a primis*, sobre la devoción a la Preciosísima Sangre.

Septiembre 29. Carta Apostólica *Il religioso convegno*, sobre el rezo del rosario.

1961

Mayo 15. Encíclica *Mater et Magistra*, en el LXX aniversario de la *Rerum Novarum* de León XIII.

Noviembre 11. Encíclica *Aeterna Dei*, en el XV centenario de la muerte de san León Magno.

Diciembre 25. Carta Apostólica *Humanae salutis*,

con que convoca para 1962 el Concilio Ecuménico Vaticano II.

1962

Enero 6. Exhortación Apostólica *Sacrae laudis*, sobre el rezo del oficio divino por la intención del Concilio.

Febrero 2. Anuncia para el 11 de octubre el comienzo del Concilio.

Julio 1. Encíclica *Poenitentiam agere*, sobre la oración y mortificación por el Concilio.

2. Carta *Il Tiempio Massimo* a las religiosas, invitándolas a aplicar especiales oraciones por el Concilio.

Octubre 4. Peregrinación a Loreto y Asís.

11. Inaugura el Concilio Ecuménico Vaticano II.

25. Dirige a los gobernantes de los pueblos un mensaje suplicando ejercicio y servicio de clarividencia y prudencia por la paz del mundo.

Diciembre 8. Clausura con un discurso la primera sesión del Concilio Ecuménico Vaticano II.

1963

Abrial 11. Publica la Encíclica *Pacem in terris*.

Mayo 17. Celebra por última vez la santa misa.

31. Pide recibir los últimos sacramentos.

Junio 3. Al terminar la misa celebrada por el cardenal Traglia en la plaza de San Pedro, muere a las 19.49.

El Sagrado Corazón de Jesús en Juan XXIII

La Carta Apostólica *Inde a primis*, del beato Juan XXIII, de 30 de junio de 1960, sobre el culto a la Preciosísima Sangre de Jesús contiene el siguiente texto:

«Con no menores beneficios [después de referirse al culto a la Preciosísima Sangre de Cristo] acrecentaron los Romanos Pontífices el culto al Sacratísimo Corazón de Jesús, a cuya plena y perfecta constitución y a cuya difusión por todo el mundo en tanto grado contribuyeron las cosas que Cristo el Señor, mostrando su sacro-santo Corazón, manifestó a Santa Margarita María Alacoque; y con tan singular honor apoyaron los Romanos Pontífices, con admirable



Santa Margarita ve el Corazón de Jesús entre llamas, a un lado la Virgen María, al otro san Francisco de Sales y san Claudio la Colombière.

unanimidad esta forma de culto religioso, que no sólo pusieron en claro su virtud y fuerza, sino que también declararon su legitimidad y promovieron su uso, y esto en muchos y públicos documentos emanados del magisterio eclesiástico, que encontraron su culminación en las tres insignes Encíclicas dadas sobre esta cuestión». [Se mencionan en AAS, en nota al pie de la página, las encíclicas *Annum Sacrum*, de León XIII, la *Miserentissimus Redemptor*, de Pío XI y la *Haurietis aquas*, de Pío XII.]

Evitando la separación entre las revelaciones privadas y la revelación pública, este texto afirma que Cristo, por santa Margarita María de Alacoque y mostrando su Corazón, constituyó plena y universalmente el culto al Corazón de Jesús que los Romanos Pontífices en muchos actos y públicos documentos de su magisterio juzgaron legítimo y promovieron en el pueblo cristiano.

La devoción mariana de Juan XXIII*

CARLOS MAS DE XAXARS GASSÓ

«Los Romanos Pontífices, en el decurso de los siglos, siempre han considerado dulcísimo deber y altísimo honor el rodear de luz a la Virgen, esto es, ilustrar a las mentes de los fieles sobre las grandes verdades reveladas por Dios en relación con su Santísima Madre...».¹ El fervor e intensidad de la devoción mariana del papa Juan XXIII son un hecho palpable a lo largo de toda su vida, reflejada vivamente en el «Diario del alma» y manifestada, de un modo especial, en el ejercicio del «dulcísimo deber y altísimo honor» que como romano pontífice llevó a cabo de un modo continuo y persistente. De la riqueza y profundidad de esta enseñanza queremos dar aquí un testimonio que estimule a acudir a la fuente directa de sus encíclicas, mensajes y alocuciones.

* * *

Es conocida la sencillez con que gustaba dirigirse a los fieles en las audiencias generales, y así es de su misma boca que conocemos esta sencilla historia: Un 21 de noviembre –festividad del nombre de María– una madre llevando a su pequeño de la mano se dirigía a un santuario de María, denominado Alle Caneve. Al llegar al templo no pueden entrar por estar lleno de fieles y el niño no alcanza a las ventanas laterales de la puerta de entrada para ver a la venerada imagen de la Virgen. Entonces la madre, presurosa, levantó al niño en sus brazos diciendo: «Mira, mira a la Señora, es la Virgen del 21 de noviembre, María Santísima presentada en el Templo».

Es el primer recuerdo claro y nítido que el papa conserva de su infancia y de su madre. ¡Qué felicidad tan suave y profunda –dice el papa– al pensar que este primer recuerdo es un acto de devoción a la Madre celestial!²

* * *

Esta devoción recibida en la infancia, en el hogar numeroso, pobre y cristiano de los Roncalli, fundada en la

tradición y exteriorizada en seculares formas de piedad popular, es la que –llegado al Pontificado– deseará inculcar al pueblo cristiano: «Así pues, queridos hijos, huid de todo lo que singulariza, buscad por el contrario la devoción mariana más confirmada por la tradición, tal como nos ha sido transmitida desde los orígenes a través de fórmulas y plegarias de sucesivas generaciones cristianas de Oriente y de Occidente».³

Frente a las corrientes minimalistas que han acusado al pueblo cristiano de desviación y exageración en la piedad mariana, hablando al Capítulo General de la Orden de los Cistercienses reformados, atribuía esta forma de pensar a la «falta de un perfecto conocimiento del conjunto de la doctrina católica», añadiendo: «por cierto, casi no se produce esto en el seno de las familias religiosas, pero ciertas infiltraciones de estas tendencias son siempre posibles y no es imposible que tal alma más sensible o más delicada se sienta turbada. En esto también el apego a vuestras tradiciones os defenderá y os librará de toda preocupación a este respecto. Y mañana como ayer, una filial devoción a aquella que invocáis como la Reina del Císter atenuará y hará más suave a vuestras almas religiosas la austeridad de vuestras observancias».⁴

No faltan quienes en nombre de una pretendida profundización de la Mariología y de una mejor penetración de la substancia de la doctrina católica recorran caminos dudosos o ya de antiguo condenados⁵ en apoyo de los cuales se invocará, si es preciso, el espíritu o la línea de Juan XXIII, sin que para ello sea obstáculo la implícita condena que el papa hizo de toda enseñanza que se opusiera a la doctrina tradicional al afirmar que

«es solidísimo, fundado como está en verdades tan lúminosas nuestro obsequio a la Señora... y lo esencial es que bajo la guía infalible de la Iglesia se ha sabido apreciar siempre y bien la sustancia de nuestra doctrina que nos presenta a María junto a Jesús, Madre del Redentor y Madre nuestra».⁶

* * *

3. Audiencia general, de 15 de junio de 1959.

4. Alocución de 1 de septiembre de 1962.

5. Cf. CRISTIANDAD, núm. 442, p. 235. «Muchos sacerdotes niegan la virginidad de María».

6. Alocución de 21 de noviembre de 1962.

* En octubre de 1968, coincidiendo con el décimo aniversario de la elección de Juan XXIII, CRISTIANDAD le dedicó un número de recuerdo (núm. 451-452) con diversos artículos en los que se estudiaban algunos rasgos destacados de su pensamiento y de su pontificado. Reproducimos dos de estos artículos, los debidos a las plumas de nuestros colaboradores Carlos Mas de Xaxars Gassó y Juan Casañas Balcells.

1. Radiomensaje, de 28 de agosto de 1959

2. Audiencia general, de 21 de noviembre de 1962.

«Es fácil comprobar que en nuestro tiempo el culto a María toma cada día mayor incremento».⁷

Dios quiere que todos los hombres se salven y en su divina Providencia tiene dispuesta la concesión de medios extraordinarios para los tiempos cada vez más difíciles que toca vivir a los hombres. Así en Paray-le-Monial llega la revelación de la devoción al Corazón de Jesús.⁸ Y luego, para más fácilmente comprenderla y alcanzarla, se nos revela otro medio: la devoción al Corazón Inmaculado de María. Así lo proclama CRISTIANDAD en su lema: «Al Reino de Cristo por los Corazones de Jesús y María». De esta intervención extraordinaria de María en la economía de la salvación habló con frecuencia Juan XXIII:

«En nuestra época –como los cristianos frecuentemente han tenido ocasión de experimentar y experimentan aún– la augusta Madre de Dios hace sentir, de un modo especial, su presencia y su ayuda en las vicisitudes humanas. Cuanto más se enfriá la caridad, con tanta mayor vehemencia Ella llama a sus hijos a sentimientos de piedad, de amor a la virtud, de penitencia por los propios pecados. Y mientras se agravan las amenazas de las desgracias que vienen de todas partes, vemos que Ella, clementísima y Mediadora, implora por nosotros a la divina misericordia y nos aleja el merecido castigo por las culpas. Tenemos, pues, una Patrona que puede muchísimo cerca de la divina Majestad, tenemos una Madre que, con corazón piadosísimo, compadece todos los sufrimientos de sus hijos. Por tal razón, cualquiera que, arrojado en la tempestad de este mundo, se niega a acudir a su mano que socorre, pone en peligro su salvación».⁹

«Nuestra época, por señales inequívocas, parece ser de índole mariana, y cada día se ve con mayor claridad que el camino para que los hombres vuelvan a Dios está tutelado por María; que María es nuestra más poderosa confianza, la base de nuestra seguridad, la razón de nuestra esperanza» Y haciendo suyas unas palabras de san Bernardo, termina diciendo: «Veneremos, pues, a María con todas las fibras de nuestro corazón, con todos los afectos del alma y con todas nuestras aspiraciones, porque ésta es la voluntad de quien ha querido que nosotros lo tengamos todo por medio de María. Ésta, repito, es su voluntad, pero a favor nuestro; puesto que en todas las circunstancias y por todos los medios, mirando por nosotros, desgraciados, nos calma el desasosiego, excita la fe, robustece la esperanza, aleja la desconfianza, levanta la pusilanimidad».¹⁰

7. Motu proprio, de 8 de diciembre de 1959.

8. La devoción al Corazón de Jesús nació en el Calvario, pero las revelaciones a santa Margarita María indican la forma en que quiere ser amado y honrado en los tiempos actuales.

9. Exhortación, de 27 de abril de 1959.

10. Alocución a las Congregaciones Marianas, de 20 de agosto de 1959.

* * *

Éste es el mensaje de fe y de amor que Juan XXIII vivió y transmitió al pueblo cristiano al dar testimonio también de las manifestaciones sensibles de esta intervención de María en las apariciones de Lourdes, Fátima, Guadalupe...

Entre sus recuerdos más vivos se encuentra la visita que hizo a Fátima dos años antes de ser elevado a la Silla de Pedro. Explicó, en una ocasión, cómo estando en oración en Cova de Iria le sobrevino la tierna visión de la iglesia parroquial de su pueblo natal, donde, a los lados del altar, se encontraban las dos dulces imágenes del Corazón de Cristo y del Corazón de María como para decir: sobre la tierra tenemos necesidad de aliento, de protección, de maternal asistencia. Ahí está el aliento que brota de la fuente infinita del Corazón de Nuestro Señor, allí están las constantes e incomparables caricias del Corazón Inmaculado de María.¹¹

Son frecuentes sus referencias, en alocuciones y discursos, a estos recuerdos y sentimientos espirituales que le dejaron sus numerosas peregrinaciones a diversos santuarios. Siendo niño, acompañado de sus padres y hermanos. Más tarde, ya seminarista, con los demás compañeros, en peregrinaciones llenas de fervor y entusiasmo. Luego, obispo y cardenal, al frente de su grey o como legado pontificio seguirá mostrando su entusiasmo juvenil en peregrinar a los lugares santificados por la Virgen en la tierra.

Uno de los santuarios que más veces le vio llegar como peregrino es el de Lourdes. ¡Cuántas veces –ya obispo de Roma– confiaba a los peregrinos que partían hacia Lourdes su pesar por no poder acompañarlos! Entre sus numerosos discursos nos quedamos con éste que bien pudiera aplicarse a todos los santuarios marianos:

«¡Cuántos espíritus oscurecidos recibieron en Lourdes la luz, cuántos corazones tibios o endurecidos, el fervor del retorno a Dios, cuántas voluntades vacilantes, la fuerza de la perseverancia! En el silencio de una muda oración o entre las aclamaciones eucarísticas y marianas, las almas generosas han encontrado el gozo de una entrega de sí más compleja; los enfermos han recibido allí, si no siempre la curación, al menos sí la resignación y la serenidad en la ofrenda de sus sufrimientos, mientras que los moribundos aprendían, también allí, a hacer en paz el sacrificio de su vida. ¡Qué bella es a los ojos de Dios esta historia secreta, escrita solamente en los corazones: historia de las victorias de Dios “que nos ha arrebatado al imperio de las tinieblas para trasladarnos al reino de su Hijo muy amado, en el que hemos alcanzado la Redención, la remisión de los pecados” (Col 1, 13-14).

»En verdad, “misericordias Domini in aeternum

11. Audiencia general, de 22 de agosto de 1959.



cantabo" (Ps 88, 1), porque por las manos de su divina Madre el Señor ha prodigado su misericordia en esta ciudad de la oración, de la conversión y del milagro».¹²

En la línea constante seguida por los papas de la edad moderna, cada año, en dos ocasiones señaladas, Juan XXIII se dirigía al pueblo fiel para confiarle su ardiente deseo de una mayor y más profunda piedad mariana, enraizada en dos devociones tradicionales: el Mes de María en mayo y el Rosario en octubre.

Fue persistente y confiada su exhortación a los sacerdotes, para que en aquellos lugares donde estas formas de piedad se hubieran hecho rutinarias, en lugar de seguir el camino fácil de suprimirlas –no ya de denigrirlas– emprendieran en cambio, animosamente, la tarea de revivirlas enseñando a los fieles todo su valor. Por eso su primera palabra se dirigía siempre a los sacerdotes, como quienes,

más que los demás, debían practicar y vivir estas devociones.

«El Rosario bendito de María es la devoción propia de los sacerdotes y queremos ponerles como ejemplo a imitar a San Juan María Vianney, el Santo Cura de Ars, a quien nos gusta contemplar conmovidos mientras con singular piedad corren las cuentas del Rosario por sus manos. Que los sacerdotes tomen estímulo de su ejemplo para alcanzar una santidad digna de su vocación, vocación que Dios les ha dado para procurar la salvación de las almas.

»Que el Rosario sea, pues, el suspiro sereno de nuestros sacerdotes, de las almas consagradas a Dios en una vida de castidad perfecta y de continua caridad...».¹³

Él, como en todo, dio en esto ejemplo y explicaba con frecuencia cómo por la mayor necesidad que como papa tenía del auxilio divino, rezaba cada día las tres partes del Rosario. De esta sentida oración diaria de Juan XXIII brotaron sus frecuentes exhortaciones al rezo del Rosa-

12. Radiomensaje en la clausura del centenario de las apariciones de Lourdes, el 18 de febrero de 1959.

13. Carta Apostólica *Oecumenicum Concilium*, de 29 de abril de 1962.

rio, culminadas con la publicación de una Carta Apostólica con este fin. Junto a esta Carta Apostólica (del 29 de septiembre de 1961) el papa publicó unas reflexiones personales para ayudar al rezo meditado del Rosario. De esta abundancia de textos, entresacamos aquí algunos que dan el tono del profundo amor del papa Juan por el Rosario de María:

«... el Rosario bendito de María. ¡Cuánta dulzura al verlo sostenido por las manos de los inocentes, de los sacerdotes santos, de las almas puras, de los jóvenes y de los ancianos, de cuantos aprecian el calor y la eficacia de la oración, llevado por la innumerable y piadosa multitud como emblema y como bandera augural de paz en los corazones y de paz para todas las gentes humanas».¹⁴

«El papa... en la sucesión de misterios del Rosario encuentra a todos sus hijos, especialmente a aquellos que tienen una actividad más ardua, y los encomienda al Todopoderoso. En los misterios de gozo recuerda a los más cercanos; en los dolorosos los hermanos que sufren en las comunidades perseguidas de la Iglesia del Silencio; en los misterios gloriosos pide mayor confianza en la Virgen y en la unión con su divino Hijo».¹⁵

«Renovamos, pues, nuestra confiada invitación para que en el mes mariano todo el clero y el laicado católico multipliquen sus invocaciones a la Virgen Santa, ya sea en actos comunitarios de piedad litúrgica, ya en las diversas formas de la piedad individual, entre las cuales, como muchas veces hemos recordado, brilla con luz particular la oración del Rosario mariano, oración estupenda, ejercicio de incomparable elevación, con sus quince fulgores abiertos sobre el alma para evocar los misterios de la Encarnación, Nacimiento, Pasión y Muerte de Jesús, su Resurrección y Ascención al cielo, la venida del Espíritu Santo y las glorias más altas de María.

»Nunca se recordará demasiado que el Rosario debe ser rezado, además de con los labios, con la mente aplicada a las sublimes verdades, con el corazón ardiente de reconocimiento y de amor».¹⁶

«El Rosario es oración muy sencilla, que invita siempre al descanso interior, al abandono en Dios, a la confianza, que es, además, seguridad en alcanzar las gracias necesarias.

»Por esto, se comprende bien que precisamente en esta oración hallemos constantemente el fervor de la Iglesia que enseña, dirige, inspira y estimula a través de los tiempos.

»Todos en este momento deben oír la amable invitación a no avergonzarse de llevar consigo el rosario, más aún,

para que en toda circunstancia, tanto en los momentos difíciles, como en los momentos de paz, entre el ruido del mundo o en la soledad recuerden qué inmensas gracias supone para su vida la participación en la oración de los demás hermanos en la fe. En el Rosario se comprendían los incomparables dones del Señor».¹⁷

La civilización moderna ha llevado al hombre a un gran progreso material, pero al mismo tiempo ha provocado en él la ruina de los valores espirituales y como consecuencia el amor y la paz entre los hombres —dones de Dios— encuentran cada vez menos corazones en que morar. Es a través del salvador mensaje de la Maternidad de María que ha de venir la posibilidad de una conversión de los corazones. De este amor maternal de María fue Juan XXIII un esclarecido predicador y son algunos fragmentos sobre este tema los últimos que queremos ofrecer al lector de los que hemos espiado en el legado mariano del papa Juan:

«Madre del Salvador, la Virgen María ha participado íntimamente en la obra redentora por la que Cristo hacía de nosotros sus miembros y nos llamaba a convertirnos en hijos de Dios (Jo. 1-12). Y, como una madre desea siempre lo mejor para sus hijos, Ella nos condujo mediante su ejemplo admirable y su poderosa intercesión hacia la perfección de la caridad. Corporalmente es la Madre de Cristo y espiritualmente la Madre de su Cuerpo místico que es la Iglesia».¹⁸

«María es Madre de Dios y Madre nuestra. En su maternidad divina se funda el título de Reina, que resume todas sus grandezas; mueve el Corazón del Salvador y está en posesión del corazón de los hombres. Es la Madre de la Iglesia y contribuye con su oración omnipotente y con las gracias que derraman sus manos sobre el mundo a la siembra y expansión de la semilla».¹⁹

«Tal devoción responde bien al pensamiento de Dios y a su plan de Redención. Precisamente porque es Madre de Cristo, María es Madre nuestra... en esta excelsa Maternidad de la Virgen está el despliegue de todas sus grandezas».²⁰

Como un anticipo de la gozosa decisión conciliar de proclamar a María MADRE DE LA IGLESIA lo hizo ya en varias ocasiones Juan XXIII, quien llevó siempre a María en su corazón e invocó su Maternidad como la mejor prenda de su gloria. Con él podemos invocar siempre a María como a Madre de Cristo, Madre de la Iglesia y Madre nuestra.

17. Audiencia general, de 12 de octubre de 1960.

18. VII Congreso Mariano Nacional de Francia, 4 de julio de 1961.

19. Radiomensaje, de 13 de diciembre de 1959.

20. Alocución, de 6 de septiembre de 1959.

14. Carta Apostólica, de 29 de septiembre de 1961.

15. Audiencia general, de 14 de diciembre de 1960.

16. Discurso, de 25 de mayo de 1962, en la basílica de San Pablo.

San José, patrono del Concilio Vaticano II

FRANCISCO CANALS VIDAL

En la pastoral pontificia de Juan XXIII podríamos lo más característicamente singular respecto de sus predecesores, y tal vez tendríamos que decir respecto de sus sucesores hasta hoy, en la presencia constante, cotidiana, en sus palabras y gestos, de San José, el esposo de María, al que Pío IX había reconocido y proclamado como patrón de la Iglesia, y al que en consciente continuidad con él, Juan XXIII proclamó patrono del Concilio Vaticano II, y cuyo nombre quiso que fuese, junto al de María, invocado en la plegaria eucarística del cónclave de la Misa.

En el discurso de clausura de la primera sesión conciliar, en las palabras finales de despedida y bendición, hablaba a sí a los padres del Concilio:

«Esté con nosotros siempre la Virgen Inmaculada. Que su castísimo esposo José, patrono del Concilio Ecuménico, cuyo nombre brilla desde hoy en el canon de la Misa en todo el mundo, nos acompañe en el viaje, como acompañó a la Sagrada Familia, con su ayuda querida por Dios.»

Era constante en su enseñanza esta conciencia de la continuidad entre la Iglesia doméstica originaria, la Sagrada Familia de Nazaret, y la Iglesia universal; San José es el solícito protector paterno del Pueblo de Dios. En una carta apostólica de 19 de marzo de 1961, que reiteraba todos los actos y palabras de los Papas anteriores, desde Pío IX a Pío XII, acerca de la misión de José en la vida de la Iglesia, disponía que el altar de San José que se halla en la Basílica de San Pedro fuese considerado como el lugar propio de su presencia protectora de la Iglesia y del Concilio Ecuménico. Concluía la carta con estas palabras:

«Oh, San José, aquí está tu puesto como “protector universalis ecclesiae”. Hemos querido ofrecerte, a través de las palabras y documentos de nuestros predecesores, un corona de honor como eco de las muestras de afectuosa veneración que surgen de todas las naciones católicas y de todos los países de misión. Sé siempre nuestro protector, que tu espíritu interior de paz, de silencio, de trabajo y oración, al servicio de la Santa Iglesia, nos vivifique siempre y alegre, en unión con tu esposa bendita, Nuestra dulcísima e Inmaculada Madre, en el suavísimo amor a Jesús, Rey glorioso e inmortal de los siglos y de los pueblos.»

Sobre Juan XXIII y San José, una revista canadiense,

«Cahiers de Joséphologie», publicó en 1963 (vol. XI, núm. 1-2) un documentado estudio que recuerda todo cuanto dijo e hizo Juan XXIII en honor de San José y en recuerdo de su patrocinio sobre el Concilio. Se trata de cincuenta y cuatro actos; seleccionamos algunos, aunque no son más significativos o expresivos que cualesquiera de los otros. Recordemos que, por el estilo oral y confidencial, no escrito, de sus alocuciones, son textos por lo general del «Osservatore Romano» en su edición francesa, o de otras publicaciones que aluden a Juan XXIII en tercera persona y resumen sus palabras:

«El pasado año, el 19 de marzo, hemos declarado a San José protector del II Concilio Vaticano. Él había sido designado en 8 de diciembre de 1869, con ocasión del Concilio Vaticano I, celeste Patrono de toda la Iglesia católica entera» (16 de febrero de 1962).

«En la fiesta de la presentación vemos a Jesús Niño en los brazos de su madre María y a su lado San José, custodio de ambos, que derrama entorno a él una gran ternura y paz que llegan a nuestros corazones» (9 de febrero de 1962).

«Detiene su atención, sobre todo, en lo que el Evangelio nos dice de San José, su humildad profunda, su reserva, su voluntario ocultamiento, que todos los elegidos a lo largo de los siglos, habían de cumplir para dar testimonio del Reino de Dios en el mundo.»

«Cuando el siervo de Dios Pío IX convocó el I Concilio Ecuménico del Vaticano, acogió con gozo la petición de numerosos obispos, que solicitaban que fuese invitado como Patrón de estas solemnes sesiones, y por eso quiso proclamarlo Patrón de la Iglesia. Juan XXIII ha querido reiterar este mismo gesto y desde el inicio de la preparación del próximo Concilio imploró la ayuda del Santo Patriarca. El Papa ve en esto una ocasión de renovar la piadosa práctica del mes de marzo, en honor a San José, y recomienda la plegaria que compuso León XIII. « (9 de marzo de 1962).

«Al acercarse la solemnidad de San José, el Santo Padre ha enviado un cirio a cada una de las iglesias parroquiales de Roma para que se consuma el próximo 19 de marzo ante el Patrón de la Iglesia universal, como símbolo de homenaje sincero y de oración confiada.» (Revista Diocesana de Roma, 1962, tomo 3º).

«Es hermoso meditar que la dulce figura de San José, en medio de tantas pruebas, tempestades y acontecimientos, se acerca a nosotros y nos atrae; y nos hace conocer siempre más y mejor la vida cristiana por sus ejemplos incomparables de humildad, de modestia, de trabajo, de sufrimiento silencioso: una vida grande y sublime que se armoniza providencialmente con la difusión de las enseñanzas de Cristo al mundo.» (30 de marzo de 1962).

«El recuerdo del gran Santo suscita siempre en nosotros ternura y dulzura (...) motivo de sorpresa consoladora es el hecho de que, precisamente en la época en que vivimos, que es más bien desdeñosa hacia todo lo que no comporte un brillo externo, se difunda, por el contrario, el encanto atrayente ejercido por la humilde figura de San José. El resultado de esto es el crecimiento de la confianza, del aliento y del gozo.» (11 de mayo de 1962).

«León XIII, al exhortar a la santidad del matrimonio, a la disciplina doméstica, a la responsabilidad de los padres en la educación de sus hijos, a la salvaguardia de los valores sagrados de la civilización cristiana, subrayaba con fuerza que el ejemplo vivo había de tomarse de la piedad, el amor y el sacrificio de la familia de Nazaret. Y, así, San José venía finalmente, junto a Jesús y María, a tomar el lugar que les había confiado la Providencia en la amplia visión de los siglos y en el desarrollo maravilloso del cuerpo místico.» (12 de octubre de 1962).

«Se distingue, sobre todo, el Papa Pío IX que, accediendo a los deseos del Concilio Vaticano I, declaró Patrono de la Iglesia celestial al castísimo esposo de la Madre de Dios.»

«Siguiendo los pasos de sus predecesores, Juan XXIII no sólo designó a San José como saludable protector del Concilio Vaticano II, sino que decretó que su nombre sería recitado en el cónclave de la Misa como un fruto de este Concilio y su adecuado recuerdo» (del texto del Decreto de la Congregación de Ritos, sobre el añadido del nombre de San José en el canon de la Misa, 7 de diciembre de 1962).

«Al llegar a la basílica hemos bendecido la imagen de San José, en el altar que les está dedicado; queríamos cumplir este acto de piedad hacia el castísimo esposo de María, el Custodio de Jesús, y cumplir así el deseo de nuestro corazón para inflamar, también en el mayor templo de la cristiandad, la devoción a José, protector de la Santa Iglesia, protector del Concilio Ecuménico Vaticano II» (29 de marzo de 1963).

Notemos que hace explícito con su ejemplo el deseo de

que el altar de San José de la Basílica de San Pedro sea como el lugar de la presencia del Patriarca como protector de la Iglesia y del Concilio Ecuménico.

«Cada vez que queremos acercarnos a lo más alto e inefable, e invocar a la Santísima Trinidad, nos encontramos inmediatamente con Jesús, María y José. La invocación de esta tríada, que nos recuerda la vida terrena del Salvador, es natural, espontánea y fervorosa, en el corazón y en los labios de un buen cristiano. Cuánta riqueza se incluye en nuestra oración y piadosa invocación a Jesús, a su Madre y al custodio de ambos: "os doy el corazón y el alma mía, que mi alma descansé en paz con vosotros"» (5 de abril de 1963).

Finalmente, aquel trabajo que reseñamos concluye con los siguientes párrafos del testamento espiritual de Juan XXIII, redactado en Venecia el 29 de junio de 1954 y después confirmado 17 de diciembre de 1957 y el 4 de diciembre de 1959:

«En la hora del adiós o, por mejor decir, hasta la vista, recuerdo a todos lo que más vale en la vida: Jesucristo bendito, su Santa Iglesia, su Evangelio y, en el Evangelio, sobre todo el Padrenuestro, según el espíritu y el corazón de Jesús, la verdad y la bondad dulce y benigna, activa y paciente, invencible y victoriosa.»

«Hijos míos, hermanos míos, hasta la vista. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. En el nombre de Jesús, nuestro Amor, de María, tierna Madre nuestra y suya, de San José, mi protector primero y preferido. En el nombre de San Pedro, de San Juan Bautista, y de San Marcos; de San Lorenzo Justiniano y de San Pío X. Así sea.» (publicado en 14 de junio de 1963, en la edición francesa del «Osservatore Romano»).

* * *

Después de la crisis, efecto de los malentendidos post-conciliares –al olvidar la advertencia de Pablo VI de que no debían separarse las enseñanzas del Concilio Vaticano II del patrimonio doctrinal perenne de la Iglesia, y en la situación que Maritain describía como «aquella en que se entiende como línea conciliar la agravación de los males que el Concilio hubiera tenido que remediar», y que Pablo VI aludía como «frustración de las esperanzas puestas en el Vaticano II», por el «humo de Satanás que había entrado en la Iglesia»–, no sólo la devoción personal de Juan XXIII a San José, sino actos pontificios tales como la proclamación del Santo Patriarca como Patrono del Concilio Vaticano II, y su voluntad de que el nombre de San José en el canon fuese fruto y adecuado recuerdo del propio Concilio Vaticano II, han sido, por lo general, silenciadas y, por lo mismo, olvidadas o totalmente desconocidas por muchos.

Ante un hecho tan grave y misterioso parece lícito y aun obligado preguntarse por sus causas y sus motivaciones, que tal vez sean «pensamientos ocultos en muchos corazones». Sufriendo desde años la angustia asfixiante de este silencio, he pensado que tal vez la respuesta se hallaría atendiendo a los implícitos en la calificación de la piedad de Juan XXIII como *conservadora*, tantas veces hecha por sus sedicentes admiradores *progresistas*.

El adjetivo *conservador* es una antipática y desprestigiadora calificación política. Si una espiritualidad es calificada de conservadora se sugiere una conexión entre ella y las posiciones sociológicas de un derechismo empeñado en conservar el sistema creado por la economía capitalista, frente a las posiciones de transformación social y política más o menos conexas con el *socialismo* en cualquiera de sus matices, desde la social-democracia al «socialismo real», o en el contexto de las actitudes de los cristianos, desde la democracia cristiana a la Teología de la Liberación.

Ahora bien, no son pocos los autores que, desde distintas perspectivas, han comprendido las modernas revoluciones desde sus presupuestos filosóficos, y señalado así una continuidad doctrinal y vital entre las revoluciones políticas, consecuencia de la Revolución Francesa, aplicación práctica de las posiciones filosóficas inmanentistas y naturalistas –como enseñó León XIII en continuidad con las condenaciones doctrinales de Pío IX– y la teología modernista, efecto en teología de aquellos mismos errores filosóficos que han caracterizado la pretendida modernidad político-social y cultural.

La originación de los sistemas políticos y económicos contemporáneos en errores filosóficos anti-cristianos explicaría la devastadora eficacia desintegradora de la fe y de la vida cristiana de la democracia pluralista, frecuentemente más grave que las mismas tiranías totalitarias. Ya sostenía el filósofo Spinoza que el modo más eficaz para que el poder político sea la fuente única de ideas morales es la concesión a los ciudadanos del mismo derecho para la expresión de cualesquiera opinión o profesión religiosa. Es decir, desde esta filosofía que inspira la moderna democracia, la llamada libertad religiosa es el instrumento más eficaz para impedir que la Revelación divina pueda ser recibida por los hombres y las sociedades.

Se comprendería así que la presencia en Juan XXIII de su ferviente amor a María y a José hace imposible presentarle como un adalid y abanderado de la revolución político-social moderna en cualquiera de sus fases. La alusión a una piedad conservadora viene a ser como una ironía que quiere ser como cariñosa, pero que es profundamente despectiva, hacia la completa ausencia en las enseñanzas de Juan XXIII de pretextos para invocar el *aggiornamen-*

to del pensamiento católico para arrinconar la verdad católica y el *buen orden antiguo*, para decirlo con las palabras empleadas por él mismo al convocar el Sínodo Romano.

De este modo, el silencio sobre el lugar central que en su Pontificado ocupa el Patriarca San José, Patrono del Concilio Vaticano II, es un factor más del

«*Grave perjuicio de lo que constituye la fuerza de resistencia de la Iglesia y de sus hijos frente a los errores que, en realidad, en el curso de la historia del Cristianismo, llevaron siempre a divisiones fatales y funestas, a la decadencia espiritual y moral y a la ruina de las naciones.*» (En el anuncio del Sínodo, 25 de enero de 1959).

Se desenfocaría el tema si, constatando la constante cercanía del lenguaje de Juan XXIII al lenguaje común de la fe del pueblo cristiano, lo que se advierte, sobre todo, cuando habla de María y de José, se devaluase su enseñanza, sin reconocerla como testimonio público, pontificio, de la fe del Pueblo de Dios, que en el Vaticano II se notó claramente como decisivo argumento doctrinal y privilegiado lugar teológico.

Ya León XIII, en la única encíclica hasta ahora publicada sobre san José, *Quamquam pluries*, de 15 de agosto de 1889, confirmaba con su autoridad algo que reconocía complacido que había sido un punto de doctrina y espiritualidad en que los fieles se habían adelantado a los pastores de la Iglesia.

El ejemplo de Juan XXIII es en nuestro tiempo un estímulo muy orientador y poderoso. Un gran teólogo josefino, Román Llamas, OCD, ha escrito recientemente (*El Mensajero de San José*, mayo-junio de 2000, Valladolid):

«Es llamativo que en este Año jubilar los documentos eclesiásticos y episcopales que han salido con ocasión de la proclamación del Jubileo del año 2000 silencien la presencia y el papel esencial e imprescindible según los planes de Dios que san José jugó en la realización de la Encarnación y Nacimiento del Hijo de Dios, muy al contrario de lo que hace el Espíritu Santo en los evangelios de la infancia de Jesús. Y todavía es más llamativo que alguien haya podido escribir que “la persona de José no presenta ningún relieve en el relato evangélico y, consiguientemente, ninguna relación con Jesús”. Que san José le perdone».

La beatificación de Juan XXIII podría ser el punto de partida para que, atendiendo a su testimonio constante, acorde con el sentido de la fe del pueblo cristiano, nuevamente los pastores y los teólogos y todos los superiores eclesiásticos pusiesen fin al desorientador silencio sobre san José, custodio del Redentor, patrono de la Iglesia católica y del Concilio Vaticano II.

La comunidad internacional en el pensamiento de Juan XXIII*

JUAN CASAÑAS BALCELLS

El fenómeno que se ha dado en llamar «planetización», característico de nuestra época, no podía pasar por alto a Juan XXIII, que en la Encíclica «*Pacem in Terris*» recordó los perennes principios directivos que han de encauzarlo para su deseable encuadre dentro del orden natural: la imperiosa exigencia de una comunidad internacional dotada de autoridad propia y eficaz; las necesidades mundiales más sobresalientes que la hacen hoy indispensable; el libre consentimiento de los pueblos como única vía moral para llegar a su instauración; el principio de subsidiariedad como imprescindible para regular el ámbito de su competencia; el juicio sobre ciertas realizaciones actuales; algunos de los peligros que amenazan la recta constitución y ordenado funcionamiento de la comunidad, son cuestiones, entre otras, que aborda somera pero claramente la Encíclica y sobre las cuales se produjo a raíz de su publicación abundante literatura que no pocas veces, en la precipitación o superficialidad de su análisis o por prejuicios ideológicos, llegó a conclusiones desenfocadas cuando no abiertamente contrarias al auténtico pensamiento revelado en ella por su autor.

Al tratar de la Comunidad internacional, Juan XXIII no hace más que reiterar, actualizándolo, un postulado no nuevo en el pensamiento de los teólogos y en el Magisterio de la Iglesia: la exigencia de una comunidad de todos los pueblos, acorde con la unidad de naturaleza del género humano, hecha hoy urgentemente necesaria ante la multitud y magnitud de cuestiones inherentes al bien común universal cuya solución requiere la coordinación de medios y esfuerzos a escala mundial.

Tal aspiración puede parecer, a primera vista, coincidente con otras formuladas en ambientes ajenos cuando no contrarios a la Iglesia. Sin embargo, el super-Estado mundial, el Imperialismo internacional con hegemonía de una o varias potencias y otras análogas por las que políticos y teóricos han abogado más o menos veladamente, son concepciones radicalmente diversas de la Comunidad de pueblos que propugna la «*Pacem in Terris*»: ésta, al señalar el camino a seguir para llegar a la realización de la deseable comunidad y precisar su naturaleza y competencia, reproduce a escala mundial la doctrina de los cuerpos intermedios y el principio de subsidiariedad a ella inheren-

te, doctrina y principio que el igualitarismo liberal y el totalitarismo socialista en que se inspiran aquellas otras falsas soluciones, desterraron de la organización de la sociedad cívico-política a nivel de Estados, con el resultado patente de la en tales planteamientos irresoluble tensión entre libertad y autoridad, tensión que está llegando hoy a límites de rotura, bien por crisis del principio de autoridad, bien por tiránica imposición de ésta con anulación del otro término del binomio indispensable al justo orden social.

En el planteamiento hecho por Juan XXIII en la «*Pacem in Terris*», la Comunidad internacional, al igual que toda asociación cívico-política, desde la más exigua que es el Municipio a la más amplia de las hoy existentes, o sea el Estado, halla su justificación en la exigencia de la perfectibilidad natural del hombre: la limitación del individuo, incluso incardinado en la familia, para el logro de todos los fines humanos temporales a que lícita y naturalmente puede tender, hace natural, y no artificial, como quiere el «Contrato» roussoniano, la aparición de comunidades cada vez más amplias a medida que el estado de desarrollo a que ha llegado plantea al hombre, en un momento histórico determinado, necesidades o le solicita al logro de fines más complejos para cuya satisfacción se requiere mayor coordinación de esfuerzos y abundancia de medios de los que están al alcance de las más amplias comunidades cívico-políticas ya estructuradas en aquel estadio del curso de la Historia. O, en otros términos, ciertos fines sentidos por igual por varias comunidades de homóloga esfera y que ninguna de ellas puede realizar para sí con sus propios medios, pueden ser alcanzados para todas con la coordinación de sus esfuerzos. Es así cómo históricamente se ha ensanchado progresivamente el ámbito geográfico y funcional de la comunidad cívico-política, desde la «polys» al Estado «moderno», modernidad hoy en crisis precisamente por la aparición de fines a escala mundial que ningún Estado puede por sí solo alcanzar y que justifican y hacen deseable —la «*Pacem in Terris*» es en ello terminante— la estructuración de una comunidad superior de ámbito mundial.

Enseña la «*Pacem in Terris*» que el único medio ajustado al orden moral para realizar el proceso integrador de todos los pueblos en aquella comunidad superior no puede ser otro que el libre consenso de éstos, por más que históricamente no siempre ha sido el libre consenso lo que ha determinado la integración de dos o más comunidades en

* Reproducido de *CRISTIANDAD*, núm. 451-452, de septiembre-octubre de 1968.

otra más amplia: así se originó, por ejemplo, la incorporación del Señorío de Vizcaya a la Corona de Castilla; pero más frecuentes han sido otras vías: los matrimonios reales, que sin embargo, «mutatis mutandis» en función de las circunstancias históricas de otros tiempos, poco difiere en esencia de la anterior; la colonización, la anexión, la ocupación armada y otras análogas, justificadas a veces e injustas las más, pero que aún en su injusticia han tenido por resultado la aparición de una comunidad cívico-política más amplia que el peso de la Historia, por las necesidades concretas de la época, exigía en aras del bien común superior.

Aun siendo importante que según los postulados del Orden moral se llegue a la comunidad internacional por vía de pacto, lo es más todavía a la luz del mismo Orden moral algo que trasciende del mero acto constitutivo para afectar permanentemente a su estructuración y funcionamiento: la competencia de la comunidad internacional y de la correspondiente autoridad a ella indispensable debe limitarse a lo preciso para el logro de los fines determinantes de la integración; pero en todo lo demás, o sea en orden a los fines que los miembros integrantes puedan seguir realizando por sí, deben éstos conservar su libertad e independencia. Con ello, la «Pacem in Terris» aplica a la Comunidad internacional el mismo principio de subsidiariedad que según la misma Encíclica el Estado ha de observar en su relación con los ciudadanos, las familias y los cuerpos intermedios. La reiteración, claridad e insistencia con que Juan XXIII alude a la «*interpositae societates*» constituyó una para no pocos sorprendente e inesperada consagración de la doctrina del corporativismo político, postulado axiomático de los pensadores tradicionalistas españoles ya en el siglo XIX, como fundamento estructural y funcional de la comunidad cívico-política.

En resumen: para Juan XXIII, cierta categoría de fines que hoy se presentan a escala mundial hace indispensable la constitución de una verdadera y propia comunidad de

todos los pueblos, dotada de autoridad propia y eficaz, si bien limitada a la realización de aquellos fines motivantes de la integración y conservando los miembros componentes de la misma su personalidad, independencia y soberanía en orden a los demás fines propios del bien común temporal que puedan seguir realizando por sí mismos.

Ante el plausible radicalismo de tal solución, resulta lógico concluir cierta desconfianza con que Juan XXIII había de contemplar las realizaciones contemporáneas en el campo de las relaciones internacionales, desconfianza expresada sin embargo con tal delicadeza en la «*Pacem in Terris*», que fue casi general, a raíz de su publicación, interpretar en otro sentido el pensamiento de su autor. Es evidente que la ONU dista tanto de la comunidad propugnada por Juan XXIII que ni siquiera puede considerarse germen o esbozo de la misma: el solo dato de su carencia de aquella autoridad propia y eficaz que la Encíclica postula para la Comunidad internacional basta para demostrarlo; por otra parte, el criterio de verdad que según la misma Encíclica ha de constituir uno de los pilares básicos de la Comunidad internacional impedia a Juan XXIII otorgar su incondicionada aprobación a la Declaración de los Derechos del Hombre formulada por aquel organismo, por más que su discrepancia se expresara con el sutil eufemismo de calificarla «*quendam quasi gradum adque aditum*», elogiando en cambio, «*neque hoc immerito*», a quienes algunos de sus artículos parecieron «*minus probanda*».

Si, como tememos, hoy es todavía menos posible que cinco años atrás una verdadera comunidad internacional según los trazos de la «*Pacem in Terris*», no es aventurado pensar que el general aplauso, aun de sectores insospechados, levantado a raíz de su publicación pudo obedecer o a que no se entendió la Encíclica, o a que, entendiéndola, no faltaba quien especulara con hacerla fácil materia de interpretaciones partidistas.

San José, patrono del Concilio Vaticano II

San José es el patrono de la Iglesia universal, el patrono de las familias cristianas. Es también el de los moribundos que confían en él para vencer en el último combate. Lo es también de innumerables Congregaciones e Institutos religiosos de clausura, de educación, de caridad en las que continúa su patrocinio eficacísimo de Custodio de la Sagrada Familia.

Podéis imaginar, queridos hijos, con qué gozo lo hemos proclamado patrono del Concilio.

El Concilio es obra de Dios. Y esta obra exige recogimiento y oración, docilidad y espíritu sobrenatural. Tales son las virtudes de las que San José no cesó de darnos silenciosamente el ejemplo más luminoso, mereciendo así la dignidad y la responsabilidad única de Padre de Jesús según la Ley; lo que ha difundido sobre su humilde rostro un reflejo de la autoridad misma del Padre celestial.

La alocución «Gaudet Mater Ecclesia»

JOSÉ M^a PETIT SULLÁ

La decisión más trascendental que tomó el beato Juan XXIII fue, sin duda, la convocatoria del Concilio. Este último Concilio fue el segundo de los celebrados en el Vaticano y el XXI de los ecuménicos realizados en toda la Iglesia. El Concilio se inauguraba el 11 de octubre de 1962. La fecha del 11 de octubre correspondía entonces a la fiesta de la maternidad divina de María, porque en tal día se inauguró el Concilio de Éfeso que proclamó este dogma central de Cristo y de su Madre. Y tal fue la coincidencia expresamente deseada por el Papa que ponía el Concilio bajo la advocación de María Inmaculada y de su esposo san José, expresamente declarado éste como patrono y protector del Concilio Vaticano II.

La idea del Concilio, según expresaba el propio Papa, arranca del comienzo mismo de su pontificado y la juzgaba, con plena conciencia, como no originada en su mente sino venida a él por divina inspiración. Convocar un Concilio en la segunda mitad del siglo XX le parecía una idea pacificadora y esperanzadora por cuanto en la reflexión sobre la relación entre la Iglesia católica y el mundo veía el Papa llegado el momento de proponer a este mundo tan necesitado la totalidad sintética del mensaje de salvación del que la Iglesia es no sólo depositaria sino dispensadora. Tal ha sido siempre, desde luego, la misión de la Iglesia, y el Papa era muy consciente de esta continuidad, pero también había algo peculiar en la situación histórica de la Iglesia y del mundo que le impulsó a su convocatoria.

Si miramos sólo al mundo y a los acontecimientos intramundanos podemos, sin duda, dejarnos llevar del espanto que produce pensar en tantos enfrentamientos que han ocasionado tremendas guerras en el siglo que transcurría en su segunda mitad. La primera mitad del siglo XX es por antonomasia la época de las más grandes y crueles guerras entre los hombres. Pensemos que se convoca el Concilio Vaticano II apenas diecisésis años después de terminada la segunda guerra mundial, que ocasionó tantos millones de muertos, hizo desaparecer naciones enteras, y sembró heridas de difícil cicatrización, sin que sus resultados hubieran todavía sido superados, pues, en clara alusión a los estados comunistas, expresaba el Papa, en la alocución de la inauguración del Concilio, el «muy vivo dolor por la ausencia de tantos Pastores de almas porque sufren prisión por su fidelidad a Cristo».

Pero la peculiaridad del Concilio que se convocaba no significaba distanciamiento respecto a los anteriores. Todo lo contrario. La continuidad entre el Concilio que comen-

zaba y los anteriores fue especialmente destacada al comienzo mismo de su alocución de forma expresa y grandiosa. Esta insistencia en presentar a la Iglesia en su Magisterio constante, vivo, esto es, en la Tradición permanente y operante de la Iglesia, es una de las características de la ferviente eclesialidad de Juan XXIII. Pocos Papas han gustado como él de referirse al magisterio anterior y concebir la Iglesia como el continuado ejercicio de la promesa divina de su asistencia a ella. El afán de novedad era, en absoluto, extraño al Papa humilde, sencillo y del todo confiado en la Providencia. Estas eran sus palabras al comienzo mismo de la alocución:

«La sucesión de los diversos Concilios hasta ahora celebrados –tanto los veinte Concilios Ecuménicos como los innumerables Concilios provinciales y regionales, también importantes– proclaman claramente la vitalidad de la Iglesia católica y se destacan como hitos luminosos a lo largo de su historia.»

»El gesto del más reciente y humilde Sucesor de San Pedro, que os habla, al convocar esta solemnísima asamblea, se ha propuesto afirmar, una vez más, la continuidad del Magisterio Eclesiástico, para presentarlo en forma excepcional a todos los hombres de nuestro tiempo, teniendo en cuenta las desviaciones, las exigencias y las circunstancias de la edad contemporánea.»

»Muy natural es que, al iniciarse el Universal Concilio, Nos sea grato mirar a lo pasado, como para recoger sus voces, cuyo eco alentador queremos escuchar de nuevo, unido al recuerdo y méritos de Nuestros Predecesores más antiguos o más recientes, los Romanos Pontífices: voces solemnes y venerables, a través del Oriente y del Occidente, desde el siglo IV al Medievo y de aquí hasta la época moderna, las cuales han transmitido el testimonio de aquellos Concilios; voces que proclaman con perenne fervor el triunfo de la institución, divina y humana: la Iglesia de Cristo, que de Él toma nombre, gracia y poder.»

Obsérvese que el Papa habla de las «desviaciones» de la edad contemporánea que hay que tener hoy en cuenta al abordar este nuevo Concilio. Obsérvese también cómo se refiere a aquellas voces de la Iglesia de todos los tiempos que proclaman «el triunfo» de la Iglesia. Sí, el triunfo de la Iglesia, porque aunque su victoria se debe a su Fundador Cristo Jesús, del que la Iglesia toma el nombre, la gracia y el poder, el triunfo es de la Iglesia como

institución a la vez divina y humana. Están, pues, muy errados quienes han pretendido que el Papa Juan XXIII no pensara en las «desviaciones» del mundo ni en el «triunfo» de la Iglesia. Y todavía insistirá en este planteamiento que es radical, pero no maniqueo sino, al contrario, plenamente evangélico.

En efecto, la Iglesia está en el mundo pero también frente al mundo, como su fundador y maestro. En esta situación, no cabe para el Papa Juan una disminución de este planteamiento fundamental, y por ello manifestaba con sencillez, pero con rotundidad, algo diametralmente opuesto al indiferentismo e irenismo del que presumen tantos que se consideran intérpretes del Concilio. Así se expresaba el Pontífice:

«Junto a los motivos de gozo espiritual, es cierto, sin embargo, que por encima de esta historia se extiende también, durante más de diecinueve siglos, una nube de tristeza y de pruebas. No sin razón el anciano Simeón dijo a María, la Madre de Jesús, aquella profecía que ha sido y sigue siendo verdadera: «Este [niño] será puesto para ruina y para resurrección de muchos en Israel y como señal de contradicción». Y el mismo Jesús, ya adulto, fijó muy claramente las distintas actitudes del mundo frente a su persona, a lo largo de los siglos, en aquellas misteriosas palabras: «Quien a vosotros escucha a mí me escucha»; y con aquellas otras, citadas por el mismo Evangelista: «Quien no está conmigo, está contra mí; quien no recoge conmigo, desaparece.»

»El gran problema planteado al mundo, desde hace casi dos mil años, subsiste inmutable. Cristo, radiante siempre en el centro de la historia y de la vida; los hombres, o están con Él y con su Iglesia, y en tal caso gozan de la luz, de la bondad, del orden y de la paz, o bien

están sin Él o contra Él, y deliberadamente contra su Iglesia: se tornan motivos de confusión, causando asperezas en las relaciones humanas, y persistentes peligros de guerras fraticidas».

Un Concilio –decía Juan XXIII en esta alocución– es siempre una solemne celebración de la unión de Cristo y de su Iglesia. Y de esta unión pública, solemne, extraordinaria surge necesariamente la irradiación de la verdad para ordenar la vida humana en todos sus aspectos, el individual, el familiar y el social.

«Los concilios Ecuménicos, siempre que se reúnen, son celebración solemne de la unión de Cristo y de su Iglesia y por ende conducen a una universal irradiación de la verdad, a la recta dirección de la vida individual, familiar y social, al robustecimiento de las energías espirituales, en incesante elevación sobre los bienes verdaderos y eternos».

Adviértase que la «irradiación» es la metáfora de la luz que se expandiona desde su fuente que es el sol eclesial –la institución divina y humana– hacia las realidades humanas que ella ilumina. Y no sólo las ilumina con su irradiación sino que es también gracia que eleva, merced a la cual se produce el ascenso hacia los bienes verdaderos, esto es, los bienes «eternos». La irradiación de la verdad no es una contaminación ni una mezcla con lo terreno aunque incide sobre lo terreno.

El Concilio Vaticano II no quería ser un Concilio *ad intra*, esto es, una reunión episcopal para resolver problemas internos de la Iglesia, fueran de doctrina o de disciplina, sino un concilio de proclamación ante el mundo de la vitalidad de la iglesia, la única que podía ofrecer al mundo un mensaje de salvación, alejada de las cuestiones políti-



cas y hablando a este mundo tan abandonado con paz, benignidad e incluso misericordia, a fin de elevarlo a lo celestial.

Sí, el esquema del beato Juan XXIII es extraordinariamente simple. De las dos realidades creadas por Dios, la natural y la sobrenatural, la humana y la divina, en definitiva, la tierra y el cielo, es necesario que la segunda impregne del todo a la primera, en todos los órdenes de la vida. Tal como lo expresó en una fórmula tan bella como sencilla:

«El supremo interés del Concilio Ecuménico es que el sagrado depósito de la doctrina cristiana sea custodiado y enseñado en forma cada vez más eficaz. Doctrina, que comprende al hombre entero, compuesto de alma y cuerpo; y que, a nosotros, peregrinos sobre esta tierra, nos manda dirigirnos hacia la patria celestial. Esto demuestra cómo ha de ordenarse nuestra vida mortal de suerte que cumplamos nuestros deberes de ciudadanos de la tierra y del cielo, y así consigamos el fin establecido por Dios».

Y con la misma perspectiva se dirigía expresamente a los Padres conciliares para manifestarles directamente el propósito del Concilio:

«Venerables Hermanos: Esto se propone el Concilio Ecuménico Vaticano II, el cual, mientras reúne juntamente las mejores energías de la Iglesia y se esfuerza porque los hombres acojan cada vez más favorablemente el anuncio de la salvación, prepara en cierto modo y consolida el camino hacia aquella unidad del género humano, que constituye el fundamento necesario para que la Ciudad terrenal se organice a semejanza de la celestial».

Tal podría ser, en definitiva, la mejor expresión del intento del Concilio que aquel día se inauguraba, después de larga preparación de casi tres años, «que la ciudad terrena se organice a semejanza de la celestial». Tal expresión, sin duda alguna, es lo más alejado de todo intento de secularización de la vida humana en cualquiera de sus aspectos. Son bastantes los que confundieron el talante sobrenatural del que brotaba un optimismo nuclear –por usar la acertada expresión del P. Orlandis– que le hacía disentir de los «profetas de calamidades», con una reducción del mensaje de la iglesia con los ideales del mundo moderno. Sobre el mundo moderno el Papa pensaba que aprendería de sus errores. Alguien puede pensar que era en exceso optimista, pero no nos extraña a los que hemos estudiado el pensamiento del fundador del Apostolado de la Oración. En efecto, tal era también la constante enseñanza de padre Ramière, en particular en su célebre libro *Las esperanzas de la Iglesia*. No pensaba el Papa que el mundo moderno no merecía ser condenado en sus errores, sino que no era

el momento de condenarlos de nuevo expresamente. ¿Por qué razón? Lo decía el Papa claramente:

«Siempre la Iglesia se opuso a estos errores. Frequentemente los condenó con la mayor severidad. En nuestro tiempo, sin embargo, la Esposa de Cristo prefiere usar la medicina de la misericordia más que la de la severidad. Ella quiere venir al encuentro de las necesidades actuales, mostrando la validez de su doctrina más bien que renovando condenas. No es que falten doctrinas falaces, opiniones y conceptos peligrosos, que precisa prevenir y disipar; pero se hallan tan en evidente contradicción con la recta norma de la honestidad, y han dado frutos tan perniciosos, que ya los hombres, aun por sí solos, están propensos a condenarlos, singularmente aquellas costumbres de vida que desprecian a Dios y a su ley, la excesiva confianza en los progresos de la técnica, el bienestar fundado exclusivamente sobre las comodidades de la vida. Cada día se convencen más de que la dignidad de la persona humana, así como su perfección y las consiguientes obligaciones, es asunto de suma importancia. Lo que mayor importancia tiene es la experiencia, que les ha enseñado cómo la violencia causada a otros, el poder de las armas y el predominio político de nada sirven para una feliz solución de los graves problemas que les afligen.

»En tal estado de cosas, la Iglesia Católica, al elevar por medio de este Concilio Ecuménico la antorcha de la verdad religiosa, quiere mostrarse madre amable de todos, benigna, paciente, llena de misericordia y de bondad para con los hijos separados de ella. Así como Pedro un día, al pobre que le pedía limosna, dice ahora ella al género humano oprimido por tantas dificultades: «No tengo oro ni plata, pero te doy lo que tengo. En nombre de Jesús de Nazaret, levántate y anda».

Decirle al mundo que está como el paralítico que sentado a la puerta del templo pedía limosna no es decir nada muy elogioso de este mundo. La Iglesia le dice al mundo moderno que sólo ella puede hacer el milagro –porque fue un milagro hecho en nombre de Cristo– de hacerla «andar». El mundo moderno piensa que está muy acelerado en su marcha ascendente hacia el progreso y está en realidad tullido y paralítico.

Podemos terminar esta reflexión que surge de la lectura actual de aquella alocución del 11 de octubre de 1962, con aquellas palabras con las que termina la misma y que Juan XXIII empleó con reiterada insistencia en muchos de sus documentos. Es la fórmula sencilla que resume el proyecto total de la Iglesia vista desde su Cabeza Cristo Jesús tal como lo vio san Juan en el Apocalipsis y que expresa el ideal de esta nuestra revista CRISTIANDAD:

A Jesucristo, nuestro adorable Redentor, Rey inmortal de los pueblos y de los siglos, sea el amor, el poder y la gloria por los siglos de los siglos. Amén.

La Inmaculada y el Concilio

La reciente beatificación conjunta de Pío IX y Juan XXIII ha sido objeto de toda clase de comentarios, en general intencionadamente dirigidos a presentarlos como papas muy distintos y, en alguna medida, opuestos. Sin embargo, esto no sólo no es así sino que el Papa Juan XXIII se gozaba de sentirse en la misma línea espiritual que su predecesor, a quien tanto admiraba y amaba, en particular por la definición de la Inmaculada Concepción y por el Concilio Vaticano I, que él pretendía continuar. Disponemos de un documento en que se aúnan ambas consideraciones y no parece inoportuno reproducirlo ahora en su mayor extensión: se trata de la alocución del 8 de diciembre de 1960, dirigida a los fieles de Roma.

Venerables Hermanos, queridos hijos:

Aún llevamos con Nos el feliz recuerdo de la visita que hicimos a la iglesia de los Santos Apóstoles el año pasado, precisamente el 7 de diciembre de 1959, en la clausura de la novena de la Inmaculada. Aquel gesto renovó de repente, después de casi un siglo de silencio, la tradición de la visita pastoral que el Papa solía hacer a aquel templo insigne. Las gracias pedidas a la venerada Madre de Jesús y Madre nuestra en aquella circunstancia Nos fueron concedidas, o están en camino de concedérsenos amablemente. (...)

La doctrina católica que concierne a la inmaculada concepción de María y exalta sus resplandores es familiar a todo buen cristiano, delicia y encanto de las más nobles almas. Está en la liturgia, está en los acentos de los Padres de la Iglesia, está en el afanoso suspirar de tantos corazones que quieren honrarla devolviéndole el aroma de su pureza y el fervor de apostolado para elevación de las buenas costumbres privadas y públicas.

¡Oh, Venerables Hermanos y queridos hijos, cuán gran deber es verdaderamente éste para nosotros: cooperar todos, con la gracia de María Inmaculada y bajo la luz de sus enseñanzas, a la purificación de las costumbres públicas y privadas!

Cierto que tocamos una nota triste, pero Nos lo impone Nuestra conciencia.

Realmente, el olvido de la pureza, la perversión de las costumbres realizada en exhibición exaltada, mediante tantas formas de seducción y de prevaricación, causan espanto al alma sacerdotal y —podéis imaginar que con mayor amargura— al alma del Papa que os habla.

(...)

¡Oh María Inmaculada, estrella de la mañana que dispas las tinieblas de la oscura noche, recurrimos a ti con gran confianza! *Vitam praesta puram: iter para tutum.* Aleja de nuestros pasos las muchas seducciones del gusto mundanal de la vida; mantén las energías no sólo de la edad juvenil, sino de todas las edades, igualmente expuestas, como se hallan, a la tentación del Maligno.

Y ahora permitidnos, queridos hijos, hablemos de los Papas de la Inmaculada y, a título de especial mérito y honor, de Pío IX

En este 8 de diciembre, que todos los años recuerda la

solemne y ya más que centenaria proclamación del dogma dulce y luminosísimo de la Inmaculada, Nuestro pensamiento se dirige espontáneamente a aquél que fue su voz autorizada, su oráculo infalible. La dulce figura de Nuestro predecesor Pío IX, de grande y santa memoria, Nos es particularmente venerable y querida, porque tuvo hacia la Virgen un afectuosísimo amor y ya desde sus años juveniles se consagró al estudio y penetración del privilegio de la inmaculada concepción de María Santísima. Volviendo la mirada a los siglos anteriores, quiso cubrirse con el mismo manto de gloria con que se adornaron tantos ilustres antecesores Suyos en el Pontificado romano, en las repetidas muestras de devoción y de amor a María, con que el pueblo romano reconoce oficialmente como a su Salvación, invocada y venerada como *Salus Populi Romani*, y a quien todo el mundo aclama Reina de cielos y tierra.

He aquí algún ejemplo, el más valioso de estos ilustres Pontífices. En primer lugar, aparece el tan majestuoso *Benedicto XIV*, que instituyó la solemne capilla papal para la fiesta de la Inmaculada Concepción, aquí mismo, en esta Nuestra basílica de Santa María la Mayor.

Entre los benemeritísimos del desarrollo dado a la liturgia de la Inmaculada, antes de la definición dogmática, hay que mencionar a *Benedicto XI*, que impuso la fiesta de la Inmaculada *de precepto* a toda la Iglesia (6 de diciembre de 1708); a *Inocencio XII*, que dispuso la octava, elevándola al grado de segunda clase (15 de mayo de 1693); a *Clemente IX* (1667), que ya la había concedido a todo el Estado Pontificio, en tanto que *Alejandro VII* (1665) había extendido el mismo favor a las diócesis de la República de Venecia. Mucho antes, siempre hacia atrás, *Clemente VIII*, en su edición del Breviario, elevó la fiesta a *duplex maius*, —así como *San Pío V* le había añadido nuevas lecciones. Más férvido promotor del culto de María es el Papa *Sixto IV* (1472), que extendió a la fiesta litúrgica del 8 de diciembre las mismas indulgencias concedidas por sus antecesores a la fiesta del *Corpus Domini*, y que, en un documento en que exhorta a edificar la iglesia de Santa María de las Gracias (1472), llamaba a María *Immaculata Virgo*, denominación todavía insólita en los documentos de la Curia Papal. Preclaro título para recuerdo de Sixto IV y de su devoción a la Concepción Inmaculada de María permanece el hecho de haber erigido, en la antigua basí-

lica de San Pedro, la capilla de la Inmaculada, en el mismo lugar de la actual capilla –tan grandiosa y sumuosa del Coro– donde el Capítulo Vaticano celebra ordinariamente las sagradas funciones y en cuyas paredes, entre los estucos de las bóvedas que representan el Antiguo y Nuevo Testamento, resplandece el admirable mosaico «la Inmaculada Concepción» con los santos Juan Crisóstomo, Francisco y Antonio –glorias de la Orden Seráfica–, arrodillados para venerarla.

Precisamente esta imagen, tan noble e imponente, fue la que *Pío IX* coronó con incomparable solemnidad el 8 de diciembre de 1869, en ocasión de la apertura del Concilio Vaticano I. Y es motivo de afecto y de complacencia espiritual para Nuestra alma el vivo recuerdo de haber asistido, medio siglo después de la definición dogmática, exactamente el 8 de diciembre de 1904, y de haber seguido con Nuestra mirada de neosacerdote el gesto de *San Pío X*, el santo sucesor de *Pío IX*, que renovó el acto de la Coronación con una diadema todavía más esplendorosa de piedras preciosas recogidas por la piedad mariana en todos los puntos del globo.

Este breve *excursus* histórico Nos vuelve a llevar hacia la humildísima figura de *Pío IX*. La luz de María Inmaculada reflejada en él Nos permite comprender el secreto de Dios en el altísimo y santo servicio que rindió a la Santa Iglesia.

Treinta y dos años de Pontificado le permitieron abordar todos los puntos de la doctrina católica, dirigirse paternal y persuasivamente a sus hijos de todo el mundo con una llamada solemne, afectuosa e infatigable a la disciplina, al honor y al estímulo, frente a las crecientes dificultades, a los ataques encubiertos o declarados, a las provocaciones lanzadas contra la religión, cuando personajes de mucha fama anuncianaban que estaba moribunda o ya muerta.

Pío IX supo «creer contra toda esperanza» y mantener unida con inquebrantable firmeza y con infinita amabilidad a la grey atemorizada y vacilante; y, como era humilde, no tuvo miedo ante las maquinaciones tenebrosas de las sectas, no vaciló frente a oposiciones y no retrocedió ante las calumnias.

¡Queremos repetirlo! Sí: la luz de *María Inmaculada* –definida como tal con alta y solemnísima voz, en presencia de toda la Iglesia, a pesar del clamor burlón de los incrédulos y la tímida crítica de algunos vacilantes– la luz de la Inmaculada, repetimos, se reflejaba en la frente y en el corazón del gran Pontífice y fue la alentadora de sus fatigas y el consuelo de su inmolación. ¡Qué sublime y alentadora se alza ante Nos su figura!, y nos señala el exacto camino. Nos queremos imitarlo con la ayuda de Dios y le imitaremos al continuar Nuestro apostólico ministerio con calma, humildad, con inquebrantable paciencia, con seguridad, ardor de esperanza y victoria espiritual, ocurría lo que ocurría.

La sucesión de las circunstancias, conveniencias humanas, unas propicias, otras adversas o silenciosas a Nuestras empresas, no podrá ni exaltarnos más de lo debido ni

abatir Nuestras energías que confían, sobre todo, en la intercesión de la Inmaculada Madre de Jesús: *Mater Ecclesiae et Mater nostra dulcissima*.

El Concilio Ecuménico

En la visión de la humilde y fuerte figura de *Pío IX* Nos inspiramos para encaminarnos con paso seguro hacia la gran empresa del Concilio Vaticano II, que ante Nos tenemos.

También este deber, tal vez el más grave de Nuestra humilde vida *Servus servorum Dei*, Nos consuela y Nos fortifica la certeza de obedecer la voluntad buena y poderosa del Señor.

(...)

También aquí Nuestra esperanza es María, invocada bajo el título de su Concepción Inmaculada.

¡Oh, María, Madre, Reina de la Santa Iglesia, qué dulce es repetirte en esta tarde, aquí en tu templo, mientras todo el mundo Nos escucha desde los puntos más lejanos, la invocación que el Sumo Pontífice *Pío IX* te dirigió como conclusión del discurso de apertura del concilio Vaticano I la tarde del 8 de diciembre de 1869 en San Pedro!

El Concilio Vaticano II todavía no se ha inaugurado oficialmente, pero el trabajo preparatorio, que, como dijimos, implica la elaboración del inmenso material ya presentado al estudio de las diez comisiones, está activándose y es ya el comienzo del Concilio. Ayer leímos en el Breviario las palabras del profeta Isaías: *Ini consilium, coge concilium*. En ejecución se hallan.

Y sobre este trabajo, puesto bajo los auspicios de María Inmaculada, ¡qué armoniosa y querida Nos parece la voz de *Pío IX*, a la que se une la de su sexto sucesor, humilde pero fervorosamente!

¡Tu, mater pulchrae dilectionis, cognitionis et sanctae spei, Ecclesiae regina et propugnatrix. Tu Nos, consultationes, labores nostros in tuom maternam fidem tutelamque recipias: ac Tuis age apud Deum precibus, ut in uno semper spiritu maneamos et corde. «¡Tú, oh Madre del amor hermoso y del conocimiento y de la santa esperanza, Reina y defensora de la Iglesia, acoge en tu fe y protección maternal a Nos, Nuestras consultas y fatigas, y alcánzanos, con tus oraciones ante Dios, que tengamos siempre una sola alma y un solo corazón».

¡Cuán preciosas son estas palabras! El augusto anciano *Pío IX*, que las pronunciaba el día de la Inmaculada de 1869, al inaugurar con ellas el Concilio Vaticano, dio la tónica a su lejano Sucesor; que bendiciendo al Señor las recibe, las repite ya desde ahora, e invita a todos los hijos de la Iglesia católica a que las repitan en alabanza y suplicia por el nuevo Concilio. Sobre todo, no olvidéis lo que al Señor pide por los méritos e intercesión de María Inmaculada: su protección maternal sobre la persona del Papa, sobre sus consultas y fatigas en el Concilio y por el Concilio, y para los que están llamados a compartir sus preocupaciones, la gracia preciosísima de la unidad de espíritu y de corazón: verdaderamente *anima una et cor unum*.

La primacía de lo sobrenatural en el ordenamiento social

Con ocasión del setenta aniversario de la encíclica Rerum novarum de León XIII, el 15 de mayo de 1961, Juan XXIII escribió la encíclica Mater et magistra. Reproducimos unos párrafos en que se aborda el tema de la persona y de la sociedad a la luz del orden moral expresado en la fe cristiana. El punto fundamental es la ordenación de lo social según la ley inmutable de Dios. Sólo así serán saludables las relaciones entre los hombres y habrá paz y prosperidad sobre la tierra.

51. Tenemos que proclamar solemnemente que la vida humana se transmite por medio de la familia, fundada en el matrimonio único e indisoluble, elevado para los cristianos a la dignidad de Sacramento. La transmisión de la vida humana está encomendada por la naturaleza a un acto personal y consciente y, como tal, sujeto a las leyes sapientísimas de Dios: leyes inviolables e inmutables, que han de ser acatadas y observadas. Por eso, no se pueden usar medios ni seguir ciertos métodos que podrían ser lícitos en la transmisión de la vida de las plantas y de los animales.

La vida humana es sagrada: ya desde que aflora, implica directamente la acción creadora de Dios. Al violar sus leyes, se ofende a la Divina Majestad, se degrada el hombre y la humanidad, y hasta se enerva la misma comunidad de la que se es miembro.

52. Es de suma importancia que se edueque a las nuevas generaciones con una adecuada formación cultural y religiosa, como es deber y derecho de los padres; y con un profundo sentido de responsabilidad en todas las manifestaciones de su vida y, por esto también, en orden a la creación de una familia y a la procreación y educación de los hijos. Estos deben formarse en una vida de fe y en una profunda confianza en la divina Providencia, a fin de que estén dispuestos a arrostrar fatigas y sacrificios en el cumplimiento de una misión tan noble y muchas veces ardua como es la de colaborar con Dios en la transmisión de la vida humana y en la educación de la prole. Para semejante educación ninguna institución dispone de recursos tan eficaces como la Iglesia, la cual, aun por este motivo tiene el derecho de ejercitar su misión con plena libertad.

56. La falta de confianza mutua halla su explicación en el hecho de que los hombres, particularmente los más responsables, cuando desarrollan su actividad se inspiran en concepciones de vida diferentes o radicalmente contrarias. En algunas de estas concepciones, desgraciadamente, no se reconoce la existencia del orden moral; orden trascendente, universal, absoluto, igual y valedero para todos. Con esto viene a faltar la posibilidad de tomar contacto y de entenderse plena y seguramente a la luz de una misma ley de justicia, admitida y observada por todos.

Es verdad que el término *justicia* y la expresión *exigencias de la justicia* siguen resonando en los labios de todos. Pero ese término o esa expresión tiene, en los unos y en los otros, significados diversos o contrapuestos. Por eso, los llamamientos repetidos y apasionados a la justicia y a las exigencias de la justicia, lejos de ofrecer posibilidad de contacto o de inteligencia, aumentan la confusión, agravan las diferencias, acaloran las contiendas; y, como consecuencia, se difunde la persuasión de que, para hacer valer los propios derechos y conseguir los propios intereses, no se ofrece otro medio que el recurso a la violencia, fuente de males gravísimos.

57. La confianza recíproca entre los hombres y entre los Estados no puede nacer y consolidarse sino solamente con el reconocimiento y con el respeto del orden moral.

Pero el orden moral tan sólo en Dios tiene su fundamento: separado de Dios, se destruye totalmente. Pues el hombre no es solamente un organismo material, sino también espiritual, dotado de inteligencia y libertad.

Una confirmación de estas verdades se encuentra en la comprobación de que los mismos ilimitados horizontes descubiertos por las investigaciones científicas contribuyen a que nazca y se desarrolle en las inteligencias la persuasión de que los conocimientos matemático-científicos cubren pero no captan, ni menos todavía expresan, los aspectos más profundos de la realidad. Y la trágica experiencia de que gigantescas fuerzas puestas al servicio de la técnica puedan utilizarse tanto para fines constructivos como para la destrucción, pone de relieve la predominante importancia de los valores espirituales para que el progreso científico-técnico conserve su carácter esencialmente instrumental respecto a la civilización.

58. En efecto, el error más radical en la época moderna es el de considerar la exigencia religiosa del espíritu humano como expresión del sentimiento o de la fantasía, o bien como un producto de contingencias históricas, que se ha de eliminar como elemento anacrónico o como obstáculo al progreso humano; cuando, por lo contrario, en esta exigencia los seres humanos se revelan como lo que son verdaderamente: seres creados por Dios y para Dios, como exclama San Agustín: *Fecisti nos ad Te, Domine, el inquietum est cor nostrum, donec requiescat in Te.*

Por lo tanto, cualquiera que sea el progreso técnico y económico, no habrá en el mundo justicia ni paz, mientras los hombres no vuelvan a sentir su dignidad de criaturas y de hijos de Dios, primera y última razón de ser de toda la realidad creada por El. El hombre, separado de Dios, se vuelve deshumano consigo mismo y con sus semejantes, porque la relación ordenada de convivencia presupone la ordenada relación de la conciencia de la persona con Dios, fuente de verdad, de justicia y de amor.

Es verdad que la persecución que desde hace varios decenios arrecia en muchos países, aun de antigua civilización cristiana, contra tantos Hermanos e hijos Nuestros, precisamente por esto queridísimos a Nos en modo especial, pone, cada vez en mayor evidencia, la digna superioridad de los perseguidos y la refinada barbarie de los perseguidores; lo cual, aunque todavía no dé visibles frutos de rectificación, sin embargo ya induce a muchos a reflexionar.

Pero siempre subsiste claro que el aspecto más siníestramente típico de la época moderna consiste en la absurda tentativa de querer reconstruir un orden temporal sólido y fecundo prescindiendo de Dios, único fundamento en el que puede sostenerse; y de querer ensalzar la grandeza del hombre secando la fuente de donde brota y se alimenta aquella grandeza, es decir, reprimiendo y, si posible fuera, extinguiendo sus ansias de Dios. Sin embargo, la experiencia cotidiana, en medio de los desengaños más amargos y aun a veces entre formas sangrientas, sigue atestiguando lo que afirma el Libro inspirado: *Si el Señor no construye la casa, en vano se afanan los que la edifican.*

59. La Iglesia presenta y proclama una concepción siempre actual de la convivencia.

Como se desprende de lo dicho hasta aquí, el principio básico de esta concepción consiste en que cada uno de los seres humanos es y debe ser el fundamento, el fin y el sujeto de todas las instituciones en las que se exterioriza y se realiza la vida social: cada uno de los seres humanos debe ser visto en lo que es y en lo que debe ser según su naturaleza intrínsecamente social, y en el plano providencial de su elevación al orden sobrenatural.

62. A este propósito es oportuno recordar a todos, a los de arriba y a los de abajo, el sentido cristiano de la vida, que lleva consigo espíritu de sobriedad y sacrificio.

Desgraciadamente, hoy prevalece por doquier la concepción y la tendencia hedonista, que quería reducir la vida a la búsqueda del placer y a la plena satisfacción de todas las pasiones, con grave daño del espíritu y también del cuerpo. En el plano natural la moderación y la templanza de los apetitos inferiores es sensatez fecunda en bienes; en el plano sobrenatural el Evangelio, la Iglesia y toda tradición ascética exigen el espíritu de mortificación y penitencia, que asegura el dominio del espíritu sobre la carne y ofrece un medio eficaz de expiar la pena debida al pecado, del que ninguno está inmune, salvo Jesucristo y su Madre Inmaculada.

Muy claro es cómo la Iglesia ha enseñado en todo tiempo, y sigue siempre enseñando, que los progresos científico-técnicos y el consiguiente bienestar material son bienes reales; y, por lo tanto, señalan un paso importante en la civilización humana. Pero ellos deben valorarse por lo que son según su verdadera naturaleza, es decir, como bienes instrumentales o medios que se utilizan para la consecución más eficaz de un fin superior, cual es el de facilitar y promover el perfeccionamiento espiritual de los seres humanos, tanto en el orden natural como en el sobrenatural.

Como perenne aviso resuena la palabra del Maestro Divino: *¿De qué, pues, le servirá al hombre ganar el mundo entero, si arruina su alma? O ¿qué podrá dar el hombre a cambio de su alma?*

Y estas enseñanzas tienen su complemento con la que se refiere al descanso, durante los días de fiesta.

67. Para defender la dignidad del hombre como criatura dotada de un alma hecha a imagen y semejanza de Dios, la Iglesia ha reclamado siempre la observancia del tercer precepto del Decálogo: *Acuérdate de santificar las fiestas.* Es un derecho de Dios exigir al hombre que dedique al culto un día de la semana, en el cual el espíritu, libre de las ocupaciones materiales, pueda elevarse y abrirse con el pensamiento y con el amor hacia las cosas celestiales, examinando en lo íntimo de su conciencia sus relaciones obligatorias e indispensables con su Creador.

Pero es también derecho, más aún, necesidad para el hombre, hacer una pausa en la aplicación del cuerpo al duro trabajo cotidiano, para alivio de los miembros cansados, para honesta distracción de los sentidos y para bien de la unidad doméstica, que exige un frecuente contacto y una serena convivencia entre los miembros de la familia.

Religión, moral e higiene coinciden en la ley del reposo periódico, que la Iglesia desde hace siglos concreta en la santificación del domingo; con la participación en el Santo Sacrificio de la Misa, recuerdo y aplicación a las almas de la obra redentora de Cristo.

Pero con vivo dolor debemos comprobar y deplorar la negligencia, por no decir el desprecio, de esta santa ley, con perniciosas consecuencias para la salud del alma y del cuerpo de los queridos trabajadores.

En nombre de Dios y por el interés material y espiritual de los hombres Nos hacemos un llamamiento a todos, autoridades, empresarios y trabajadores, para la observancia del precepto de Dios y de su Iglesia, recordando a cada uno su grave responsabilidad ante el Señor y ante la sociedad.

69. Cuando en las actividades e instituciones temporales se garantiza la entrada a los valores espirituales y a los fines sobrenaturales, refuérzase en aquéllas la eficiencia respecto a sus propios fines específicos e inmediatos. Siempre es verdadera la palabra del Maestro Divino: *Así que buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará en añadidura*

70. Mas no podemos concluir Nuestra Encíclica sin recordar otra verdad, que es al mismo tiempo una sublime realidad, esto es: que nosotros somos miembros vivos del Cuerpo Místico de Cristo, que es su Iglesia: *Como el cuerpo es uno, todos sus miembros, aun siendo muchos, no forman sino un solo cuerpo: así es [uno] Cristo.*

Con paternal insistencia invitamos a todos Nuestros hijos pertenecientes tanto al clero como al laicado, a que tengan profunda conciencia de tanta dignidad y grandeza por el hecho de que están injertados en Cristo como los sarmientos en la vid: *Ego sum vitis, vos palmites* y que por lo mismo están llamados a vivir la misma vida de Cristo. En virtud de ello, cuando se ejercen actividades propias, aun de carácter temporal, en unión con Jesús, Divino Redentor, cualquier trabajo viene a ser como una continuación del trabajo de Jesús, penetrado por virtud redentora: *El que permanece en Mí, como yo en él, lleva consigo mucho fruto.* Viene a ser un trabajo que no tan sólo contribuye a la propia perfección sobrenatural, sino que también actúa extendiendo y difundiendo en los demás los frutos de la Redención y fecundando con fermento evangélico la civilización en que se vive y se trabaja.

Nuestra época está azotada y penetrada por errores fundamentales, desgarrada y trastornada por profundos desórdenes; pero es también una época en la que se abren inmensas posibilidades de bien al ímpetu de la Iglesia.

71. Amados Hermanos e hijos: la mirada que hemos echado con vosotros a los diversos problemas de la vida social contemporánea, comenzando desde las primeras luces de la enseñanza del Papa León XIII, Nos ha conducido al desarrollo de todo un tejido de comprobaciones y declaraciones. Os invitamos a deteneros en ellas, a meditarlas mucho y a tomar ánimo para que cada uno y todos cooperen a la realización del Reino de Cristo sobre la tierra: *reino de verdad y de vida; reino de santidad y de gracia; reino de justicia, de amor y de paz;* reino que asegura el goce de los bienes celestiales, para los cuales hemos sido creados y a los cuales ansiamos llegar.

En efecto, se trata de la doctrina de la Iglesia Católica y Apostólica, Madre y Maestra de todos los pueblos, cuya luz ilumina, enciende, inflama; cuya voz, al avisar, llena de sabiduría celestial, pertenece a todos los tiempos; cuya virtud siempre ofrece remedios tan eficaces y tan aptos a las crecientes necesidades de los hombres, a las angustias y a las ansiedades de la vida presente.

Con esta voz armoniza aquella antiquísima del Salmista que no cesa de fortificar y levantar nuestros ánimos: *Escucha. ¿Qué dice Jehová? Lo que Dios dice, es la paz para su pueblo, para sus amigos, con tal que no se vuelvan a su locura. Próxima está su salvación para los que le temen, y la gloria habitará en nuestra tierra.*

«Estoy particularmente contento de morir pobre»

Pido perdón a aquellos que hubiera ofendido sin saberlo: a todos los que no hubiera edificado. Siento que no tengo nada que perdonar a nadie, porque en todos aquellos que me conocieron y tuvieron trato conmigo –aunque me hubieran ofendido o despreciado o tenido, justamente por lo demás, en menos estima, o me hubieran sido motivo de aflicción– sólo reconozco a hermanos y bienhechores, por los que estoy agradecido y por quienes ruego y rogaré siempre.

Nacido pobre, pero de gente honrada y humilde, estoy particularmente contento de morir pobre, habiendo distribuido según las exigencias diversas y circunstancias de mi vida sencilla y modesta, para servicio de los pobres y de la Santa Iglesia que me ha alimentado, cuanto llegó a mis manos –en medida muy limitada por lo demás– durante los años de mi sacerdocio y de mi episcopado. Apariencias de bienestar velaron, con frecuencia, escondidas espinas de angustiada pobreza y me impidieron dar siempre con la larguezza que hubiera querido. Doy gracias a Dios por esta gracia de la pobreza de que hice voto en mi juventud, pobreza de espíritu, como Sacerdote del Sagrado Corazón, y pobreza real; y que me sostuvo a no pedir nada nunca, ni puestos, ni dinero, ni favores, nunca, ni para mí, ni para parientes o amigos.

En la hora del adiós, o mejor, del hasta luego, recomiendo todavía a todos aquello que más vale en la vida: Jesucristo bendito: su Santa Iglesia, su Evangelio, y en el Evangelio, sobre todo el Padre nuestro en el espíritu y en el corazón de Jesús y del Evangelio, la verdad y la bondad, la bondad mansa y benigna, activa y paciente, invencible y victoriosa.

Queridos hijos; hermanos míos, hasta más ver. En el nombre del Padre, del Hijo, del Espíritu Santo. En el nombre de Jesús nuestro amor; de María nuestra y su dulcísima Madre; de San José mi primer y predilecto Protector..

La familia

Uno de los temas de mayor actualidad es la reflexión, a la luz de la fe, acerca de la familia y de su indispensable función natural y su proyección sobrenatural. Este ha sido uno de los temas clave del Pontífice actual Juan Pablo II. La importancia que Juan XXIII concedía a la familia es patente en muchos discursos –entre ellos el que pronunció ante la Rota Romana el 25 de octubre de 1960. Pero es quizás más significativo el hecho de que el tema de la familia fue el elegido para dirigirse el 25 de diciembre de 1959 al Cuerpo diplomático. Sirva este discurso al Cuerpo diplomático, del 25 de diciembre de 1959, como muestra de este magisterio de tanta tradición en la Iglesia –este tema lo había tratado también con reiteración Pío XII– en el tono sencillo, familiar, cordial y sobrenatural que caracterizaba al Papa Juan XXIII.



En esta noche santa, deseamos volver sobre uno de los puntos fundamentales de la paz social, al que Nos hicimos alusión el pasado miércoles: la solidez de la institución familiar. Ésta fue para cada uno de nosotros el punto de partida. Y este «Siervo de los Siervos de Dios» que os habla, se permite abriros su corazón y ofreceros en confianza un testimonio personal que va muy bien para la fiesta de Navidad.

El simple pensamiento de lo que fue para Nos el ejemplo de nuestros humildes padres, su sencillez de vida, su prudencia cristiana, la mutua concordia y colaboración doméstica que hicieron reinar en una familia que contaba una treintena de personas, todo esto Nos enterece y Nos llena de emoción, reavivando en Nos la resolución de no cesar jamás, durante todo el tiempo que vivamos, de dar gracias a Dios por habernos dispensado tal beneficio.

¡Cuán bien se vivían las grandes realidades de la familia cristiana! Esponsales iluminados por la luz del cielo; matrimonio sagrado e inviolable, dentro del respeto a sus cuatro notas características: fidelidad, castidad, amor mutuo y santo temor del Señor; espíritu de prudencia y de sacrificio en la vigilada educación de los hijos; y siempre, en toda circunstancia, la disposición de ayudar, de perdonar, de compadecer, de otorgar a otros la confianza que nosotros quisieramos otorgada a nosotros mismos. Así es como se edifica la casa que jamás se derrumba: fijando en los corazones las reglas indestructibles que preparan en el mundo los caminos de la paz, la hacen deseable a todos, la

honran, la garantizan contra los asaltos de las pasiones desarregladas.

Permitidnos expresaros el paternal deseo de que este respeto a la institución familiar, querida por Dios, sea la orientación de todo pensamiento, de toda decisión, de todo esfuerzo por un verdadero progreso.

Con estos sentimientos os saludamos; y al ofreceros Nuestros mejores augurios de alegría, de serenidad y de gracia, os bendecimos a todos con gran afecto.

Natividad es la gran fiesta de las familias. Jesús, al venir a la tierra para salvar a la sociedad humana y para de nuevo conducirla a sus altos destinos se hizo presente con María, su madre, con José, su padre putativo que está allí como la sombra del Padre eterno. La gran restauración del mundo entero comenzó allí, en Belén; la familia no podrá lograr más influencia que volviendo a los nuevos tiempos de Belén.

Queridos hijos: Dirijamos nuestros pensamientos y nuestros corazones hacia el establo en que María y José constituyen la augusta compañía del Niño divino. Adoremos una vez más a este recién nacido y pidámosle con ternura y confianza su bendición para nuestras almas, para nuestras familias, para la gran familia de la Iglesia Católica, la familia universal que Él fundó para siempre.

En Navidad está en nosotros Cristo: su misericordia llena nuestros corazones. Que nuestra boca le cante con inmenso gozo, que nuestros votos, tan admirablemente recogidos por la Santa Iglesia, suban hasta Él puros y sinceros. Así sea.

El papel singular de la mujer

La relación de la mujer y la familia la había abordado Juan XXIII con su característica sencillez y solidez doctrinal, entrando de lleno en el problema fundamental que se plantea cuando la mujer, por razones de diversa índole, en particular las que se derivan de su incorporación a la vida laboral, desatiende su función primordial, la maternidad, y deja un vacío que no puede ser llenado por nadie. Esta lección de sano criterio tradicional fue reiteradamente tratado en su breve pontificado en todas las ocasiones en que se dirigió a un público femenino seglar. La enseñanza del Papa insiste en la igualdad de la dignidad y derechos de la mujer pero afirma igualmente la peculiaridad de su vocación. Insertamos algunos párrafos sacados de tres discursos en sendas ocasiones dirigidos a jóvenes del sexo femenino.

Discurso a las Juventudes Femeninas Católicas

(23 de abril de 1960)

Por lo que respecta al trabajo de la mujer en particular, la Iglesia, en su larga tradición, se muestra preocupada por defender la dignidad de la que lo ejerce y el carácter particular del mismo. Estima que la mujer, en cuanto persona, goza de una dignidad igual a la del hombre, pero Dios y la naturaleza le han confiado tareas diferentes, que perfeccionan y completan la misión asignada al hombre. Dignidad semejante, misión complementaria: en esta fórmula se puede resumir el principio a cuya luz debe examinarse el problema del trabajo femenino.

Es, pues, muy saludable que organizaciones como las vuestras multipliquen sus esfuerzos, así en el plano de las instituciones como en el nivel de los individuos, para mantener, reforzar y, en caso necesario, restaurar el debido orden natural.

Y si se trata de precisar lo que debe caracterizar el trabajo femenino, se debe afirmar sin vacilar que, estando orientada la tarea de la mujer, más cerca o más lejos, hacia la maternidad, todo lo que es obra de amor, de entrega, de

acogida, todo lo que es espíritu de entrega a los demás, servicio desinteresado al prójimo, todo eso encuentra un lugar natural en la vocación femenina. Así lo ha querido la Providencia y es un deber capital velar cuidadosamente para que un trabajo inadaptado a la naturaleza femenina no altere con su acción deformadora la personalidad de las jóvenes trabajadoras. Tal es el precio que hay que poner para garantizar la dignidad completa de su persona y al mismo tiempo asegurar el feliz desarrollo de sus posibilidades humanas. Hasta se puede pensar que una tarea bien adaptada contribuirá no poco a perfeccionar la vida sobrenatural de las jóvenes cristianas y permitirá, además, a algunas de ellas oír la llamada del Señor a una vocación religiosa, que se sitúa en la cumbre de su naturaleza y por la que participan en la maternidad espiritual de la Iglesia. En ella se encuentra, efectivamente, para todo el que acepta esta voluntad de Dios el más perfecto desarrollo de su ser y Nos deseamos vivamente, por Nuestra parte, que surjan numerosas esas vocaciones entre vuestras filas.

Discurso al Centro Femenino Italiano

(7 de diciembre de 1960)

El tema de vuestro Congreso habla de la mujer en la familia y en el trabajo. Tema escogido de gran y vital interés: Nos ofrece ocasión de algunas consideraciones que os dedicamos como recuerdo de vuestras jornadas romanas.

Familia y trabajo: dos centros de atracción, dos núcleos en los que se estructura la vida de la mujer, y que muy bien merecen una palabra de examen y atención.

[...]

El primero de marzo del año pasado se Nos ofreció la oportunidad de abordar con vosotras algún aspecto de la familia «entendida como el medio natural para el desarro-

llo de la personalidad humana y como providencial refugio en el que se aplacan y se dulcifican las tempestades de la vida».

De buen grado volvemos sobre el tema, aunque con mayor preocupación, repitiendo la llamada que entonces brotó de Nuestros labios: «Este santuario –lo decimos con lágrimas del corazón– ¡está amenazado por tantas insidias! Una propaganda, a veces no controlada, se vale de los poderosos medios de la prensa, del espectáculo y de la diversión para difundir, especialmente entre jóvenes, los gérmenes nefastos de la corrupción. Es necesario –dijo–

mos entonces— que la familia se defienda, que las mujeres ocupen con valor y profundo sentido de responsabilidad su puesto en esta obra, y que sean infatigables en vigilar, en corregir, en enseñar a distinguir el bien del mal, valiéndose incluso, cuando necesario fuere, de la protección de la ley civil».

Hemos querido repetir esta invitación, pues no sólo no han desaparecido las lamentables ocasiones de peligro, sino que hasta se han multiplicado nuevos ataques, cada vez más frecuentes, a la santidad de la familia. Ningún esfuerzo se ha de omitir por parte de quienes tienen responsabilidad y juicio recto humano y cristiano, a fin de llegar con la máxima eficacia a condiciones más sanas para el desarrollo y defensa de la familia.

Don de Dios es la familia: ella implica una vocación que viene de lo alto, que no puede improvisarse. Ella es el principio de la verdadera y buena educación; la familia es todo o casi todo para el hombre. Sí: para el niño, que entra en la vida con sus primeras experiencias imborrables; para el adolescente y el joven, que en ella encuentran ejemplo que imitar y baluarte contra el nefasto espíritu del mal;

para los mismos cónyuges, protegidos contra las crisis y las desorientaciones a que a veces están expuestos; para los ancianos, finalmente, que en ella pueden disfrutar del fruto merecido de una larga fidelidad y constancia.

En el cuadro de la familia, corresponde a la mujer un puesto insustituible. Hay una voz en el hogar que todos escuchan, cuando sabe hacerse escuchar, cuando siempre se ha hecho respetar: es la voz vigilante y prudente de la mujer, esposa y madre.

La voz de la madre, cuando anima, invita, exhorta, queda profundamente grabada en el corazón de los suyos y nunca más se olvida. ¡Ah, sólo Dios sabe el bien suscitado por esta voz y la utilidad que procura a la Iglesia y a toda la sociedad humana!

Queridas hijas: iluminad, por tanto, a las mujeres sobre esta gran misión suya; seguid trabajando profunda y ampliamente, para que de falanges generosas y ardientes de mujeres cristianas nazca el impulso por una duradera renovación de las costumbres públicas y privadas, para la eficaz revalorización de la vida familiar y civil a la luz de las enseñanzas del Evangelio.

Discurso a la Unión de Mujeres de Acción Católica

(6 de septiembre de 1961)

Sin entrar en detalles de este problema tan vasto y complejo, nos limitaremos a señalar especialmente algunos puntos de capital importancia para la acertada orientación de vuestros trabajos. En primer lugar, la profesión de la mujer no puede prescindir de los *caracteres inconfundibles* con los que el Creador ha querido señalar su fisonomía. Es verdad que las condiciones de vida tienden a introducir la casi absoluta igualdad del hombre y la mujer. Mas, si la igualdad de derechos, proclamada con razón, debe reconocerse en todo cuanto es propio de la persona y de la dignidad humana, de ningún modo implica igualdad de funciones. El Creador ha dado a la mujer cualidades, inclinaciones y disposiciones naturales que le son propias en diverso grado que al hombre; ello quiere decir que le han sido asignadas tareas especiales. No distinguir bien tal diversidad de las respectivas funciones del hombre y de la mujer, más aún, su necesaria condición de complementarias, sería contra la naturaleza y terminaría por rebajar a la mujer y quitarle el fundamento de su dignidad.

3. Queremos, además, recordar que el fin al cual ha querido el Creador ordenar todo el ser de la mujer es *la maternidad*. Esta vocación le es de tal manera propia y connatural que se cumple hasta cuando falta la generación directa de la especie. Así pues, si se debe ofrecer a la mujer una ayuda conveniente en la elección del trabajo, en la preparación y perfeccionamiento de las aptitudes propias, necesario es que en el ejercicio de su profesión encuentre un medio para desarrollar cada vez más un corazón ma-

ternal. ¡Qué contribución podría prestar a la sociedad si se la pusiese en condiciones de desarrollar más apropiadamente estas preciosas energías suyas, y de modo especial en el terreno educativo, asistencial, religioso y apostólico, y transformar así su profesión en tantas formas de maternidad espiritual! También hoy el mundo necesita sensibilidad maternal para prevenir y disipar aquella atmósfera de violencia y brusquedad en que a veces se debaten los hombres.

Finalmente, necesario es tener siempre muy presentes las exigencias particulares de la familia, que constituye para la mujer el centro principal de sus actividades y en la que es indispensable su presencia. Pero con frecuencia las necesidades económicas obligan a la mujer a prestar su colaboración fuera de las paredes del hogar. No hay quien no vea cómo esta dispersión de energías y esta ausencia prolongada del hogar ponen a la mujer en condiciones de no poder cumplir debidamente sus deberes de esposa y de madre. De donde resulta un relajarse de los lazos familiares, y que el hogar deje de ser el nido acogedor, tranquilizador, donde cada uno pone su propia vida en la llama de los afectos.

Precisamente para llevar a la esposa y madre de nuevo a su propia función en el hogar doméstico, también Nos en la encíclica *Mater et Magistra*, como lo han hecho Nuestros Predecesores en documentos memorables, hemos dirigido Nuestras solicitudes en favor de un salario suficiente para el sostenimiento del trabajador y de su familia.

La piedad popular en el beato Juan XXIII

GREGORIO PEÑA

Leyendo de seguido del *Diario del alma* del reciente beato Ángel-José Roncalli, papa Juan XXIII, la idea global que se concibe, viendo cómo la gracia de Dios obró en él, es que llegamos en nuestra vida espiritual allí donde Dios nos lleva, a cotas que ni siquiera sospechamos. Sólo se requiere ponerse, confiada y dócilmente, en manos de Dios.

En 1895, con catorce años de edad, el casi niño Ángel-José Roncalli, en el seminario de Bérgamo anota, como inicio de su *Diario del alma*, las «*Reglas de vida que deben observar los jóvenes que deseen hacer progresos en la vida de piedad y de estudio*». Las directrices, minuciosamente desarrolladas en ese momento, serán retomadas continuamente a lo largo de su vida en el examen diario, semanal, mensual y con más detenimiento en los ejercicios espirituales de cada año. A lo largo del tiempo vuelven siempre las mismas dificultades. Podría parecer que no se progresá, que nada mejora. Y, ciertamente, esa impresión es la que Ángel-José Roncalli tenía en ciertos momentos. Pero Dios, que trabaja callado, iba purificando precisamente aquello en lo que Ángel-José Roncalli, desde el principio, se veía necesitado de transformación. Después de concluida la lectura del *Diario del alma* nos sorprendemos al releer las primeras partes pues se nos muestra claramente, por la obra de Dios en el beato Juan XXIII, que la santidad está en ser fieles a lo que Dios quiere de nosotros y que comúnmente nos lo manifiesta ya en nuestros primeros años.

El 15 de agosto de 1961, en el marco del retiro espiritual como preparación a cumplir los ochenta años de su vida escribía: «... atenderé con especialísimo cuidado y con alegría íntima y serena a estas tres principalísimas y espléndidas palabras que deben constituir el resumen de mi esfuerzo de perfección: *piedad, mansedumbre, caridad*». (...) «Continuaré buscando la perfección en los ejercicios de piedad: santa misa, breviario, rosario entero, y grande y continua intimidad con Jesús, contemplado en imagen: niño, crucificado, adorado en el Sacramento. (...) Sobre el ejercicio de la mansedumbre no añado una palabra. Doy gracias al Señor que con su bondad me asiste en la práctica del manso y humilde de corazón, palabra y obra. *Idem* en cuanto la caridad. Es el Espíritu Santo que habita, habla y actúa en nosotros, y se derrama en el clero y en el pueblo santo con mucha paciencia y bondad auténtica».

Si, centrándonos en la *piedad*, a continuación volvemos al inicio del *Diario del alma*, vemos allí propuestas las reglas de vida que le han permitido progresar desde joven en la vida de piedad y de estudio. Esas reglas del

seminarista Ángel-José, reavivadas mediante los ejercicio espirituales de cada año, serán matizadas por las circunstancias de ser presbítero, obispo o papa, pero esencialmente son siempre las mismas: a diario misa, oración mental y lectura espiritual, rosario, visita al Santísimo, examen general de conciencia y examen particular sobre algún defecto a corregir o virtud a adquirir, oraciones vocales a la Virgen, a san José, a las almas del purgatorio y a los santos patronos, frecuentes jaculatorias; cada semana confesión y especial penitencia y ayuno los viernes; cada mes consagrarlo a un Santo patrono y tener un retiro espiritual; cada año hacer ejercicios espirituales según la regla de San Ignacio y en ellos una confesión general.

Como lectura espiritual eligió fundamentalmente *La imitación de Cristo* de Tomás de Kempis y la obra de san Francisco de Sales; también las *Meditaciones y elevaciones* de Bossuet y la *Profesión de amor a la cruz* del padre Eudes.

El *Rosario* no aparece explicitado en las primeras reglas (1895), pero en los propósitos hechos en los ejercicios espirituales de 1896 y confirmados en 1897 y 1898, ya se alude al rezo diario del rosario. En los ejercicios espirituales con el obispo Martinengo (19-25 de octubre de 1913) afirma: «Pues bien, hago una formal y solemne promesa a la Virgen, mi madre queridísima, de rezar en este nuevo año, con una especial devoción, todas las tardes el santo rosario. Entre los más hermosos consuelos de mi vida figura el haberme mantenido siempre fiel a esta práctica». En el retiro espiritual de mayo de 1953, ya cardenal patriarca de Venecia, decía: «Mi jornada debe ser siempre una oración; la oración es mi aliento. Prometo rezar a diario el rosario completo de quince misterios, con la intención de encomendar así al Señor y a la Virgen –de ser posible, en la capilla, ante el Santísimo Sacramento– las necesidades más graves...». Consagrado papa, mantuve la promesa del rezo diario del rosario completo.

Persuadido de que la santa eucaristía resume todo el misterio de nuestra fe, Roncalli practica la diaria *visita al Santísimo*. «Entre los efectos de una buena devoción al Santísimo Sacramento, ocupa el primer puesto el gozo espiritual» (diciembre de 1903).

El *examen de conciencia* general y particular permite el progreso espiritual callado pero firme; cuando se deja de ejercitarse, el fervor se enfriá. En noviembre de 1903, ya ordenado de subdiácono, hace promesa solemne al Corazón siempre amoroso de Jesús, de aplicarse «de veras y como es debido al gran ejercicio del examen particular diario». En los ejercicios espirituales de Pascua, para la órdenes de subdiácono (abril de 1903), meditó cómo una

debilidad de Eva fue la ocasión de todos los males de la humanidad; «a la luz de esa verdad debo considerar esas faltas mías que se suelen llamar pequeñas y que por lo general se descuidan» (...) «Por tanto, hagamos bien las cuentas. Ojo finísimo y severo: cuidado a las primeras debilidades». Este es el marco en el que se evidencia la necesidad del examen de conciencia diario.

Las *invocaciones a Jesús María y José* son constantes al final de cada una de las anotaciones que como seminarista, presbítero, obispo o papa hace Ángel-José Roncalli a lo largo de su *Diario del alma*: «Viva Jesús, María y José» (28 de agosto de 1900); «María, entre las voces que se elevan a ti jubilosas, benigna, dulce y piadosa Virgen, escucha también la mía. Ave María» (24 de marzo de 1903); «Encomiendo a mi querida madre María y a mi dulce patrono san José estas exigencias de vida espiritual» (mayo de 1930); «... confío en Jesús, en su Madre y mía gloriosa y amantísima, en San José, el santo predilecto de mi corazón» (abril 1952)... Pero es en la preparación de la solemne apertura del Concilio ecuménico (11 de octubre de 1962) en donde mejor se muestra el tierno afecto y la protección que espera el papa Juan XIII de la Virgen. «*1 de octubre de 1962. Buen comienzo del mes del Concilio. Reina del Santísimo Rosario, ruega por nosotros*». El 4 de octubre, de manera bastante sorprendente, el Papa peregrinó al santuario de la Virgen de Loreto para implorar gracias extraordinarias a favor del Concilio Ecuménico Vaticano II.

De la devoción a *los santos patronos*, ¿qué decir? El papa Juan XIII, llevaba en el mundo los nombres de Ángel y José. San José, ya lo hemos dicho, es el santo predilecto de su corazón. Preparándose para la consagración episcopal afirma: «asumo ahora para siempre el nombre de José –que, por cierto, también me fue impuesto en el bautismo–, en honor del amado patriarca, que será mi primer patrono, después de Jesús y María, y mi modelo». San José era su modelo de obediencia y paz («*obediencia y paz*» es el lema que adoptó cuando fue consagrado obispo por Pío XI, el 19 de marzo de 1924). ¿Y de los santos ángeles? En la preparación para la apertura solemne del Concilio ecuménico, el 2 de octubre de 1962, el Papa escribía: «La fiesta de los Santos Ángeles es toda para mí, a quien la gente llamaba desde la infancia *Angelino pretino*. A mis 81 años me resulta grato invocar a todo el ejército de las milicias celestiales para que protejan y sirvan a la Iglesia universal...»

Ya como papa, en el retiro espiritual de agosto de 1961 escribe: «Durante toda mi vida he sido fiel siempre a la *confesión semanal*. Varias veces en la vida he renovado la *confesión general*» (...) «La santa confesión bien preparada, repetida cada semana, el viernes o el sábado, es siempre una base sólida para avanzar en el camino de la santiificación; y a la vez visión pacificadora y que estimula a la costumbre de estar preparado a bien morir en cualquier hora, en cualquier momento de la jornada».

Con todo, para progresar en la vida de piedad falta

algo: «Bueno es para el hombre soportar el yugo desde la juventud. El primer y principal fundamento radica en escoger un director espiritual de los más ejemplares, prudentes y doctos, tener con él una confianza total y depender en todo de él, de sus consejos y su dirección con plena confianza» (1895, inicio del *Diario del alma*). El joven seminarista ha descubierto, desde el principio, que el primer fundamento para la construcción de la santidad es un buen *director espiritual* al que se someterá dócilmente. Así fue mientras seminarista, primero en Bérgamo hasta 1900 (hasta finales de 1898 tuvo como director al padre Isaac, del que siempre guardó gran agradecimiento), y después en Roma, hasta 1903. Despues, ya ordenado sacerdote, o consagrado como obispo o como papa, siempre tuvo un confesor habitual que lo dirigía espiritualmente. «La clave de bóveda (volvemos a las metáforas arquitectónicas): hacer no mi voluntad sino la de Dios» (diciembre de 1903); «Me debo dejar gobernar por Dios con suavidad y también con sacrificio de mí mismo, para conservar el fervor, la paz del corazón, y lograr un verdadero progreso espiritual».

Un apartado especial merece su devoción al *Sagrado Corazón* de Jesús y a los *primeros viernes de mes*. «Cada vez que oigo hablar del Sagrado Corazón de Jesús o del Santísimo Sacramento, percibo una impresión de inefable alegría; siento como una oleada de amables recuerdos, de dulces afectos y gozosas esperanzas que se comunican a toda mi pobre persona, que me sacuden llenándome el alma de ternura. Son llamadas amorosas de Jesús que me quiere suyo, allí donde está la fuente de todo bien, junto a su Sagrado Corazón, misteriosamente palpitante tras los velos eucarísticos. La devoción al Sagrado Corazón me ha acompañado toda mi vida» (ejercicios espirituales para la formación de diácono, diciembre de 1903). Aún no ordenado de diácono explica que cuando se desanima y desalienta halla consuelo en aquellas palabras que dijo Jesús a la entonces beata Margarita: «Yo te he elegido para revelar las maravillas de mi Corazón, porque eres un abismo de ignorancia y miseria». Entonces afirma el subdiácono Roncalli: «Sí, quiero servir al Sagrado Corazón de Jesús, hoy y siempre. Quiero que mi devoción a Él, oculta en el sacramento del amor, sea el termómetro de todo mi progreso espiritual». «Mañana, primer viernes de mes, día de gran fiesta por estar dedicado al Corazón Santísimo de Jesús» (3 febrero 1903). En septiembre de 1909 el presbítero Roncalli decidió «ingresar en la nueva Congregación Diocesana de Sacerdotes del Sagrado Corazón. (...) Esta incorporación a la nueva Congregación me servirá para mantener vivo en mi el espíritu de más perfecta humildad y obediencia».

Una cuestión importante en la espiritualidad, y un tanto olvidado hoy, es el referido al *uso del tiempo*. El tiempo es todo del Señor, y lo hemos de usar según Él quiere. «He de ser escrupuloso en no perder nunca un minuto de tiempo» (octubre de 1912).

Respecto del *estudio*, tan necesario para poder servir a



la Iglesia, escribe: «Dios me libre de tener en poco el estudio, pero guardémonos también de dar al estudio un valor excesivo y absoluto. El estudio es un ojo, el izquierdo; si falta el derecho, ¿de qué vale un ojo solo, el estudio solo? (...) Cuán sabia es la frase de nuestro Santo Padre Pío X a los jóvenes seminaristas: Hijos míos, estudiad, estudiad mucho; pero sed buenos, muy buenos, por amor de Dios» (ejercicios espirituales de preparación al presbiterado, agosto de 1904).

Pero la plenitud de formación para el progreso espiritual aún no nos la ha descubierto. «Mi gran libro, de donde de aquí en adelante deberé tomar, con mayor cuidado y afecto, las divinas lecciones de alta sabiduría, es el *Crucifijo*. Debo habituarme a juzgar los acontecimientos y toda la ciencia humana de acuerdo con los principios de este

gran libro» (abril de 1903); «La breve experiencia de estos meses de episcopado me viene a confirmar que, para mí, no hay nada mejor en la vida que llevar la cruz, según el Señor me la pone sobre los hombros y en el corazón. Debo considerarme como el hombre de la cruz y amar lo que Dios me da, sin pensar en otra cosa. Todo lo que no es honra de Dios, servicio a la Iglesia y bien de las almas debe ser accesorio y sin importancia para mí» (diciembre de 1926). En los ejercicios espirituales de junio de 1956, el cardenal Roncalli anota: «Las puertas del paraíso son dos: inocencia y penitencia. ¿Quién puede pretender, pobre hombre frágil, hallar abierta la primera? Pero la segunda es también segura. Por ella pasó Jesús, con la cruz a cuestas, en expiación de nuestros pecados, y nos invita a seguirle».

La primera encíclica de Juan XXIII: «*Ad Petri cathedram*»

ANTONIO PREVOSTI Y MONCLÚS

A los ocho meses de su elevación a la cátedra de San Pedro, el beato Juan XXIII publicaba su primera Encíclica, en cuyo título se evidencia precisamente dicha circunstancia: *Ad Petri cathedram*. En ella muestra el reciente Pontífice sus preocupaciones ante la hora que vive y el espectáculo del mundo que se le ofrece. La Encíclica contiene las palabras que el Pastor, acuciado por esas preocupaciones, pero alentado por signos consoladores, obligado por su oficio y, sobre todo, estimulado por una grande esperanza, dirige a los hombres para atender a las más urgentes y universales necesidades. En sus propias palabras, el núcleo de su primera Encíclica lo constituye la consideración de tres bienes que el Papa subraya como fundamentales, por los que se debe trabajar, y que constituyen a la vez el objeto de sus deseos y sus esperanzas: la verdad, la unidad y la paz.

1. La verdad

En primer lugar, y como fundamento de los demás, pone Juan XXIII por delante el bien del conocimiento de la verdad. Es por ello que considera también su falta y su negación como la causa de todos los males. Digno de consideración es el párrafo con el que inicia su exposición:

«Causa y raíz de todos los males que, por decirlo así, envenenan a los individuos, a los pueblos y a las naciones, perturbando frecuentemente las mentes de no pocos, es la **ignorancia de la verdad**.»

El Papa señala, como recordando las enseñanzas del concilio Vaticano I, los dos caminos dados por Dios a los hombres para el conocimiento de la verdad: la razón natural y la fe sobrenatural, y dice que por esto el Verbo de Dios «llevado por su inmenso amor y compasión hacia el género humano, *se hizo carne y habitó entre nosotros* para iluminar a todo hombre que viene a este mundo, y así conducir a todos no sólo a la plenitud de la verdad, sino también a la virtud y a la eterna felicidad. Porque todos están obligados a abrazar la doctrina del Evangelio. Cuando la rechazan, se ponen en peligro los fundamentos mismos de la verdad, de la honestidad y de la civilización.»

Por consiguiente, la aceptación del Evangelio no es algo optativo, no es una opción, entre otras posibles opciones; es obligatorio en conciencia, es un deber y es el único camino conducente al fin. El Papa añade que el conocimiento de la verdad constituye «una cuestión

gravísima, inseparablemente ligada a **nuestra eterna salvación**.» Rechaza por ello las posiciones escépticas y los racionalismos y, a renglón seguido, reprobando la maldad de la mentira, recuerda el deber de propagar en los medios de comunicación, en libros y prensa periódica, en radio, cine y televisión, no la mentira, el error o la obscenidad, sino la verdad y todo cuanto conduce al bien y a la virtud.

También la indiferencia ante la verdad es condenable, y en particular la conclusión que se sigue, de que «todas las religiones valen por igual, sin que haya diferencia entre lo verdadero y lo falso».

«¿Cómo podría Dios, que es la verdad por esencia, aprobar o tolerar la indiferencia, el descuido, la ignorancia de quienes, cuando se trata de cuestiones de las que depende la salvación eterna de todos, para nada se ocupan de ellas, sin cuidarse de buscar y encontrar las verdades necesarias, ni de tributar a Dios el culto solamente a El debido? Actualmente se pone todo empeño y toda diligencia en el estudio y en el progreso de la ciencia humana, y nuestra época con razón puede ufanarse de sus admirables conquistas en los dominios todos de la investigación científica. ¿Por qué, pues, no poner un empeño igual, y aun mayor, entusiasta y diligente, para conquistar aquella ciencia que se refiere no ya a esta vida terrenal y caduca, sino más bien a la celestial que nunca tendrá fin? Y solamente entonces, cuando hayamos alcanzado la verdad que nace del Evangelio, y que debe traducirse en la vida práctica, sólo entonces podrá nuestra alma gozar la tranquila posesión de la paz y de la alegría; alegría, inmensamente superior a la derivada de los descubrimientos científicos y de los maravillosos inventos modernos que ahora disfrutamos y que cotidianamente son ensalzados, digámoslo así, hasta las estrellas.»

2. Unidad, concordia y paz

Juan XXIII veía un enlace natural entre la verdad, la unidad y la paz. Cada una de ellas conduce a la siguiente: la verdad a la unidad, y la unidad a la paz:

«Cuando esta verdad se consigue plena, íntegra y sinceramente, surge obligada la unión de las inteligencias, de los corazones y de las acciones. Las luchas, los litigios y los desacuerdos nacen, en primer lugar, del hecho de que no es conocida la verdad o lo que aun es peor, de que, aun

siendo conocida, es impugnada, ya a causa de las ventajas que se esperan lograr de las falsas opiniones, ya en virtud de esa reprobable ceguera que impulsa a los hombres a justificar sus vicios y malas acciones.

Necesario es, por lo tanto, que todos, tanto los simples ciudadanos como quienes tienen en su mano la suerte de los pueblos, amen sinceramente la verdad, si es que quieren gozar de la concordia y de la paz, únicas que pueden garantizar una verdadera prosperidad pública y privada.»

El tema de la paz constituía una preocupación constante en Juan XXIII. Lo evidencia incluso el hecho de haberle dedicado una Encíclica entera (*Pacem in terris*). En la que ahora estamos exponiendo, Juan XXIII se fundaba en la voluntad de Dios, que «ha creado a los hombres no enemigos, sino hermanos».

«Si nos llamamos hermanos, y lo somos, si estamos llamados a una misma suerte en esta vida y en la futura ¿cómo es posible que alguien trate a los demás como adversarios y como enemigos? ¿Por qué envidiar a los demás, por qué suscitar el odio y preparar armas mortíferas contra los hermanos? Bastante se ha combatido ya entre los hombres. Demasiados jóvenes, en la flor de su edad, han derramado su sangre. Demasiados cementerios de guerra ocupan la tierra, como severo aviso para que de una vez todos se vuelvan a la concordia, a la unidad y a una justa paz.

»Deber, por lo tanto, es de todos el pensar no en lo que divide y separa a los hombres, sino en lo que puede unirlos en la mutua comprensión y recíproca estima.»

Hoy, en que tanto se insiste en el pluralismo, y se habla sin distinciones de la pluralidad como si fuera preferible a la unidad, conviene tener presente la enseñanza del beato Juan XXIII, que pone el fundamento de la paz en la unidad y no en la pluralidad. Trátase, naturalmente, de la unidad de criterios, no de la unidad en las formas externas o en los modos diversos de manifestación de la cultura. Trátase de la unidad en la verdad; la verdad que es sólo una y no puede oponerse una verdad a otra verdad. En el mismo orden político y en el orden internacional es necesario buscar dicha unidad, lo cual, además, exige un orden justo, libre de toda tiranía y opresión y protector del derecho y de la libertad debida a todos y a la Iglesia:

«Por esto suplicamos a todos, pero singularmente a los **Jefes de Estado**, que mediten atentamente ante Dios, su Juez, y que valerosamente empleen los medios todos que puedan conducir a la necesaria unión. Esta unión de criterios que, como ya hemos dicho, contribuirá sin duda a aumentar aun la misma prosperidad de todos los pueblos, tan sólo podrá ser restaurada cuando, pacificados los ánimos y salvaguardados los derechos de cada uno, resplandezca doquier la libertad debida a los ciudadanos, a las naciones, a los Estados, a la Iglesia.»

Sin olvidar, como destaca el Santo Padre, que la verdad acerca del fin último del hombre, más allá de la vida terrena, es en especial fundamento indispensable de una recta y fraterna convivencia humana:

«Además, el curso de esta vida mortal no ha de considerarse solamente en sí mismo o como si no tuviera otra finalidad que el placer. Conduce a la descomposición del cuerpo, mas prepara para la vida inmortal, para la patria donde viviremos eternamente.

»Si se quita al espíritu humano esta doctrina y esta consoladora esperanza, caen por tierra las razones todas de la vida. Álzanse fatalmente en los corazones las pasiones, las luchas y las discordias, que ya ningún freno podrá eficazmente contener. Ya no resplandece el olivo de la paz; se ha encendido la llama de la discordia. El destino del hombre se torna casi semejante al de los seres privados de inteligencia; y, lo que es peor, al abusar de la razón puede él precipitarse en los abismos del mal, lo cual sucede con harta frecuencia, y llegar —como Caín— a manchar la tierra con sangre fraterna y con graves crímenes.»

Juan XXIII tenía también muy presente la necesidad de la «paz social». En tiempos en que la difusión de ideas marxistas por todo el mundo tendía a suscitar el odio, la enemistad y la lucha entre las clases, Juan XXIII, al que llaman el Papa Bueno, clamaba todo lo contrario. A ello hay que unir su oposición al galopante economicismo que, no sólo en el marxismo, sino también en el capitalismo liberal, tergiversa el orden de los valores humanos y altera las perspectivas sobre la vida.

«Además, exhortamos vivamente a todos cuantos tienen a su cargo las máximas responsabilidades en las empresas y de quienes depende a veces aun la vida misma de los **obreros**, a que no consideren al trabajador tan sólo desde un punto de vista económico, a que no se limiten a reconocer sus derechos tan sólo en función del justo salario, sino a que respeten también la dignidad de su **persona** y, más aún, a que lo consideren como **hermano**. Cuiden también de que los obreros participen cada vez más, en una forma conveniente, en las utilidades del trabajo realizado, y así no se sentirán ajenos a la empresa, sino más bien cointeresados en su vida y en su desarrollo.»

Sobre este punto, las siguientes advertencias vienen especialmente bien a nuestros días, en los que la invasión del poder de lo económico no ha hecho sino aumentar:

«Sobre todo, ha de cuidarse de que al feliz desarrollo logrado en lo económico corresponda no menor progreso en el campo de los valores espirituales, como lo requiere la dignidad misma de los cristianos, más aún, la dignidad misma de los hombres. Pues, ¿de qué serviría al trabajador conseguir mejoras económicas en creciente progresión y alcanzar un tenor de vida más elevado, si desgraciadamente hubiera de perder o descuidar los bienes superiores que a la inmortalidad del alma se refieren? Las perspectivas, a que se tiende, sólo podrán lograrse con la plena realización de la **doctrina social de la Iglesia católica**...»

Por último, hace sentir también el Papa su preocupación por la familia, por la concordia, la unidad y la paz en su interior, y por todo lo que caracteriza y anima la vida familiar, a la que da saludables consejos, porque «cuando

vacila la institución de la familia, cuando son rechazados o despreciados los mandamientos del Divino Redentor en este punto, entonces pueden resquebrajarse los fundamentos mismos de la convivencia civil, con daños incalculables para los ciudadanos todos.»

3. Unidad de la Iglesia

En la tercera parte de su encíclica, Juan XXIII se centra en la Iglesia católica para presentarla como modelo y fermento de unidad y de paz ante todo el mundo. Es la unidad una nota visible de la Iglesia, uno de aquellos signos externos de credibilidad de la fe católica que señalaba el Vaticano I. Juan XXIII recuerda que la unidad de la Iglesia fue pedida en oración al Padre por el propio Jesucristo en la víspera de su pasión, lo cual es motivo indudable de una gran esperanza, no sólo para la Iglesia, sino para la humanidad entera:

«Todos saben cómo el Divino Redentor ha fundado una sociedad que deberá conservar su unidad hasta el fin de los siglos, según su palabra: *Mirad que yo estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos*. Por esto Él dirigió al Padre celestial una ferviente oración, que, sin duda, ha sido aceptada y escuchada por su deferencia a la Voluntad del Padre, y es ésta: *Que todos sean una sola cosa, como tú, Padre, estás en mí, y yo en ti, para que también ellos sean una sola cosa en nosotros*. Oración ésta que infunde y confirma en Nos la dulce esperanza de que finalmente todas las ovejas que no pertenecen a este redil sientan deseo de volver a él; y así, conforme a las palabras del Divino Redentor, habrá un solo rebaño y un solo Pastor.»

Esto, la esperanza ecuménica de la unidad de los hombres en torno a un solo Pastor, es el aliciente y el contexto en el que el Papa concibe el Concilio ecuménico, ya anunciado en aquel momento, que sería el Vaticano II, iniciado por él y terminado por su sucesor, Pablo VI. Estas son sus expresas palabras:

«Profundamente animados por esta muy dulce esperanza, ya hemos anunciado públicamente el propósito de convocar un **Concilio ecuménico**, al que deberán acudir los obispos del mundo entero, para tratar los graves problemas de la religión. Finalidad principal del Concilio será promover el incremento de la Fe católica y una saludable renovación de las costumbres del pueblo cristiano, y adaptar la disciplina eclesiástica a las condiciones de nuestros tiempos. Es indudable que constituirá un espectáculo de verdad, de unidad y de caridad que, visto aun por los que se hallan separados de esta Sede Apostólica, les servirá de dulce invitación –así lo esperamos– para buscar y lograr la unidad por la que Jesucristo dirigió a su Padre celestial tan ardientes plegarias.»

Recalca el Papa que la unidad no le falta a la Iglesia católica, pues su divino fundador se la aseguró solidísimamente desde el inicio, por lo cual, como explica, «ella se distingue por tres notas que la caracterizan: la unidad de doctrina, de gobierno y de culto; notas visibles a todos, que pueden reconocerla y seguirla.» De lo que se trata es de que dicha unidad sea «luminoso ejemplo para todos» y que a todos se extienda, como don de Dios, al que el Papa incita a suplicar en fervorosa oración. Pues la unidad de la Iglesia, escribe Juan XXIII: «es tal que, según la voluntad del Divino Fundador, todas las ovejas pueden en ella reunirse en un solo rebaño bajo la guía de un solo Pastor. Así es como todos los hijos están llamados a reunirse en la única casa paterna, establecida sobre el fundamento de Pedro, y en ella es donde se ha de procurar reunir fraternalmente a todos los pueblos como en el único reino de Dios; reino, cuyos ciudadanos unidos entre sí en la tierra mediante la unidad de espíritus y de corazones, puedan un día gozar la eterna bienaventuranza en el cielo.»

Habiendo elevado al Cielo su oración, el Santo Padre se dirige a los hermanos separados y a todos los pueblos invitándolos a venir a esa anhelada unidad.

«Venid, *comprendednos*; nada más pedimos, nada más deseamos, nada más suplicamos a Dios sino vuestra salvación y vuestra eterna felicidad. Venid; de esta **concorde y suspirada unidad**, que deberá mantenerse por la caridad fraterna, brotará una grande **paz**...»

La paz que el beato Juan XXIII espera y promete como fruto de la unidad en el redil de Cristo, es «*aquella paz que excede todo entendimiento* porque desciende del cielo»; es la paz que cantaron los ángeles anunciando al mundo el nacimiento del Salvador; es la paz que da Cristo después de la institución de la Eucaristía diciendo: «*La paz os dejo, os doy mi paz*.»

Pero mientras peregrinamos sobre la tierra no es todavía, según escribe en la *Ad Petri cathedram*, una paz «completamente tranquila, no del todo serena». Es una **paz activa**, una paz militante contra todo error:

«Luego la paz que hemos de buscar y que debemos trabajar por conseguir, es aquella paz que no cede al error, que no se aviene a compromisos de ninguna clase con los defensores de éste, que no se inclina hacia los vicios y que evita toda discordia.»

Tras esta importante advertencia, la Encíclica contiene una serie de **Exhortaciones paternas**, que constituyen su cuarta y última parte, en la que el Papa se vuelve en particular hacia los obispos, los sacerdotes, los religiosos y las santas vírgenes, hacia los laicos de la Acción Católica, hacia los que sufren, los pobres, los emigrantes y, por fin, los perseguidos por su fe. Termina la encíclica con un llamamiento universal a la renovación de la vida cristiana.

Juan XXIII, terciario franciscano



Pesebre de san Francisco de Asís en el bosque de Greccio (1223)

Recientemente, el padre Luca M. De Rosa, postulador general de los frailes menores observantes, en carta fechada en Roma el día 16 de julio del año 2000, expresaba su agradecimiento al ministro provincial de los menores observantes de Cataluña, padre Gendrau, por la eficaz labor del benemérito padre Folguera en la larga y laboriosa gestión y promoción de la causa de beatificación del papa Juan XXIII, esperada y deseada por toda la Iglesia.

En efecto, las labores para canalizar la beatificación del terciario franciscano Angelo G. Roncalli (nacido el 25 de noviembre de 1881, elegido papa el 28 de octubre de 1958 y fallecido santamente el 3 de junio de 1963), que ingresó en la Orden Franciscana Seglar (Terciarios) en 1896, cuando contaba 15 años, en el convento franciscano de Baccanello, en la campaña lombarda, siempre destacó por las virtudes más características de la espiritualidad franciscana: pobreza, gran sencillez y humildad, y gran devoción al Dios de Belén, al Dios del Calvario y al Dios del sagrario, junto con una veneración entrañable a la Virgen Santísima y a san José.

El 27 de enero de este año 2000, el papa Juan Pablo II declaraba la autenticidad de un milagro atribuido a la intercesión de Juan XXIII a sor Caterina Capitani, hija de la Caridad, y se fijaba la beatificación para el día 3 de septiembre, junto con el papa Pío IX, iniciadores del Concilio Vaticano II y Vaticano I, respectivamente.

Con la finalidad de aproximar los rasgos y actitudes franciscanas de este nuevo beato, el padre Gamisans acaba de publicar *Juan XXIII, terciari franciscà*, donde esboza un paralelismo entre san Francisco de Asís y el «Papa Bueno», afirmando que si san Francisco fue «otro Cristo en la Tierra», el Papa Juan «fue otro Francisco en la Tierra». Recomendamos su lectura.

Que los ejemplos de bondad, humildad y amor a la Iglesia incentiven el proceso espiritual y santificación de los creyentes que deberán afrontar los retos del «Tertium Millennium», en comunión viva con la Palabra, la Tradición y el Magisterio.

NAVIDAD 2000



(En este número dedicado a honrar la memoria de Juan XXIII con ocasión de su elevación a los Altares nuestra felicitación navideña a todos nuestros lectores, colaboradores y amigos se hace eco de los deseos expresados hace cuarenta años por el nuevo beato, en la misa de año nuevo por los *Pueri cantores* de varias naciones.)

A JESÚS NIÑO

Señor Jesús, hecho niño por nuestro amor, seguimos contemplándote en la escena de Belén, y reunimos en torno a ti, junto a María, madre tuya y nuestra, junto a José, «vir iustus», y los sencillos y buenos pastores, estas flores de nuestras familias cristianas, que han acudido hasta aquí desde todo el mundo, y, para nuestro gozo y aliento, te ofrecemos de cada uno el canto melodioso, el corazón puro, el propósito fervoroso y vibrante de hacer honor a la santa Iglesia y a la hermosa tradición de los pueblos de los distintos continentes aquí luminosamente representados. Bendícelos, Jesús, como nos los bendecimos en tu nombre. Acompáñalos en el camino rico de promesas que se abre ante ellos. Que lleven por todas partes la alegría y la belleza. Que crezcan, a imitación tuya, en edad, en gracia, en sabiduría, delante de Dios y de los hombres. Así sea. Así sea.

A LOS QUINIENTOS AÑOS DE SU NACIMIENTO

CARLOS V, EL EMPERADOR CRUZADO

GERARDO MANRESA PRESAS

Desde que, en 1453, la ciudad de Constantinopla cayó en manos de los turcos, la amenaza para la Cristiandad se fue haciendo cada vez más inminente. En pocos años los turcos ocuparon los países balcánicos y a finales del siglo xv, presionados por el miedo, todos los países occidentales –Hungria, el Imperio, Francia, España, Venecia, los Estados Pontificios– se vieron obligados a firmar tratados de paz para evitar los ataques turcos. Éstos se hallaban a orillas del mar Adriático y en pocas horas se podían presentar en los estados del Papa. Desde entonces los papas no cesaron de pedir a los reyes cristianos una cruzada, sin que ninguno respondiera a esta necesidad.

En 1511 Julio II, el papa guerrero, acude personalmente a Ferrara a defender sus posesiones ante el ataque de Luis XII, rey de Francia y la traición del duque de Ferrara. El Papa cae derrotado en Mirandola y regresa a Roma. Humillado humanamente, es inspirado por el Espíritu Santo y convoca un Concilio, que evitara un cisma en la Iglesia, ya que los países beligerantes del papa, junto con Austria, habían decidido reunir un concilio a sus espaldas (Conciliáculo de Pisa). En este Concilio de Letrán (XVIII ecuménico), celebrado entre 1512 y 1517, todos los obispos reunidos solicitan también una cruzada para la defensa de la Cristiandad frente a la amenaza turca.

Para cumplir esta solicitud del Concilio, León X, sucesor de Julio II, envió emisarios a todos los reyes de los países cristianos, entre ellos España y Borgoña. En dichos países vivían dos jóvenes, de un mismo espíritu, que debieron de oír este mensaje y, con el tiempo respondieron cada uno de ellos, a su manera, a esta llamada. Estos dos jóvenes eran Iñigo de Loyola y Carlos de Gante.

Hace ya bastantes años que el padre Orlandis nos describió la respuesta de Iñigo de Loyola a esta llamada y está publicada en ocho preciosos artículos en CRISTIANDAD, que recomiendo al lector que vuelva a leer, pues son fundamentales en el espíritu de Schola Cordis Iesu.

Hoy, como homenaje a Carlos de Gante, Carlos V, en el quinto centenario de su nacimiento, nos referiremos a su respuesta a esta llamada.

Los problemas de Carlos V

Carlos V tuvo tres grandes problemas en su reinado, que podrían resumirse en dos. El primero fue el rey de Francia, Francisco I, que, por envidia, al perder la elección de Emperador frente a Carlos, provocó continuas guerras para erosionar su prestigio y el del Imperio.

El segundo problema de Carlos V como Emperador fue la defensa de la Cristiandad. Esta defensa la tuvo que realizar en dos campos diferentes: en el interior de la Iglesia, defendiendo la ortodoxia de la Fe ante los protestantes y, en la defensa de la Cristiandad ante los turcos. Aunque el concepto de cruzado se puede aplicar a los dos casos, nos ceñiremos al segundo.

La lucha de Carlos V contra los turcos se inicia al día siguiente de la votación de los Príncipes Electores en la iglesia de San Bartolomé, en Fráncfort. Francisco I, tocado en su orgullo por la pérdida de la elección, dedica su política, a partir de entonces, a luchar contra el emperador, sin mirar la moralidad de los medios empleados.

Así el rey Cristianísimo, Francisco I, pasó de la promesa hecha ante los príncipes electores, antes de la elección, de luchar y morir defendiendo la Fe y la Cristiandad contra el Turco, a la alianza con él para destruir al Emperador, sin importarle las consecuencias que esto representaba para la Cristiandad.

1526: Soleimán toma Hungría

Por aquellos años, 1517, aparece entre los turcos una figura muy importante que hará temblar a toda la Cristiandad, Soleimán el Magnífico. En pocos años, Soleimán se apodera de la isla de Rodas, feudo de la Orden de San Juan (1519), con lo que se debían suspender las peregrinaciones a Tierra Santa. Poco después, en 1521, conquista Belgrado, iniciando las incursiones por la Europa central.

Esta era la situación, de manera que Carlos V, además de las guerras con Francisco I y las discusiones teológicas con los protestantes, no podía perder de vista el acoso otomano, especialmente, en aquellos años, en las tierras próximas a Austria y su capital Viena.

Después de la toma de Belgrado, Soleimán inicia otra ofensiva: va ascendiendo por el Danubio y penetra en Hungría. El rey de Hungría, Luis, cuñado de Carlos y el archiduque de Austria, Fernando, su hermano, solicitan ayuda ante la agresión, pero, para los príncipes europeos Hungría está todavía demasiado lejos. Carlos V, que es el único que tiene voluntad de salir en defensa de Cristiandad, se ve retenido por Francisco I, que le ha atacado en sus posesiones italianas, aunque ha sido derrotado en Pavía, y crea contra él una Liga, en la que incluso el Papa Clemente VII está involucrado (Liga de Cognac).

Hungría es arrasada por Soleimán, Luis pierde la vida y, con él, más de veinte mil húngaros quedan en la llanura

de Mohacs. Es la culminación de las consecuencias del Tratado de Madrid. Francisco I había pedido a Soleimán su colaboración contra el Emperador.

1532: Asedio de Viena

Después de la conquista de Hungría, el Turco sólo tarda tres años en dirigirse hacia Viena. Carlos V acaba de vencer a la Liga de Cognac y quiere aprovechar la ocasión para encontrarse con el Papa, a fin de proceder a su coronación. Pero tiene en el pensamiento el socorro que su hermano Fernando le pide ante la amenaza turca. El ejército turco llega demasiado tarde a Viena, en octubre de 1529, y, gracias a un otoño muy húmedo, el asedio de Viena no se concreta. Carlos V, en Bolonia recibe con alivio la nueva.

Soleimán no se conforma y vuelve a moverse para llegar a Viena. Está a doscientos cincuenta kilómetros de Viena y entonces los Príncipes alemanes empiezan a sentirse amenazados. Carlos V, después de firmar la paz de Cambrai con Francisco I, tiene más libertad para prepararse ante esta nueva amenaza. Solicita ayuda a las Cortes de Castilla y Aragón, reúne la Dieta de Ratisbona para solicitar una tregua a las discusiones entre católicos y protestantes y ayuda para defender Viena. Todos acceden y se preparan para colaborar en la defensa de Viena. Ahora toda Europa quiere colaborar, desde Portugal a los Países Bajos e Inglaterra, sólo Francia permanece muda.

Es tal la alarma que se produce en Europa y el odio que contra Francia genera su actitud, incluso entre los príncipes protestantes, que Francisco I no tiene más remedio que enviar a Soleimán, en el último momento, un diplomático para solicitarle que no ataque Viena y advirtiéndole de la magnitud del ejército imperial. Soleimán lo rechaza, porque ya ha iniciado la campaña.

La salvación de Viena se inicia en una pequeña fortaleza al sur, Güns. La heroica resistencia que encontró Soleimán y que le obligó a mantener un asedio de 25 días, le hizo pensar en la fortaleza del ejército que traía el Emperador. Después de comprobar la preparación de la defensa de Viena, con escaramuzas militares, se conformó con devastar Estiria y retirarse ante la llegada de Carlos V.

No se había librado ninguna batalla, pero la Europa cristiana se sintió liberada y consideró que podía respirar tranquila, porque tenía un emperador que la defendía. A partir de entonces cesó la amenaza del Turco sobre Viena y Carlos V pudo escribir jubiloso a su esposa acerca de,

«...la honra y la victoria que Dios nos ha dado en haber comenzado a echar de la tierra a este común enemigo de la Cristiandad...».

1535: Campaña de Túnez

Con la muerte de Fernando el Católico en 1516, la brillante defensa cristiana del mar Mediterráneo contra el invasor sarraceno quedó debilitada. El sultán de Argel, Bar-

barroja, lo aprovechó entonces para reconquistar Argel.

Las pequeñas tentativas que se hicieron desde entonces fracasaron. La agresividad de los corsarios era tal que estando Carlos V en Barcelona, en 1519, con ocasión de las Cortes catalanas los barcos sarracenos llegaron hasta las costas catalanas.

Sus cautivos fueron desde entonces los personajes más desventurados de aquella sociedad.

En 1529, Barbarroja sorprende a las galeras españolas, en el viaje de vuelta, que llevaron a Carlos V a Italia para su coronación.

Pero todo ello se agrava aún más cuando Barbarroja, dueño de Argel, deja de ser un corsario, se alía con Soleimán y es nombrado almirante de la flota turca en el Mediterráneo. Esto amenaza no sólo a la monarquía católica, sino también a Venecia, Génova, los Estados Pontificios y a toda la Cristiandad.

En 1532, Carlos V ordena una campaña marina contra los enclaves griegos de Corón y Patrás y establece una base militar en Corón. Dos años más tarde, Barbarroja ataca aquella base, la destruye y conquista Túnez, cuyo rey, Muley Hassan, era feudatario de Carlos.

Este ataque fue determinante para que el Emperador hiciera caso a todos los que vivían en el Mediterráneo y que, desde hacía años, sufrían las consecuencias de los ataques de Barbarroja a sus costas y, sobre todo, a tantos cristianos cautivos, que eran utilizados como remeros en las galeras, o simplemente se consumían en prisión o, siendo niños, eran formados y mentalizados para luchar, en su momento, en el frente como jenízaros.

Ante todo ello, Carlos se dispuso a preparar la campaña de Túnez. En el escrito imperial decía:

«Considerando la importancia desta empresa y lo que en ella va a toda la Cristiandad y principalmente a nuestros reinos y estados...».

Se observa en este escrito lo que representaba para el Emperador la campaña de Túnez. Era una verdadera cruzada contra el enemigo de la Cristiandad. El nuevo papa, Paulo III, también estaba convencido de ello.

Se reunieron, junto con España y sus posesiones en Italia, los Países Bajos, Portugal, Génova, Venecia, el Papa y la Orden de San Juan. Castilla estaba tan ansiosa de colaborar, que en Barcelona se reunieron más de 1500 caballeros de la Corte, para participar en la Cruzada, desde el duque de Alba hasta el poeta Garcilaso de la Vega. De entre los países del Mediterráneo sólo falta Francia. Carlos, por ser la empresa que era, pidió a Francisco que le secundase en la operación, explicándole sus planes. El rey Cristianísimo «se limitó» a enviar un emisario a Barbarroja advirtiéndole de estos planes.

Carlos conocía ya a Francisco y, aunque no se imaginó la delación, como no se fiaba del francés, envió dinero a su hermana María, gobernadora de los Países Bajos, para proveer los primeros gastos, si el rey francés atacaba por el norte durante la Cruzada.

Carlos V estaba preparado para una Cruzada y así lo



El papa León X visto por Rafael

manifestó cuando, después de prepararlo todo, antes de partir, subió a Montserrat para impetrar el apoyo de la Santísima Virgen.

La flota llegó a las costas tunecinas y tomó sin dificultad Puerto Farina, en las proximidades de Cartago, y desde allí se dirigió a La Goleta. El asalto a esta fortaleza, donde se refugiaba Barbarroja, era difícil. Era el mes de julio y la disentería comenzó a apuntar.

Carlos V recordó a san Luis, que hizo el mismo recorrido, en 1270, y que había encontrado la muerte por culpa de la peste. Esto hizo acelerar el asalto a la fortaleza enemiga. La conquista de La Goleta fue el primer paso del gran éxito de la cruzada. Llegaron a Túnez y allí tuvieron los cruzados, en los cautivos cristianos, la ayuda que más necesitaban. Éstos consiguieron romper sus cadenas por la disminución de la vigilancia turca, que se había incorporado a la defensa de las murallas, y conquistaron la fortaleza, ante la alegría de los cruzados.

Barbarroja huyó a Argel. Andrea Doria le persiguió, pero Carlos V desistió de apurar la victoria y quizás aquí estuvo su único error, que más tarde pagó, pero a su alma de caballero le repugnaba perseguir a un enemigo derrotado.

1536: Discurso imperial en Roma

Después de la cruzada de Túnez, Carlos V alcanza en Italia un prestigio muy grande y quiere aprovechar esta circunstancia para conocer al nuevo papa Paulo III, y presentarle sus objeciones como Emperador de la Cristiandad. Quiere hacer un esfuerzo para ganarse al Papa, en su lucha contra los turcos, presentándole el problema en toda su magnitud.

El lunes de Pascua de 1536, reúne al Papa, al Colegio cardenalicio y a todos los representantes de las naciones extranjeras presentes en Roma y expone, entre otras cosas, los gravísimos problemas que tiene la Cristiandad, en su lucha contra el Turco, por culpa de Francia.

Siendo él el Emperador y habiendo tratado al rey de Francia cuando lo tenía prisionero con benevolencia, lo encuentra siempre detrás del Turco, en Hungría, en Viena, en Túnez y con una alianza con Barbarroja concretada después de Túnez. Mientras está luchando por la Cristiandad en Túnez, el Papa permite que Francisco I colecte dinero de la Iglesia de Francia para invadir las posesiones del duque de Saboya, aliado del Emperador.

Ante la inminente guerra entre ambos, Carlos V reclama al Papa que públicamente exprese quién de los dos tiene razón: si cree que la tiene Francisco I, que le apoye; en caso contrario,

«Yo, Carlos, invoco contra Francia a Dios, al Papa y a todo el mundo».

Es uno de los momentos más importantes en la vida de Carlos V como Emperador. Viendo que en su lucha contra el enemigo de la Cristiandad tiene en la hija mayor de la Iglesia el mayor impedimento para derrotarlo, quiere abrir los ojos al Padre que, cegado por otras causas, no quiere ver este gravísimo problema.

En esta ocasión, Carlos V actuó como un auténtico defensor de la Cristiandad, ante los enemigos de la Iglesia. Estaba tan enfadado Carlos, que el embajador francés, el obispo de Maçon, protestó porque el discurso lo hacía en castellano, a lo cual Carlos le respondió:

«Señor Obispo, entiéndame si quiere, y no espere de mí otras palabras que de mi lengua española, la cual es tan noble que merece ser sabida y entendida de toda la gente cristiana».

Carlos no consiguió sacar al Papa de su neutralidad, pero había expuesto claramente cual era el problema del incesante acoso turco.

1538: Herzeg Novi (Castelnuovo)

Pactada una tregua con Francia en 1538, y confiando en la celebración de un Concilio, puede Carlos volver a plantearse una Cruzada contra los turcos, que, con Barbarroja al frente, seguían acosando las costas italianas y españolas.

Esta vez Carlos quiere formar una armada de 200 galeras y 100 naves auxiliares para ir hasta Constantinopla. Forma la Santa Liga, en 1538, con Venecia y el Papa y, aprovechando la tregua con Francia, solicita a Francisco su participación, pero éste, aunque disfraza su respuesta con posibilidades, tiene firmada con Soleimán una capitulación desde febrero de 1536. Así, en 1537 está apoyando

con sus galeras a Barbarroja y su flota, en sus ataques a las islas venecianas, sitia Otranto y saquea la Puglia.

Carlos V estaba ilusionado con la esperanza de que la expedición fuera la gran Cruzada de la Cristiandad contra el Turco, él la acaudillaría y llegarían hasta Constantinopla.

Pero los resultados no acompañaron a los sueños, no se pudieron reunir más que 131 galeras y 16.000 hombres, de los cuales 11.000 eran españoles. Barbarroja, con ayuda de Soleimán, había preparado ya 130 galeras, con la ventaja de una fuerte estructura y una disciplina férrea. La flota de la Santa Liga, al mando de Andrea Doria, en una operación previa hasta la costa dálmatas, pudo conquistar la fortaleza de Castelnuovo (Herzeg Novi), pero no pudo vencer a la flota de Barbarroja en el golfo de Artá.

En la fortaleza de Castelnuovo dejó una guarnición con los viejos tercios españoles. Daba inicio una de las gestas más singulares de los tercios españoles en todo el Quiñientos.

La defensa de aquella fortaleza resultó imposible, pero no hubo rendición y aquella gesta enseñó a Europa hasta dónde podían llegar los españoles para defender a la Cristiandad y a Barbarroja, el poderío de las tropas españolas, cuando ya pensaba, después de la victoria naval, poner el trono de Soleimán en Roma.

Todo ello obligó a Carlos a renunciar a la gran Cruzada de la Cristiandad contra el Turco.

1541: Campaña de Argel

Solucionado el problema político de los Países Bajos y sin poder hacer nada en el tema protestante, a la espera de que el Papa convoque el Concilio, Carlos V se plantea de nuevo una Cruzada contra el Turco.

Aquel mismo año, en la Dieta de Ratisbona, su hermano Fernando ha alertado a todos los príncipes alemanes ante la nueva amenaza turca en Hungría. Carlos oye esta llamada de socorro, pero antes quiere responder a la llamada que desde España hace años que le reclaman: Argel y la amenaza turca, que desde hace más de 25 años está sufriendo las incursiones de Barbarroja y sus corsarios en sus costas.

Carlos V tiene el convencimiento de que sólo España está dispuesta a una verdadera cruzada por la fe contra el Turco, y desconfía de la ayuda de otros Estados.

Una vez conquistada Argel, y con la aureola de esta victoria, le será mucho más fácil acudir a salvar Hungría. Así viene de Ratisbona directamente a la campaña de Argel, trayendo consigo algunas tropas de mercenarios de Alemania e Italia.

Se consiguió reunir un ejército que se consideró muy importante y el optimismo reinó en España para la definitiva solución de la reconquista de Argel, ciudad no tan bien protegida como Túnez. Entre las personalidades que se incorporaron a dicho ejército estaba Hernán Cortés, hombre de fama por la conquista de Méjico. Era ya entrado el verano de 1541.

Partieron de Palma de Mallorca y rápidamente alcanzaron la Berbería, pero apenas llegados a su vista, el tiempo se mudó y el Mediterráneo, de suyo tan sereno, se encrespó y la flota se dispersó, viéndose obligada a buscar refugio. En sus memorias, el Emperador escribe:

«*El sábado a la noche abonanzó, y el domingo 24 del mes por la mañana las galeras... se juntaron... y se desembarcó la infantería, 6 o 7 millas de Argel...».*

De pronto, todo cambió y el tiempo volvió a encresparse, de forma que fue imposible desembarcar al resto. ¡Y en este resto estaban los víveres para las tropas!

Todo había cambiado: de atacantes se convirtieron en defensores de las acometidas bereberes, pero aún se pensaba en emprender el asalto a Argel. Carlos V decía a sus capitanes que no perdieran la confianza,

«... *considerando que el tiempo estaba en manos de Dios...».*

El tiempo no mejoró y el ejército imperial quedó acondado por los ataques bereberes y de tal forma que la lluvia impedía encender las mechas de los arcabuces, por lo que su arma más importante estaba inutilizada.

En el consejo de guerra convocado antes de la decisión de la retirada sólo hubo una voz que abogó por la continuación de la campaña, después de tomarse el ejército un descanso. Era Hernán Cortés, el cual debía recordar otros tiempos en su conquista de Méjico.

La retirada no fue fácil. Las naves pequeñas fueron destrozadas por la tormenta y, por orden del Emperador, para salvar al ejército se debieron echar a la mar toda las piezas de artillería, caballos, material de guerra etc., ante la desesperación de los capitanes.

«*Llegados aquí –termina el relato el Emperador en sus Memorias– por no aventurar todo lo que por la clemencia de Nuestra Señora ha quedado, se ha resuelto, dexando por agora la empresa para otro tiempo que, con su ayuda, se podrá más convenientemente hacer, embarcar la gente en las naves que han quedado y irnos a España.»*

Esta fue la última cruzada que emprendió aquel Emperador contra los turcos, porque su lucha contra los protestantes para mantener la *Universitas Christiana* y la convocatoria del Concilio de Trento solicitarían su atención desde aquel momento.

De esta forma atendió aquel joven Carlos de Gante la llamada a una cruzada que el papa León X había hecho 24 años antes a los reyes de aquella época. Por ello, puede considerarse que Carlos V fue, sin lugar a dudas, el último auténtico Emperador que cumplió su misión de defender la Cristiandad, en su lucha contra el turco y, también, en su actitud y lucha contra el protestantismo. Sin lugar a dudas, Carlos V fue un emperador cruzado.

Quinto Congreso Internacional sobre la Sagrada Familia

«Deseo que en la Escuela de la Santa Familia de Nazaret se comprenda mejor el significado del seguimiento de Jesús, que invita a todos a crecer en el amor a la verdad divina empeñándose en un generoso testimonio evangélico y profundizando las realidades esenciales de la vida». Con estas palabras el Santo Padre quiso hacerse presente en el V Congreso Internacional sobre la Sagrada Familia que concluyó en la Casa Sacra Famiglia de Roma el día 13 de octubre, después de cuatro apretadas jornadas de reflexión, trabajo y convivencia.

En el Congreso participaron 165 congresistas procedentes de Europa y América. Buena parte de ellos eran religiosos y religiosas pertenecientes a 27 congregaciones distintas, la mayor parte de ellas intituladas a la Sagrada Familia de Nazaret, pero había también un buen grupo de matrimonios y otros seglares.

Casi la mitad de los 57 Institutos de la Sagrada Familia nacidos durante el siglo xix han reflexionado sobre el origen social, bíblico y eclesial del carisma fundacional y sobre los retos que les llegan hoy desde la Iglesia y la sociedad. Los Institutos de la Sagrada Familia tienen bien asumido que el carisma que recibieron sigue siendo válido y actual pero que les exige una fidelidad creativa para responder a los retos de la Iglesia y de la sociedad de hoy. Al mismo tiempo, han tomado conciencia de que este carisma

es un patrimonio de la Iglesia que quieren compartir y participar a los demás miembros del Pueblo de Dios.

El Congreso ha vivido en plena sintonía con el Año jubilar y, especialmente, con el tema del III Congreso Internacional Teológico Pastoral y del Jubileo de las familias con el Santo Padre. Por ello, participó en una Eucaristía jubilar celebrada en el altar de la tumba de San Pedro, en las Grutas Vaticanas, presidida por el cardenal Virgilio Noè, arcipreste de la Basílica Vaticana, y ha tomado parte en el encuentro festivo de las familias con el Papa y en la celebración eucarística presidida por él.

Los congresistas han agradecido a Dios el don de sus Fundadores y Fundadoras a la Iglesia, han renovado su compromiso de fidelidad al carisma fundacional y se han reafirmado en la validez y urgencia del mensaje de esperanza que dimana de la vida de la Sagrada Familia de Nazaret sobre la realidad de las familias de hoy.

Los congresistas terminaron sus jornadas con la formulación de varias propuestas que animan a un trabajo comprometido en favor de la familia entre los sacerdotes, religiosos, religiosas y laicos y resumen la convicción de que «la Familia de Nazaret —como ha dicho el Papa— irradiia una luz de esperanza también sobre la realidad de la familia de hoy». Este es el desafío de los Institutos inspirados en la Sagrada Familia para el nuevo milenio.

PROPUESTAS

1. Impulsar una reflexión teológica actualizada sobre el misterio de la Sagrada Familia de Nazaret y su proyección en los Institutos que se inspiran en ella y en la vida y pastoral familiar de la Iglesia. Para ello, se pide que esta reflexión sea un tema importante en el próximo Congreso.

2. Persuadirse de que la espiritualidad de la Sagrada Familia, que brota de la comprensión teológica de la misma, y la lectura atenta de los signos de los tiempos contribuirá a desarrollar una fidelidad creativa al carisma de los fundadores y fundadoras, conforme a lo que hoy pide la Iglesia y espera la sociedad.

3. Con el fin de potenciar y hacer más eficaz la acción apostólica de los Institutos Sagrada Familia y ofrecer un signo de comunión, estudiar la posibilidad y el modo de elaborar entre todos, religiosas, religiosos y laicos que se reconocen en Nazaret, un proyecto pastoral común, inspirado en la Sagrada Familia y en favor de la familia.

4. Desde la convicción de que los carismas de los Fundadores y Fundadoras son un don para la Iglesia, animar a los Institutos Sagrada Familia a abrirse a la participación y colaboración de los laicos y familias en los mismos, esto es, en la espiritualidad y en la misión propia.

5. Facilitar e intercambiar, también por internet, las

experiencias de participación de los laicos en el carisma y apostolado de los Institutos y aquellas iniciativas de la pastoral familiar, especialmente para la formación de los jóvenes esposos, que puedan resultar de interés y provecho para todos.

6. De acuerdo con el carisma de los propios Institutos, privilegiar la acogida y atención pastoral hacia las familias en dificultad, tanto en su vida matrimonial y familiar como en su vida cristiana.

7. Invitar a participar en el Congreso a los responsables de la pastoral diocesana familiar y de los movimientos y asociaciones familiares, para que, involucrándose en la reflexión, propuestas e iniciativas del Congreso, impulsen una acción apostólica más general y común.

8. Incrementar la presencia de los laicos en el próximo Congreso para que puedan exponer las experiencias de su integración en la espiritualidad y actividades pastorales de los diversos Institutos.

9. Estructurar, en la medida de las posibilidades de cada Instituto, un proyecto de educación en el amor para la juventud, que comprenda desde la adolescencia hasta el matrimonio, asegurando la unidad y continuidad de los contenidos de cada etapa.



Pequeñas lecciones de historia

Pío IX: papa santo y rey justo

GERARDO MANRESA

El día 2 de setiembre de 1870 el ejército del Kaiser Guillermo I derrotó al de Napoleón III, emperador de Francia, en la batalla de Sedán. Por las calles de París se oyeron ya los primeros gritos de «Viva la República». Pocas semanas después, el canciller alemán Bismarck humillaba a los franceses haciéndoles firmar el armisticio en la sala de los espejos del suntuoso palacio de Versalles.

Retiradas las tropas francesas, protectoras del Papa, de Roma ante las ansias avasalladoras de la Revolución italiana, una semana después de la derrota de Sedán, el ministro de Asuntos Exteriores italiano, Venosta, notifica a todas las potencias occidentales la inminente ocupación de los Estados de la Iglesia por parte de las tropas italianas.

Ante este preparativo, el 8 de setiembre, Víctor Manuel II, rey de Italia, envía al conde Ponza para ofrecer al Papa la «protección» de las tropas italianas. En la carta, una obra maestra de hipocresía, el soberano italiano escribe al Papa que, a fin de impedir la violencia, que pudiera ser promovida por el «partido de la revolución cosmopolita», ve «la indeclinable necesidad por la seguridad de Italia y de la Santa Sede que mis tropas pasen a ocupar aquellas posiciones que serán indispensables para la seguridad de Vuestra Santidad y para el mantenimiento del orden». Leyendo la carta, Pío IX reacciona con energía y exclama al conde Ponza: «¡Raza de víboras, sepulcros blanqueados! ¡He aquí donde la revolución ha hecho descender a un rey de la Casa de Saboya!».

La respuesta del Papa es inmediata (11 setiembre):

«Por el conde Ponza di san Martino me ha sido consignada una carta que V.M. ha querido dirigirme, pero que no es digna de un Hijo afectuoso, que se gloria de profesar la fe católica y se exige, a sí mismo, la lealtad regia. No entro en detalles de la carta misma para no renovar el dolor que su primera lectura me ha causado. Bendigo a Dios que ha permitido a V.M. colmar de amargura el último período de mi vida. Por lo demás, Nos no podemos admitir ciertas exigencias, ni conformarnos con ciertos principios contenidos en su carta. Nuevamente invoco a Dios y remito a Sus manos mi causa, que es toda suya. Ruego a Dios conceda muchas gracias a V.M., librarla de los peligros y dispensarle la misericordia que necesita».

El 10 de setiembre, sin esperar la respuesta del Papa al rey italiano, el gobierno da la orden de iniciar la ocupación de los Estados Pontificios.

El día 18 de setiembre, domingo, las puertas de Roma permanecen cerradas y el pueblo de Roma pasea por el

Gianicolo para ver al ejército italiano que le tiene cercado.

El día 19 de setiembre, el Papa escribe al general Kanzler, jefe del ejército pontificio, su decisión sobre el inminente ataque que van a sufrir:

«Señor General, ahora que se va a consumar el gran sacrilegio y la mayor injusticia y las tropas de un Rey católico, sin provocación y sin ningún motivo aparente, asedia la capital del Orbe Católico, siento en primer lugar la necesidad de darle las gracias a Ud., Señor General, y a todas nuestras tropas por la generosa conducta tenida hasta ahora, de afecto a la Santa Sede y por la voluntad de consagrarse enteramente a la defensa de esta Metrópoli. Sean estas palabras un documento solemne que certifica la disciplina, lealtad y el valor de las tropas al servicio de esta Santa Sede. En cuanto a la duración de la defensa, tengo el deber de ordenarle que ésta debe únicamente consistir en una resistencia dirigida a constatar la violencia, y nada más: esto es, iniciar conversaciones para la rendición apenas abierta la primera brecha. En un momento en que Europa entera deplora las numerosas víctimas, consecuencia de una guerra entre dos grandes naciones, que no se diga nunca que el Vicario de Jesucristo, aunque injustamente asaltado, había de consentir un gran derramamiento de sangre. Nuestra causa es de Dios y Nos ponemos entre Sus manos nuestra defensa».

En la tarde de aquel día, Pío IX salió por las calles de Roma para estar con su pueblo y subir de rodillas la Scala Santa para postrarse a orar en la cima:

«A tí, Dios mío, mi Salvador, a tí me dirijo, siervo de los siervos e indigno Vicario tuyo; te suplico por la sangre derramada por este lugar, del que yo soy el dispensador supremo, y te ruego por tus tormentos y por el sacrificio que hiciste subiendo voluntariamente esta escalera de oprobio para ofrecerte en holocausto por un pueblo que te insultaba, por el cual ibas a morir sobre un tronco infame: ¡ten piedad de tu pueblo, de la Iglesia, tu amantísima esposa. Suspende tu justa cólera. Perdona a mi pueblo, que también es el tuyo! Y si un holocausto es necesario, si es necesaria una víctima, heme aquí, Señor: ¿no tienes suficiente? Piedad, Dios mío, piedad, te ruego; pero, sobre todo, hágase Tu voluntad».

El día siguiente, 20 de setiembre, abierta la brecha en la Porta Pia, y el ejército italiano entraba en Roma, mientras el ejército de zuavos presentaba sus armas al cielo, como ofreciendo a Dios el sacrificio extremo. Este fue el último capítulo de la unificación italiana. El Resurgimiento italiano: obra de la Masonería. El 20 de setiembre: gloria de la Masonería.

ORIENTACIONES



BIBLIOGRÁFICAS

GREGORIO PEÑA

JOSÉ, sombra del Padre

ANDRÉ DOZE

Editorial Balmes, Barcelona, 1999. 182 pp. 1800 Ptas.

El padre André Doze fue ordenado de presbítero en 1954. Licenciado en letras y en teología, ha sido durante veinticinco años profesor de un colegio de Pau. Después de haber enseñado teología durante tres años en el seminario de Bayona, fue requerido para ejercer el ministerio sacerdotal en Lourdes, donde a partir de 1984 dedica su tiempo al confesionario y a la acogida espiritual.

Esta obra, fue publicada en Francia en 1989 por Editions des Beatitudes Société des Oeuvres Communautaires, fue traducida al español por el padre Victorino Ruiz Sola, Sch.P.

El libro consta de siete capítulos, organizados alrededor del cuarto, para representar un desarrollo simbólico, tan a menudo presente en la Biblia. La cuarta parte, el descenso que hace Jesús desde Jerusalén a Nazaret tras reconocer, a los doce años, que su Padre quería que permaneciera a la sombra de José, al que María lo señala como padre, debe iluminar con luz nueva las tres primeras etapas, que son una reflexión sobre la historia del pensamiento cristiano, y las tres últimas, en las que se intenta dibujar un modelo de vida y de pensamiento que sea coherente con los descubrimientos, bastante asombrosos, que se hacen.

El descubrimiento de la persona y del papel de san José se ha ido haciendo de manera progresiva a lo largo de la historia de la Iglesia, según la voluntad del Padre Eterno.

José es el «Hijo de David». Por él Jesús hereda el título de «Hijo de David» que caracteriza al Mesías pero, inicialmente, José debía quedar velado, al menos en apariencia, para dejar campo libre a la revelación del Padre Eterno. La pedagogía divina tiene su ritmo propio: primero se clarificó que Cristo es Dios y hombre; sólo cuando el misterio de Dios comienza a aclararse en la formulación teológica, en la estela de esa claridad, aparece el misterio de «la Madre de Dios». Cuando el papa Pío IX, el 8 de diciembre de 1854, proclama como dogma de fe que María ha sido, desde el primer instante de su concepción, preservada de todo pecado, aún del original, por la sangre de su Hijo, culmina la luz sobre el misterio de la Madre de Dios. ¿Se puede evocar la santidad de María sin, necesariamente, pensar en la santidad de José, su compañero inseparable, con el cual formaba la unidad matrimonial? En todo matrimonio, la unión de los corazones se establece hasta el punto que el esposo y la esposa son llamados una misma persona (carne). En la realidad del matrimonio entre María y José, fiel e indisoluble, el Padre Eterno nos

descubre hoy la magnitud de san José. Es un signo de los tiempos la crisis de la familia; es un signo de los tiempos la providencia de Dios que nos desvela a san José para sanarnos de esa podredumbre.

A lo largo de los capítulos I y II el padre Doze muestra cómo, desde la inicial oscuridad referida a san José, hemos llegado a una manifestación apoteósica y sin embargo discreta.

Durante la Edad Media, con san Bernardo, san Francisco de Asís, san Antonio de Padua, el papa Sixto IV (papa franciscano que introdujo a san José en el Breviario y fijó su primera fiesta litúrgica), san Bernardino de Siena, el cardenal Cisneros o Ubertino de Casale, y otros muchos, se ha ido preparando un gran amanecer que, siguiendo entre 1560 y 1660 la cadena ininterrumpida de santa Teresa de Jesús, san Francisco de Sales, Jean-Jacques Olier y san Juan Eudes, culmina en el beato papa Pío IX y en santa Bernadette de Lourdes.

Teresa de Jesús nos descubre al Niño Jesús, a María y a José como seres con los que se puede hablar familiarmente, que responden, que se interesan por nuestras cosas, por mínimas que sean. Santa Teresa reconocía en José el *maestro de oración*, pues Él dirigía la oración de la Sagrada Familia de Nazaret. José ha sido el pasaje hacia el Padre, misteriosamente establecido por Dios, a disposición de María y de Jesús mismo. «No me acuerdo hasta ahora haberle suplicado cosa que la haya dejado de hacer»; y a Él consagró su primera casa, San José de Ávila, una empresa humanamente imposible.

San Francisco de Sales recogió el testigo de los carmelos establecidos en Francia y aportó una radical novedad: de la misma forma que, a la sombra del sagrado matrimonio de José y de María, fue creciendo Jesús, nuestro salvador, y siendo José el responsable de la Familia de Nazaret, también la *sombra de San José* es la condición de nuestra generación espiritual. San José está encargado de procurar al alma el primero y el más indispensable de los bienes: la paz del corazón. Cuando uno se somete a José, como lo hicieron Jesús y María, las situaciones más difíciles no enturbian la paz, los cambios más inauditos llegan a ser posibles.

Jean-Jacques Olier, que a los catorce años recibió la bendición de san Francisco de Sales, encontró *esta pequeña puerta que pocos encuentran*, la puerta de la casa de Nazaret. «Sin María, todo lo que J.J. Olier dice de san José resulta incomprensible y corremos dos peligros: bien sea imaginarnos que comprendemos el pensamiento vertiginoso que él nos propone, lo que sería asombroso; o bien rechazarlo como absurdo, lo que sería deplorable (primeramente para noso-

tros). Con María entramos, poco a poco, en esas extrañas e indispensables claridades, pues ella salvaguarda perfectamente el orden de las cosas: es la obra maestra de la gracia de Cristo; José es como la obra maestra del amor de María. Por Ella y en Ella, el Padre y el Hijo se encuentran en José». El admirable san José se nos dio para expresar sensiblemente las perfecciones adorables de Dios Padre. Sólo san José representa al Padre Eterno y, como Jesús, debemos amar con ternura a Dios Padre en san José. En Dios Padre san José es fuente de todo bien y de toda misericordia, por ello se dice de este santo que no se le pide nada que no se obtenga.

En el siglo XVIII san Leonardo de Puerto Mauricio presenta a José, patrono de la buena muerte, como el hombre que nos enseña a *morir a nosotros mismos*, a permanecer ocultos en los planes de la Providencia divina. San Alfonso-María Ligorio explica que *a la autoridad de José se somete* aquel que manda sobre el cielo y la tierra, mostrándonos así el camino para el nacimiento del Espíritu, para entrar en el Reino. José mandó; la Madre y el Niño obedecieron.

Pío IX desempeñó un papel central en la revelación del misterio de san José y tenía conciencia de ello. Murió sosegado, como él dijo, porque había logrado hacer conocer mejor ese secreto del Padre. El pontificado de Pío IX está como acompañado invisiblemente por la presencia creciente de san José. Elegido papa el 16 de junio de 1846, extiende a toda la Iglesia, el 10 de septiembre de 1847, una fiesta en honor del patrocinio de san José, que se había establecido en 1680, en los medios carmelitanos españoles e italianos. En el marco del Concilio Vaticano I, proclamó oficialmente el patrocinio de san José sobre la Iglesia universal, el 8 de diciembre de 1870. Hacía alusión «a los tiempos tan tristes» que atraviesa la Iglesia, lo cual justifica todavía más el recurso a tal protector, patrón de la Buena Muerte, es decir, de las pruebas de la vida humana. San José tiene un papel eminente que desempeñar en la Iglesia, sobre todo para «calmar odios y rebeliones, y dar a los cristianos la paz verdadera».

El padre Doze, que ejerce su ministerio sacerdotal en Lourdes, dedica el capítulo III a la aportación de Bernardita en el conocimiento del misterio de san José. La extrema pobreza en que progresivamente había caído su familia, evoca la pobreza de Belén. Pobreza, silencio, trabajo humilde son la muerte que hemos de asumir indispensadamente para alcanzar la vida de paz, alegría y fecundidad. De José, patrón de la Buena Muerte, Bernardita aprende la *sencillez*. María enseña secretamente que quiere que tomemos el camino de la Sagrada Familia donde se vive el Evangelio en plenitud: una fe llena de confianza, a la manera de un niño, en contra de las pretensiones o de los temores de la razón humana. Sintiendo nuestras limitaciones, nuestra nulidad, al mismo tiempo nos damos cuenta de ser profundamente amados por Dios y protegidos por José y María.

Ya hemos dicho anteriormente que, tras exponer el progresivo descubrimiento que de san José ha hecho el pensamiento cristiano, el capítulo IV marca simbólicamente el eje de esta obra: Jesús, que había subido a Jerusalén y goza de una consideración inmediata, a pesar de su corta edad, baja a Nazaret, un lugar menospreciado, porque María se lo pide.

Y sometiéndose a María y a José se prepara para su misión. También nosotros hemos de pasar ese umbral y bajar a lo menospreciado. Allí María y éste instructor silencioso nos ayudarán a franquear etapas cada vez más difíciles.

Los tres últimos capítulos, basados en los asombrosos descubrimientos hechos, nos animan al modelo de vida y de pensamiento que de ello se sigue.

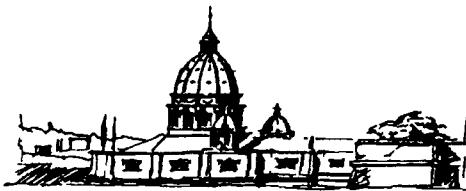
El capítulo V, titulado «La sombra del Padre», explica que, así como el pueblo judío, antes de entrar en la Tierra Prometida, pasó la purificación del desierto, pero siempre lo acompañó la Nube, imagen de la presencia divina oculta que los guiaba y los protegía, José es aquel en quien se oculta el Padre para acoger al Hijo encarnado y a su vez ocultarlo, rodearlo de ternura, protegerlo, ayudarle a crecer en todos los sentidos. José es la «sombra del Padre» directamente prefigurado por esta Nube bíblica. No siendo más que una sola cosa con su esposa, realiza a la perfección esta sombra amorosa, de un poder invencible, en su aparente debilidad, y de una ternura inigualable. José, encargado de ocultar a Satanás la novedad de lo que se prepara, es también el que introducirá por el silencio y la humildad, a todos los hombres ante el tesoro que le ha sido confiado: el Niño y su Madre.

El capítulo VI aclara que, oculto en Nazaret, José hace lo que el ángel le dice, cualesquiera que sean la hora y las circunstancias; Jesús aprovecha para obedecer, aprender, crecer en todos los sentidos del término. Para nosotros, aprender a vivir en Nazaret es darnos perfecta cuenta de que, venga lo que venga, pena o alegría, éxito o fracaso, sequedad o facilidad, por la gracia de Dios construimos, avanzamos. El tiempo se convierte en gracia y como no nos falta nunca, la gracia no nos falta jamás. En los brazos de José la historia ha alcanzado la plenitud de los tiempos; José es el secreto del nuevo tiempo que permite entrar en el jardín escondido de la casa de Nazaret.

El capítulo VII nos urge a ser hijos de José, a descender a Nazaret. José ha llegado a ser el padre humano de Jesús. En él descendió de modo pleno y original la paternidad del único Padre de Jesús y de todos los hombres. Así como la Iglesia comprendió lentamente la maternidad de María, debe comprender la paternidad de José, encontrar las huellas de la obediencia de Jesús, descender a Nazaret, donde nos espera la semilla divina. María, y después José, constituyen juntos el secreto de esta sencillez.

En conclusión. Este libro, aún llevando el nombre de José en el título, es un libro sobre la Sagrada Familia de Nazaret. «Todo lo que hay de verdadero, viene de la Sagrada Familia y a ella vuelve, a ella reconduce al hombre, así como el Padre conduce allí al Hijo en el Espíritu». Hasta tal punto continúa ocultándose san José. Pero no olvidemos que «sólo entran en la intimidad de la Sagrada Familia aquellos que José autoriza».

Ante las celebraciones navideñas de este año 2000 conviene recordar la dedicatoria del libro: «A todos aquellos hombres y mujeres cuya íntima amistad ha sido este pesebre, donde la Madre de Dios pudo colocar a su hijo, a la sombra de José». Es un libro para regalar y hacer con ello un bien.



ACTUALIDAD RELIGIOSA

JAVIER GONZÁLEZ FERNÁNDEZ

El Papa beatificará en marzo 233 mártires españoles

Según informa la Agencia Zenit, el Papa ha reconocido el martirio de 102 mártires de la persecución religiosa que tuvo lugar en España durante la guerra de 1936-1939. Todos ellos serán beatificados el próximo 11 de marzo junto a otros 116 ya aceptados en diciembre del pasado año y a los 15 aprobados en fechas anteriores. En total, serán 233.

La beatificación de los mártires será la más numerosa en la historia de la Iglesia católica, según monseñor Vicente Cárcel Ortí. El mismo Cárcel Ortí constata que la cifra de 233 mártires constituye el 20 por ciento de todos los beatos que –mártires o no– han sido elevados a los altares durante los 22 años de pontificado de Juan Pablo II.

Entre los futuros beatos hay 42 laicos de Valencia, lo que demuestra que se trató de una verdadera persecución religiosa, que fue mucho más allá de los sacerdotes y religiosos.

Según los cálculos de la Iglesia española, durante las «persecuciones religiosas» ocurridas en los años de la Segunda República española y durante la Guerra Civil fueron asesinadas en todo el país unas diez mil personas, entre sacerdotes, religiosas y laicos.

Todos los mártires reconocidos hoy fueron asesinados en 1936, en los primeros meses de la guerra. La documentación recogida ocupa, según los promotores de las causas, más de 4.000 páginas.

Hasta ahora, Juan Pablo II ya ha beatificado a 230 mártires de la persecución religiosa española que tuvo lugar entre la revolución de Asturias (1934) y la guerra civil (1936-1939). El pasado año canonizó a diez de ellos, que se convirtieron en los primeros asesinados en esos convulsos años que alcanzan la santidad.

La Iglesia en Hong-Kong celebra jubilosa la canonización de sus mártires

El domingo 29 de octubre se celebró en la catedral de la Inmaculada Concepción de Hong-Kong una solemne misa en honor de los 120 mártires chinos recién canonizados por Juan Pablo II. La celebración fue presidida por el cardenal John Baptist Wu Cheng-Chung. Asistieron más de 1200 personas, en su mayoría católicos locales, así como 120 sacerdotes y misioneros.

Al anunciar la noticia de la canonización de los mártires, que tuvo lugar el pasado 1 de octubre, el Gobierno de Pekín había prohibido ceremonias públicas en China en

honor de los nuevos santos y había advertido también a la diócesis de Hong-Kong que se abstuvieran de organizar fiestas o al menos que fueran de poca importancia. El Gobierno había lanzado una campaña contra los nuevos santos, a quienes llamó «enemigos del pueblo» y «instrumentos del imperialismo occidental» y hombres de «costumbres disolutas».

Contrariamente a la imagen de una Iglesia «ligada al imperialismo occidental», la ceremonia tuvo un claro color chino. Se dio la bienvenida a las reliquias bendecidas como se hace con las «tablillas familiares» con incienso, con reverencia y con música tocada con instrumentos tradicionales.

La Iglesia de Hong-Kong se declaró a sí misma descendiente de los mártires chinos. En primer lugar, porque los institutos misioneros a los que pertenecían los mártires tienen comunidades en Hong-Kong actualmente. Además, la homilía de la Misa fue pronunciada por un descendiente directo, el padre Francis Li, de Taiyuan, que contó la conmovedora historia del martirio de su abuelo Li Zhongyi y su tío Li Shiyan. Los dos se encuentran entre los 120 canonizados. Su padre escapó milagrosamente de la muerte. Su cuerpo fue encontrado días después entre un montón de cadáveres, estaba seriamente herido en la cabeza, había perdido mucha sangre, pero estaba vivo.

El padre Li negó la interpretación política e ideológica dada por Pekín a la canonización, diciendo que la muerte de los católicos chinos asesinados durante la Revolución de los boxers fue sin duda un acto de martirio: «Si a ti te ordenan apoyar el Gobierno de la dinastía Qing y tú eres asesinado por no hacerlo, esto podría no ser considerado martirio. Pero los boxers ordenaron a los misioneros y a los cristianos que renunciaran a su fe. Fueron asesinados porque rechazaron hacerlo. Esto se llama martirio».

La liturgia se cerró con una procesión solemne para colocar las reliquias de los mártires en la Capilla de la Pasión en el ábside de la catedral. Entre los asistentes visiblemente conmovidos, había muchos jóvenes que permanecieron después de la Misa rezando silenciosamente ante las reliquias de los nuevos santos.

El Papa denuncia las contradicciones de la Declaración de los Derechos del Hombre

Juan Pablo II denunció el pasado 3 de noviembre, ante delegados del Consejo de Europa, una de las grandes con-

tradicciones actuales: se reconoce y se exige el respeto de los derechos humanos, y sin embargo se niega el más fundamental, el derecho a la vida en el seno materno.

El pontífice recordó con claridad la posición de la Iglesia en una materia tan importante, cuando recibió en la Sala Clementina del Vaticano a doscientos delegados de los 41 países miembros del Consejo de Europa, reunidos en Roma para participar en la Conferencia ministerial de la organización y para celebrar el quincuagésimo aniversario de la Convención Europea de los Derechos del Hombre.

«En el corazón de nuestro patrimonio común europeo, religioso, cultural y jurídico –explicó el Papa– se encuentra la noción de la inviolable dignidad de la persona humana, que implica derechos inalienables que no han sido conferidos por gobiernos o instituciones, sino únicamente por el Creador».

A la luz del compromiso del Consejo de Europa al servicio de los derechos humanos, el Papa señaló la necesidad de afrontar con claridad algunos problemas, entre los que se encuentra, en primer lugar, «la tendencia a separar los derechos humanos de su fundamento antropológico, es decir, la visión de la persona humana que es connatural a la cultura europea».

En segundo lugar, el pontífice denunció la tendencia a interpretar los derechos sólo en una perspectiva individualista, con poca consideración del papel de la familia, como «célula fundamental de la sociedad», como dice el artículo 16 de la Declaración Universal de los Derechos de Hombre. Esto lleva a una paradoja que fue desenmascarada por Juan Pablo II en su discurso a los delegados del Consejo de Europa: «por una parte, se afirma con vigor la exigencia de respetar los derechos humanos; por otra, se niega el más fundamental de ellos, el derecho a la vida». **«Esta radical contradicción es posible –concluyó– sólo cuando la libertad se disocia de la verdad inherente a la realidad y cuando la democracia se divorcia de los valores trascendentes».**

Nota de la Santa Sede: Cristo sólo fundó una Iglesia

La «Nota», que lleva la fecha del 30 de junio y que fue publicada el 28 de octubre pasado por la edición italiana de *L'Osservatore Romano*, consideraba que la expresión «Iglesias hermanas» se ha convertido en el diálogo ecuménico en la denominación común «para expresar el lazo objetivo que existe entre la Iglesia de Roma y las Iglesias ortodoxas».

Ahora bien, la Congregación para la Doctrina de la Fe alertaba ante el error de creer que la expresión de «Iglesias hermanas» implica «que en la realidad no existiría la única Iglesia de Cristo». Se trata de una aclaración que también hacía este organismo vaticano en el número 17 de la Declaración *Dominus Iesus*.

La Congregación para la Doctrina de la Fe ha aclarado que la expresión «Iglesias hermanas» puede ser utilizada «en sentido propio» «exclusivamente para aquellas comunidades eclesiales que han conservado el episcopado válido y la Eucaristía válida».

El texto, acompañado por una carta, ha sido enviado a las congregaciones, consejos y otras organizaciones de la Curia Romana, a los presidentes de las Conferencias Episcopales y a los Sínodos orientales. «Existe una única Iglesia de Cristo, que subsiste en la Iglesia católica, gobernada por el sucesor de Pedro y por los obispos en comunión con él –indicaba el documento, publicado el 5 de septiembre pasado–. Las Iglesias que no están en perfecta comunión con la Iglesia católica pero se mantienen unidas a ella por medio de vínculos estrechísimos como la sucesión apostólica y la Eucaristía válidamente consagrada, son verdaderas iglesias particulares». Por este motivo, la nota vaticana aclara que en el sentido propio de la expresión «Iglesias hermanas» no es precisa cuando se refiere a «la relación de la Iglesia católica por una parte y la Comunión anglicana y las Comunidades eclesiales no católicas por otra».

La nota, según explica el cardenal Ratzinger en la carta aclaratoria que la acompaña, «ha sido aprobada por el Santo Padre Juan Pablo II en la audiencia del 9 de junio de 2000» y sus indicaciones han de ser consideradas como «autorizadas y vinculantes».

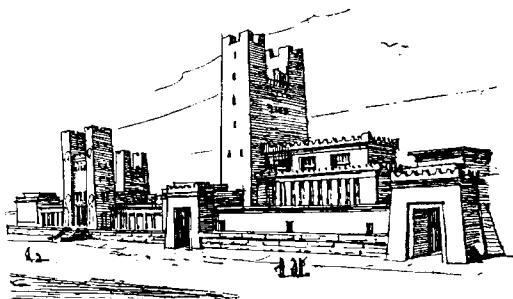
Según aclara la nota, «Iglesias hermanas son exclusivamente las Iglesias particulares (o agrupaciones de Iglesias particulares: por ejemplo, los patriarcados y las metrópolis)».

«Debe quedar siempre claro cuando la expresión «Iglesias hermanas» es usada en este sentido propio –aclara el documento–, que la Iglesia universal, una, santa, católica y apostólica, no es hermana, sino madre de todas las Iglesias particulares».

En este contexto, se puede hablar de «Iglesias hermanas» cuando nos referimos «a Iglesias particulares católicas o no católica» –explica la Congregación para la Doctrina de la Fe. «Por tanto, la Iglesia particular de Roma también puede ser llamada hermana de todas las Iglesias particulares».

Ahora bien, «no se puede decir propiamente que la Iglesia católica sea hermana de una Iglesia particular o de un grupo de Iglesias –continúa aclarando la nota vaticana–. No se trata sólo de una cuestión de terminología, sino sobre todo de respetar una verdad fundamental de la fe católica; es decir, el carácter único de la Iglesia de Jesucristo. Existe, de hecho, una única Iglesia, y por ello el plural Iglesias se puede referir sólo a las Iglesias particulares».

La Santa Sede pide, en conclusión, que se eviten expresiones que dan pie a malentendidos, como por ejemplo, fórmulas como «nuestras dos Iglesias», pues insinúan la posibilidad de que Cristo haya creado varias Iglesias.



ACTUALIDAD POLÍTICA

JORGE SOLEY CLIMENT

Una discoteca en Auschwitz

Muchos recordarán la reciente campaña internacional para desalojar a las carmelitas del convento de Auschwitz. La presencia de estas religiosas rezando junto al que fue el más importante campo de exterminio nazi fue presentado en la prensa como una falta de sensibilidad y de respeto hacia los judíos y como un intento católico por adueñarse de un lugar simbólico que no le pertenecía. Olvidaban que en Auschwitz no sólo murieron judíos, sino también gitanos y, sencillamente, polacos católicos, como Maximiliano Kolbe. Tampoco se entiende qué tipo de agravio puede constituir un grupo de religiosas de clausura cuya vida de consagración a Dios transcurre en la más absoluta discreción. Pero no se trataba de entender, sino de expulsar a las carmelitas y, de esta manera, atacar a la Iglesia.

Ahora nos llega la noticia de la apertura de una discoteca en lo que fue el almacén de ropa y cabello de los prisioneros de Auschwitz. Esta noticia no ha ocupado titulares, tan solo una breve reseña en letra pequeña y algún comentario en lugar secundario. Ni campañas mediáticas, ni declaraciones amenazadoras, ni movilizaciones populares. No se trata sólo de la frivolidad y el morbo enfermizo que se traslucen en la decisión de instalar una discoteca en el lugar donde encontraron la muerte tantos miles de seres inocentes, sino de la constatación de que para la modernidad lo único insoportable, lo único intolerable, es la oración, lo sobrenatural, mientras que el envilecimiento y la amnesia culpable que suponen la discoteca de Auschwitz son, cuando no aclamados, sí tolerados.

Kim Dae Jung, un Premio Nobel de la Paz católico

No es que la recepción del Premio Nobel sea en la actualidad algo de lo que enorgullecerse (tal es la cantidad de personajes como mínimo dudosos que han engrosado la lista de premiados), pero es de justicia reconocer la importancia de la concesión del Nobel de la Paz al presidente católico de Corea, que refleja la creciente presencia católica en Asia.

La política de Kim Dae Jung se ha centrado en el esfuerzo por conseguir la reconciliación de su país con Corea del Norte con la mirada puesta en una futura reunificación de las dos Coreas. La clave que explica este empeño hay

que buscarla, como el mismo dirigente ha señalado, en su fe católica. No es pues casualidad que, en un gesto altamente significativo, el pasado mes de junio Jung propusiera al líder norcoreano Kim Jong Il que aceptara la visita de Juan Pablo II a Corea del Norte como signo de paz y reconciliación.

La biografía de Kim Dae Jung está marcada por su fe católica y su compromiso político. «*Creo que Dios me preservó en los momentos difíciles para ayudarme a dirigir al país en el nuevo siglo*», declaró tras su victoria electoral en las presidenciales de finales de 1997, después de cuatro intentos fallidos anteriores. Kim Dae Jung es un antiguo disidente que llegó a ser condenado a muerte y que escapó a varios intentos de asesinato; el más grave, en 1970, le dejó secuelas irreparables. Nacido en 1925 en el seno de una familia pobre en una pequeña isla de la costa suroccidental de Corea, tras dirigir una pequeña compañía de transporte marítimo, a principios de los años cincuenta se sintió atraído por la política, lo que le supuso la pérdida de su fortuna y la cárcel. En 1980, las protestas internacionales lograron salvarle de la condena a muerte por parte del régimen. A continuación, pasó casi cinco años exiliado en Estados Unidos. En declaraciones a *Avvenire*, Thomas Han Hong Soon, profesor de la Universidad Hankuk de Seúl, ha declarado que Kim, con su política, «*ofrece un auténtico testimonio cristiano: su proyecto de reconciliación con el norte nace de su pertenencia a la Iglesia católica, que fue la primera en hablar de reconciliación y la primera en ofrecer gestos concretos en este sentido*».

En Corea del Sur los católicos no son más del 10% de la población, pero es uno de los países con el mayor índice de conversiones entre los adultos. La situación es mucho más precaria en Corea del Norte, donde hay unos tres mil católicos, sin asistencia de sacerdote ni religiosa alguna, pero que han sabido mantener su fe a pesar de las persecuciones que se suceden en el norte de manera casi ininterrumpida desde hace dos siglos.

Una carta de derechos fundamentales europea que excluye a Dios

Con 410 votos favorables, 93 en contra y 27 abstenciones fue aprobada el pasado 14 de noviembre por el Par-

lamento Europeo la Carta de Derechos Fundamentales de la Unión Europea. Han votado a favor de la Carta los principales grupos políticos, entre ellos los grandes bloques democristiano, el Partido Popular Europeo, y socialista, el Partido Socialista Europeo.

La reacción del Papa ha sido clara y valiente al denunciar de inmediato las graves lagunas de esta Carta Europea. Por un lado destaca la contradicción entre el reconocimiento de los derechos humanos y la negación del derecho a la vida en el seno materno. El Pontífice también denunció la «*tendencia a interpretar los derechos sólo en una perspectiva individualista, con poca consideración del papel de la familia, como «célula fundamental de la sociedad»*». Por otro lado, el Papa ha recordado los orígenes cristianos de Europa, citados en el primer esbozo de Carta Europea y eliminados de su redacción definitiva por el veto de Francia que no se ha mostrado dispuesta a aceptar ni la más mínima referencia al papel de la religión, ni siquiera en un lugar marginal. A este respecto resultan dignas de ser meditadas las palabras del cardenal Roger Etchegaray, antiguo presidente de la Conferencia Episcopal francesa, cuando afirmó: «*Estamos descubriendo que la distancia entre el Evangelio y el mundo es mucho más grande de cuanto podía imaginar nuestra memoria colectiva*».

La negativa a recoger la más mínima referencia a la fe o al papel de la Iglesia en el citado documento confirma la realidad de que Europa se está construyendo, desde hace medio siglo, no sólo de espaldas a Cristo, sino en su contra. A la legislación antivida y antifamilia existente se están sumando últimamente una gran cantidad de iniciativas que socavan aún más los fundamentos de nuestras sociedades. En Alemania, la Cámara baja ha aprobado las uniones homosexuales, que gozarán a partir de ahora de derechos propios del matrimonio, si bien persiste, por el momento, la prohibición de la adopción de niños. El presidente de la Conferencia Episcopal Alemana, el obispo de Maguncia Karl Lehmann, ha criticado con claridad esta ley, a la que considera como «*la promoción y el apoyo intencionado del estilo de vida homosexual. Tal modo de*

tratar la verdad es vergonzoso. Nuestro Gobierno promueve explícitamente comportamientos inmorales y participa conscientemente en la destrucción de los valores fundamentales, ya vacilantes, de la sociedad».

No contentos con pervertir nuestras propias sociedades, Europa se ha embarcado en la tarea de exportar nuestros «usos» a otros países. Es el caso del gobierno británico, quien según informa *The Sunday Times*, está decidido a forzar la legalización de la homosexualidad en sus territorios caribeños después de haber tratado infructuosamente de convencer a los legisladores de las islas para hacerlo por sus propias vías. Al parecer, estos territorios (British Virgin Islands, Montserrat, las islas Turks y Caicos, Anguilla y las islas Caimán), de población mayoritariamente cristiana, no están dispuestos a legislar por ellos mismos en favor de la homosexualidad, por lo que el Reino Unido se verá obligado a imponer dicha legislación. Toda una muestra de lo que llaman «cultura del diálogo» democrática.

Por otra parte, nos llega la noticia desde Francia de que el Tribunal Supremo de Francia ha dictaminado que es mejor no nacer que nacer con algún tipo de minusvalía, por lo que un chico de 17 años, con una minusvalía grave, será indemnizado por su venida al mundo. Su madre no abortó al no detectarse la rubéola que había contraído. El Tribunal ha dictaminado que el muchacho tiene derecho a compensación por daños causados por haber nacido, con lo que su nacimiento y su vida son considerados un mal. Se establece así el principio de que hay vidas que son un mal y no merecen la pena ser vividas, por lo que los hijos podrán demandar a padres y doctores por haberles hecho nacer.

Por último, nos hacemos eco del reciente Sínodo General de la Iglesia Anglicana, escenario donde George Carey, que ocupa la sede de Canterbury, afirmó que Gran Bretaña se había convertido en una sociedad tácitamente atea. Estos comentarios se ven corroborados por el continuado descenso en la asistencia a los servicios dominicales de la Iglesia anglicana, que ha caído por debajo del millón de fieles sobre una población que suma un total de unos 60 millones.

¿Quién puede mejor que un sacerdote entrar en familiaridad con San José...?

El último mes, cuando Nos pensábamos en la ya próxima Natividad de Jesucristo, nos vino muchas veces al espíritu el pensamiento de San José y de su augusta Esposa, los dos llegando a Belén donde se cumplió el Santo Misterio: *el Verbo se ha hecho carne y ha habitado entre nosotros*. Y en verdad ¿quién puede mejor que un sacerdote entrar en familiaridad con San José, a quien fue dado no sólo ver y oír a Dios, sino llevarlo en sus brazos, besarlo, vestirlo y protegerlo?

*Beato Juan XXIII: Exhortación apostólica
al clero de todo el mundo (6 de enero de 1962)*

CRISTIANDAD hace cincuenta años

J. M^a P. S.

Al fin del año 1950. Dos acontecimientos señalados

*El fin del año 1950 estaba marcado por dos importantes actos de magisterio del Papa reinante Pío XII, ordinario el uno, extraordinario y especialmente destacado el otro, de los que vamos a hacernos eco en esta sección. Nos referimos a la promulgación de la encíclica *Humani generis* y a la proclamación del dogma de la Asunción de la Virgen María en cuerpo y alma a los cielos. Menos de tres meses separaban estos acontecimientos con los que se cerraba aquel año santo de 1950 y que CRISTIANDAD había vivido con especial intensidad.*

Los dos números de CRISTIANDAD correspondientes al mes de noviembre de aquel año 1950 destacaban la reciente publicación de la mencionada encíclica, acerca

de las disensiones y errores modernos en tanto que alcanzan a los fundamentos mismos de la civilización cristiana. Publicaba dicha encíclica a dos columnas, en latín y castellano, precedida de un claro y sugestivo esquema explicativo del contenido de la misma. Además le dedicaba el editorial, que reproducimos, firmado por J.B.B. Jaume Bofill, en efecto, acertaba al relacionar la denuncia en que consiste la encíclica con la festividad de Cristo Rey, porque el mal de la inteligencia, el mayor y más radical mal que puede padecer el hombre, proviene en última instancia de su rebelión frente a su creador y señor, Dios bendito que ha establecido todas las cosas en su Hijo muy amado Jesucristo Rey.

En la festividad de Cristo Rey

No cabe error más pernicioso que el que afecta a la naturaleza misma de la Verdad, porque tal error falseará el sentido de todo ulterior juicio para quien haya incurrido en él. Pues bien: tal es el común carácter de las principales corrientes que sigue hoy el pensamiento no católico: evolucionismo, idealismo, inmanentismo, existencialismo, historicismo, todos ellos tienen por efecto el adulterar la recta noción de verdad, que desfiguran en su misma esencia. Así, unos destruirán, con el idealismo o inmanentismo, su valor real, otros, con el pragmatismo, su carácter teórico absoluto, concediéndole tan sólo un valor de eficacia práctica, otros, rechazarán las esencias inmutables de las cosas, no preocupándose más que de su existencia, sometida a continuo flujo y devenir, o finalmente haciéndola tributaria de las diferentes circunstancias históricas por las que va atravesando la humanidad.

No puede negarse que tal situación es una situación grave, no sólo en sí misma, sino por la dificultad de ponerle remedio adecuado, pues el error sobre la verdad equivale, no solamente a un error sobre un determinado objeto o materia, sino a una deformación funcional de nuestra razón. En esta situación, el método normal para convencer, consistente en partir de un punto de concordancia y pasar desde allí, por una serie de inferencias necesarias, a resolver la cuestión particular objeto de litigio, está siempre amenazado de un equívoco radical: porque siempre existe la posibilidad de que la coincidencia de opiniones de que

se intenta partir sea puramente formularia, y exista, bajo la aparente unidad de la fórmula, una oposición completa en cuanto a su sentido, a la dirección intelectual que le subyace. ¿No se niega ya todo valor a este mismo método racional, a toda prueba estrictamente dicha? El recurso a la argumentación nos está vedado de antemano, cuando aquel a quien debería dirigirse se niega a reconocerle valor.

Así la curación del error sobre la verdad, más profundamente que por medio de proposiciones objetivas, que no harán mella en un adversario precavido, habrá de obtenerse, previamente, por un cambio de actitud subjetiva. Y esta actitud subjetiva es la aceptación de nuestra humillación.

En el inicio de nuestro mal, en efecto, está la actitud personal de rebeldía del hombre moderno contra la verdad personal de Cristo. Rechazó el imperio universal de Quien dijo: «Yo soy la Verdad» y ha caído bajo el imperio universal del error. No es sólo una desgracia, es un castigo, porque no fue solamente una debilidad, sino una pertinacia. El mundo moderno se desgajó conscientemente, violentamente de la Verdad viviente: no es de extrañar que la savia de la verdad no circule por él.

Pero sucedió todavía otro hecho tanto o más grave. Por esta estúpida facilidad humana al escándalo pasivo, a dejarnos llevar a emulación en el mal, los católicos mismos, los que debiéramos ser una sola cosa con Cristo porque formamos un solo Cuerpo con Él, nos hemos conta-

giado con frecuencia. Espíritu de novedad, temor a ser tenidos por ignorantes de los progresos de la ciencia, el loco deseo –caricatura de la caridad– de encontrar una fórmula de compromiso entre la verdad y su negación, entre la vida y la renuncia a la vida, nos han inducido con frecuencia a una actitud simpatizante con el siglo, y en lugar de buscar la unidad fraterna entre los hombres en la integridad de la verdad, que rige en la Iglesia, profesada sinceramente por todos sin disminución ni corrupción alguna, se ha llegado hasta pensar en la demolición de toda barrera dogmática entre los hombres de buena voluntad de toda cultura u opinión, y para mayor difusión del Reino de Cristo, en derribar aquellos mismos principios e instituciones que el propio Cristo le puso por fundamento.

«Erratum est: redeundum in viam». Pero nuestra desviación fundamental es una falsa actitud: hay que rectificar por consiguiente esta actitud.

Bajo la gran profusión de temas particulares indicados o tratados en esta Encíclica decisiva, un único tema, en realidad, la recorre de extremo a extremo: la invitación a rectificar nuestra actitud y a querer recibir, de manos de quien es depositario de ella, la Verdad.

Toda la Encíclica es una apología del MAGISTERIO VIVIENTE DE LA IGLESIA, que perpetúa entre los hombres el Magisterio divino de Cristo, de la necesidad de comunión con él para la salud temporal de la sociedad y la salud eterna de las almas, la vindicación del recto sentido del Reino de Cristo que es, ante todo, Reino de Verdad.

Cincuentenario de la proclamación del dogma de la Asunción de María

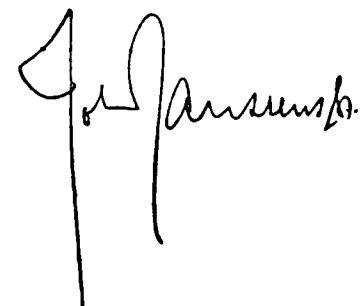
El mes de diciembre vio un único número monográfico dedicado en exclusiva al recién proclamado dogma de la Asunción de la Virgen María en cuerpo y alma a la gloria celeste. CRISTIANDAD se volcó a presentar de modo exquisito la bula Munificentissimus Deus del 1 de noviembre de 1950, la fiesta de todos los santos, elegida por Pío XII para proclamar el citado dogma que tanto entusiasmó a todos los católicos. Pero además nuestra revista se erigió en señalado estandarte que mostraba la oportunidad y providencial acierto de tan grandioso acto. Para ello reunió tanto los fundamentos doctrinales de la verdad dogmática solemnemente proclamada –como es el estilo de nuestra revista– como reproducía diversas adhesiones a la voz entusiasta de la revista, que festejaba de modo destacado dicho privilegio mariano. Esto último colocaba a la revista en lo más alto del candelero eclesial del momento. En efecto, renombradas dignidades eclesiásticas, cardenales, arzobispos y obispos de toda Europa y América así como Superiores generales de diversas órdenes –y aún diversos testimonios civiles autorizados– llenaban muchas páginas de aquel número extraordinario. (A modo de ejemplo y como muy significativa, reproducimos la adhesión del entonces prepósito general de la Compañía de Jesús, padre Jannsens.) Tan impresionante documentación escrita se adornaba con el expresivo testimonio artístico de la tradicional piedad española hacia la Asunción de María, terminando el número extraordinario con una selección, primorosamente presentada, de diversa iconografía asuncionista española.

Todo este esfuerzo editorial se explica por el devoto entusiasmo de los redactores de CRISTIANDAD y es envidiable muestra de la convicción, la preparación y la dedicación de nuestros antiguos redactores. Cincuenta años después nos resulta imposible desde estas páginas acercar al lector a aquel número extraordinario

que formaba tal frondosa unidad y sólo podemos, a la vez que recordarlo, hacer propósito de digna imitación de aquel buen hacer. Y en particular recordar a todos –y recordarnos a nosotros mismos– que no deberían pasar en silencio efemérides tan importante para la Iglesia y para todo el mundo.

Las enseñanzas de Pío XII nos han de calar hondo para resistir cristianamente en medio del mundo actual, tan laicizado por haber precisamente olvidado las enseñanzas del providencial magisterio que ahora recordamos: la Encíclica Humani Generis –que muestra la necesidad de orientar la ciencia humana filosófica y teológica según la verdad revelada y manifestada por el continuo magisterio de la Iglesia y, en particular, la enseñanza de santo Tomás– y el dogma de la Asunción de la Virgen María, la Madre de Dios y Madre nuestra –que proclama el triunfo de la fe y la gozosa realidad sobrenatural en que se funda nuestra esperanza.

Con mucho gusto me adhiero al homenaje que tributa CRISTIANDAD a la Santísima Virgen María, que vive en cuerpo y alma en el Cielo, y al Papa de la Asunción. Pido a la Madre Inmaculada que siga bendiciendo a esa revista, que tan denodada y generosamente combate por el reinado del Sagrado Corazón de Jesús en la sociedad moderna.



Prepósito General de la Compañía de Jesús